

LA LLAMA FRENTE AL HURACÁN

el testamento del Patriarca

JOSÉ MANUEL MÓJICA LEGARRE

Editorial
áqua

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de un delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal)

© De la presente edición: Fernando Usunáriz Echeverría

© Del texto: José Manuel Mójica Legarre.

© Ilustración de la cubierta: José Manuel Mójica Legarre

Primera edición: Junio de 2007

Editorial Aqua

ISBN:

Depósito Legal:

Impresión: Gráficas Vela, Zaragoza

Impreso en España

*Cuando era mucho más joven
pensaba que la misión
que me había sido encomendada
en esta tierra era cambiar todo el mundo;
cuando maduré y vi que eso era imposible para mí,
decidí que tenía la obligación
de hacer cambiar a mi tribu y a mi familia.*

*Ahora que estoy a punto de morir,
ya comprendo que estaba muy equivocado
porque mi obligación era que yo me cambiase
a mi mismo y, de este modo, hubiese logrado
cambiar a mi familia, a toda mi tribu
y quién sabe si al mundo.*

Salubha

PRÓLOGO

«**La llama frente al huracán**» comenzó a gestarse hace siglos en el seno de una raza que está en peligro de extinción: los gitanos; un pueblo que vive a caballo entre unas leyes rígidas, primitivas, sorprendentes a veces, y una sociedad que no termina de aceptarlos por completo. Odiados por unos, elevados a Maestros de lo Oculto por otros, tienen la extraña pericia de no dejar indiferente a nadie que los conoce.

Toda historia nace siempre de un impulso visceral: El de contar a los demás algo que personalmente nos parece importante. La necesidad de escribir este libro nació después de haber recopilado muchos datos sobre las leyes de los gitanos. Mi primera intención, debo reconocerlo, era la de escribir un ensayo sobre las atávicas reglas del pueblo romaní; pero después de hablar con muchos de los Patriarcas que hoy rigen los destinos de las tribus gitanas, me di cuenta de que, aún más importante que las leyes en sí, es la forma de aplicarlas.

Salubha es un Patriarca que representa a todos los que, aún hoy, tratan de llevar a su pueblo de acuerdo con las leyes que aprendieron por boca de sus antepasados, sin tener en cuenta a quienes, dentro del mismo pueblo gitano, las desprecian por estar pasadas de moda.

Las noticias que conocemos de los gitanos nos hablan, por una parte, de las excelentes cualidades artísticas de unos

pocos y de la violencia desatada de muchos de ellos que acaparan de vez en cuando la crónica roja. En general, la idea que tenemos de los componentes de esta etnia, excepción hecha de la romántica imagen compuesta por carretas que se pierden en el camino hacia una hermosa puesta de sol, está más cerca de los caracteres que aparecen en “Bodas de sangre” o en los de dramáticas películas en blanco y negro, que del épico Antoñito “El Camborio” muriendo en los poéticos brazos de García Lorca; pero, en realidad, no podemos decir que conocemos su forma de vivir. Para paliar este desconocimiento no sirve el escribir un relato enseñando la otra cara de la verdad porque no sería sino mostrar una parte, parcializar el punto de vista corriendo el riesgo de idealizar a un pueblo que como tal, en estos momentos, casi no existe.

Cuando vemos las noticias de televisión y nos enteramos de que en un barrio de cualquier ciudad se han enfrentado a tiros, o a navajazos, dos familias de etnia gitana, el locutor de turno hace hincapié en las rencillas que arrastraban después de años, o en la inusitada violencia con la que se han empleado ambos bandos. Después no pueden faltar las imágenes de una mujer, normalmente despeinada, fuera de sí, que clama venganza, anuncia más muertes o pide justicia; detrás de esta mujer que se atraganta con la furia que rezuman sus palabras, en segundo plano, se pueden ver corrillos de hombres cabizbajos que casi no hablan entre ellos. Pero, ¿nos hemos preguntado por qué razón siempre vemos la misma posición de los actores del drama sin que importe mucho el escenario en el que se desarrolla? Para responder a esta pregunta es necesario conocer la dualidad en la que se mueve un pueblo que, en general, vive de acuerdo a unas leyes totalmente anacrónicas, desfasadas o extremistas para muchos que opinan sin saber sobre lo que en su gran mayoría desconocen.

La ley gitana, casi idéntica a la Ley de Moisés, al judaísmo pre-talmúdico, está pensada para pueblos errantes que se mantienen siempre en movimiento, para sociedades endogámicas cuyo único propósito es el de sobrevivir. Desde el momento en que estas tribus dejan el nomadismo para integrarse en una sociedad estable, sus leyes ancestrales entran en un choque frontal con las del pueblo en que residen dando lugar a un conflicto étnico-cultural, que normalmente termina por escindir a los gitanos en tres grupos: Uno que se integra en la sociedad, otro que se aferra a sus tradiciones y un tercero que prefiere nadar y guardar la ropa alineándose con uno de los otros dos según le conviene. El resultado de esta separación no es otro que el de la muerte lenta, por suicidio social, a la que se ve abocado el pueblo gitano.

Para contar todo ésto había tres soluciones aparentes. Una de ellas era escribir un ensayo histórico plagado de datos y referencias, destinado a unos pocos interesados en el tema. Otra era pintar un lienzo con enérgicas pinceladas en blanco y negro; pero hacerlo de este modo conllevaba el peligro de caer en el tópico tantas veces utilizado. La tercera consistía tejer un entramado de choques generacionales entre gitanos que, en el fondo, era más de lo mismo. Ante esta disyuntiva sin salida, había que buscar un recurso literario diferente que fuese capaz de informar al mismo tiempo que entretuviese a los lectores; una especie de texto subliminal que fuese dejando caer información al paso de un relato entretenido.

El caso era que se trataba de hablar de los gitanos en particular, un pueblo que aparte de vender en mercadillos y dedicarse a la chatarra, sobrevive de manera “milagrosa” en medio de nuestra sociedad.

Las cifras, frías y sin conciencia, nos informan que casi el veinte por ciento de la población reclusa española está

compuesta por gitanos, que hay otros tantos en espera de juicio o sujetos a justicia; desde luego no es que fueran las mejores noticias para hablar de un pueblo que, aparte de automarginarse de la sociedad en la que viven, no es ciertamente el más popular. Pero ¿es este alto índice delictivo lo que nos incomoda de ellos? ¿No será en realidad que nos molesta su forma anárquica de vida? ¿O es que son tan diferentes que no los conocemos bien, no los tratamos suficientemente y hablamos de ellos con prejuicios instaurados entre nosotros desde hace siglos?

Los gitanos, aparte de surtir parte de la población penal española y de aparecer en las crónicas de sucesos o en las carteleras de los teatros, son un pueblo que ha sabido sobrevivir a través de seis mil años de peripecias, que está vivo, aunque herido de muerte, después de sortear pragmáticas, expulsiones y un holocausto durante la Segunda Guerra Mundial; pero ¿cómo contar seis mil años de historia en un texto que no estuviese plagado de notas al pie de página cargadas de datos?, ¿cómo unir en un relato coherente a las primeras tribus errantes desgajadas de los hebreos con aquellos que sufrieron el holocausto nazi?, y lo más difícil ¿cómo hacer que el relato fuese lo suficientemente imparcial para dejar que el lector sacase sus propias conclusiones? Necesitaba una persona, un protagonista, que fuese gitano, casi sin serlo y que, al mismo tiempo, conociese la ley gitana; por éso busqué un perfil específico, un personaje a caballo entre las dos culturas.

La respuesta no fue otra que la de Salubha Soniché, un Patriarca gitano sin pueblo, hijo y nieto de Patriarcas que, en lugar de aceptar la misión para la que estaba destinado, la de conducir a su tribu, decide ser Maestro itinerante. El hecho de haber sido educado por su abuelo en las obligaciones y derechos de los Patriarcas, le dotaba de un conocimiento extenso de las leyes y tradiciones gitanas al

tiempo que, su alejamiento del pueblo romaní, le permitía mantener una perspectiva fría, casi impersonal; pero debía ser un actor translúcido que, a pesar de su presencia real, dejase el verdadero protagonismo del relato a quien en realidad lo era: las costumbres del pueblo gitano.

Poco a poco Salubha Soniché fue tomando cuerpo por sí mismo, se fue escapando de las rígidas leyes de la literatura para decidir por sí mismo el camino que recorría y, en el fondo es sólo un pretexto para crear un espacio intemporal que nos permita adivinar la evolución personal de un hombre que, antes de morir, deja un testamento que recoge sus consejos a los Patriarcas Gitanos sobre la Ley ancestral de su pueblo y la manera de aplicarla con corrección.

Este testamento, formado por las enseñanzas que Salubha ha recibido a lo largo de toda su vida, es una especie de manual de experto que desmenuza ante los Patriarcas Gitanos, y a quienes puedan llegar a serlo, cómo es la sociedad en la que viven, instruyéndoles para que sepan cómo manejar herramientas tan útiles como la voz, la mirada o el gesto, al tiempo que les aconseja cómo deben actuar, de acuerdo a la Ley Gitana, frente a los problemas con los que deben enfrentarse a diario.

En resumen el testamento de Salubha podría ser considerado, sin ninguna desventaja, una especie de “El Príncipe” de Maquiavelo, que pretende educar a los futuros Patriarcas del pueblo gitano sin tener que envolver sus conceptos en palabras políticamente correctas.

Radicalizando la comparación, este texto es una especie de Carta Pastoral en la que se indica a quienes tienen la responsabilidad, cómo deben actuar en cada momento.

La investigación para llegar a estos resultados empezó con entrevistas a Patriarcas, a Príncipes y a gitanos notables, Sinti, Tsiganes, Manoush y Zíngaros, en tres continentes distintos: África, Europa y América. A ésto siguieron meses de documentación en bibliotecas con muy pocos datos y días de navegación por Internet hasta recabar informes que sustentaran las afirmaciones que se hacen en el texto.

Ahora que el trabajo ha terminado, con todo lo que he logrado aprender yo mismo, sé que he escrito un texto con tantas lecturas diferentes como personas lo lean porque, donde unos verán un relato entretenido, otros encontrarán un compendio de leyes y otros una clave para empezar a entender cómo vive un pueblo que no se deja conocer.

«**La llama frente al huracán**» es un testamento, sí; pero en él pueden encontrarse reflexiones que nos obligarán a pensar ya que, lo que Salubha enseña a los Patriarcas, también es útil para todos los que debemos vivir en un mundo duro, difícil en el que es muy difícil encontrar quién nos aconseje desinteresadamente.

José Manuel Mójica Legarre.

EL TESTAMENTO DEL PATRIARCA SALUBHA

A todos los Pueblos Rom descendientes de los hebreos, a sus líderes, y a los Pueblos Libres, a quienes ofician de guías de sus tribus, especialmente a los Patriarcas, os escribo en el nombre del Padre.

Yo, Salubha Soniché, vuestro humilde servidor, me dirijo a todos vosotros, de manera fraternal y respetuosa, porque ya están llegando las épocas difíciles que fueron anunciadas por nuestros antepasados. Los Pueblos Libres, más que ningún otro grupo de seres humanos, tenemos que estar preparados para el fin de los tiempos sobre los que nos advirtieron nuestros mayores.

Sabemos que el final de este Ciclo está próximo y me veo en la obligación, antes de abandonar este plano carnal, de preveniros, de aconsejaros en esta época amarga que nos ha tocado vivir y, recordaros nuestras obligaciones, nuestra Ley, con la Autoridad que me da el hecho de ser uno de los últimos Consejeros que ha vivido errante.

Vosotros, los Patriarcas de Occidente, que vivís en medio de sociedades que son cada vez más injustas e intolerantes, profundamente convulsas, sois quienes más necesitáis el apoyo de quienes vivimos apartados de ellas y tenemos la enorme ventaja de la perspectiva clara que nos otorga el alejamiento voluntario.

Sois vosotros quienes tenéis la comprometida tarea de hacer que convivan, sin estorbarse, nuestra Ley y nuestras tradiciones con las imposiciones de las sociedades desarrolladas en las que tenéis actualmente vuestros territorios. No podéis quejaros de lo ardua que es esta tarea porque sois vosotros quienes habéis aceptado el trabajo de guiar sabiamente a todos los que os siguen voluntariamente.

A vosotros debo deciros en primer lugar que aquellos que basan su saber en lo que les han contado otros, sin esforzarse en buscar sus propias soluciones, aquellos que fundan sus opiniones en la tradición oral de algunos pueblos extranjeros olvidando la suya propia, o quienes admiten como ciertas las terribles profecías certificadas por algunas religiones, creen firmemente que el fin del Ciclo significa la destrucción total de este planeta y toda forma de vida que en él exista en el momento de un supuesto cataclismo final. Están convencidos de que este planeta terminará por fuego, por hielo, o por una combinación de ambos, sin que permanezca rastro alguno de la vida que alberga; a pesar de que dicen conocer perfectamente los textos que consideran sagrados, parecen olvidar que el Padre pactó con el Patriarca Noé, según ellos, prometiendo que nunca acabaría con toda la humanidad.

Ellos, todos los que defienden este orden de cosas, sin tener en cuenta la verdad, son quienes, durante siglos han amenazado a sus hermanos con terribles castigos después de la muerte, en caso que no obedecieran sus corruptas doctrinas nacidas a la sombra del poder temporal; además, para someterlos completamente a su inmundada voluntad, han distorsionado la imagen del Padre hasta llegar a convertir un Ente amoroso en un dios colérico, que tiene reacciones sospechosamente humanas, y no han dudado en aliarse con los poderes públicos de este mundo para disfrutar de una vida terrenal mucho más cómoda que la que

sufren quienes ellos dicen defender y cuidar. Ellos, los representantes de las religiones establecidas, son mercaderes que han vendido sus principios recibiendo en pago unos pedazos de oro, arrastrando en su decadencia moral a millones de hermanos que buscaban una verdadera elevación espiritual.

Todos nosotros estamos conscientes de que es preciso un final de los tiempos que vivimos, que ya está muy próximo un gran cambio social profundo, radical, y no debéis preocuparos porque todas las explicaciones que tengo intención de haceros llegar os harán conocer mucho mejor lo que nos espera a todos. Inicio esta tarea porque estoy convencido de que siempre se deja de temer aquello que se empieza a comprender.

En principio debéis recordar que ya estamos, ahora mismo, en pleno cambio social; una situación generalizada que, si no sabemos sortear con habilidad, acabará con nosotros, los Pueblos Libres, como raza acabando al tiempo con nuestras leyes y nuestra forma de vida. Debemos reconocer que no hemos sabido mantenernos al margen de las sociedades en las que hemos vivido, que hemos cometido errores y que, el final que nos amenaza, lo hemos ido forjando nosotros día a día desde el principio de los tiempos, como estaba escrito en las tradiciones de nuestros pueblos.

Sé que al hacer alusión a las viejas leyendas, a muchos de vosotros que ya habéis olvidado las primitivas enseñanzas, sobre todo a los que vivís en lugares donde se venden profecías, prodigios y se enriquecen a la luz del día cientos de falsos adivinadores y supuestas brujas con el don de la videncia, os vendrá a la cabeza la idea de que estas palabras son supercherías de viejo.

Antes de que despreciéis cualquier opinión en este sentido, tened en cuenta que las leyendas ancestrales, no las

que deforman y aprovechan en su beneficio aquellos que cambian por dinero los supuestos conocimientos que poseen, tienen sus bases en la sabiduría más antigua y su confirmación en las tradiciones de los pueblos más sabios de la Historia.

La que llamaron Era de Géminis, pongo por ejemplo para ilustrar lo que digo, fue un periodo muy rico en leyendas que tenían gemelos de protagonistas como el caso de Rómulo y Remo, los amamantados por una loba, que fundaron la primera población cosmopolita que pasaría a la historia de la Humanidad, dejando incomprensiblemente a un lado a los minoicos y a los griegos e imponiéndose como madre de un imperio occidental y origen de una civilización culta; también la leyenda de Cástor y Pólux, que fueron unos príncipes laconios hijos de Leda.

Sin embargo en la que llamaron Era de Tauro aparecen, como por “casualidad”, los toros alados de los sumerios, el primer pueblo que puso su ley por escrito; pero también aparecen el buey egipcio Apis, el becerro de oro del hebreo Moisés y el conocido Minotauro de la mitología clásica griega.

Por el contrario en la Era llamada de Aries, el carnero, nace el mito del Vello de Oro buscado por el héroe Jasón, y los cuernos de carnero, con los que fue coronado el macedonio Alejandro Magno en Egipto, que eran símbolos de poder absoluto tanto del mundo físico como del espiritual; también se usa la cornamenta con que se adornaban ciertos iniciados egipcios; y aparece Jesús de Nazareth, el cordero, que oficia de puente en la transición con la Era de Piscis ya que su primer símbolo, utilizado también por los cristianos primitivos, era un pez.

Recordad también que en la que llamaron Era de Piscis, que ha terminado hace poco, el Maestro Jesús es

acompañado por el mitológico Rey Pescador que es el guardián legendario del mítico Santo Grial.

En la Era que estamos empezando, la que han dado en llamar de Acuario, el portador agua, una vez en libertad, adopta la forma simbólica de una ola gigantesca que tras un tiempo inicial de violenta destrucción trae la emancipación de todos los seres.

Esta ola, debe avanzar sin respetar barrera alguna y, aquellos que intenten construir, para defenderse de ella, diques morales o intelectuales para que se frene, o para oponerse de manera frontal a ella, los que intenten resistirse al cambio que llegará inevitablemente y quienes sean represivos, inflexibles o intolerantes, está escrito que serán totalmente destruidos por el empuje colosal del agua enforcada en libertad.

Los idealistas que traten de empezar esta nueva Era queriendo crear una civilización que se sienta superior a las ya existentes, todos los que toman las obras del hombre como indestructibles, terminarán convenciéndose de que para conseguir sus metas deben mejorar las culturas y las sociedades; pero si tardan mucho en aprenderlo también serán destruidos sin remisión.

El idealismo y la espiritualidad, Patriarcas, son muy peligrosos si se cultivan en terrenos equivocados; sólo aquellos que aprendan a nadar sobre esta ola que viene para arrasar todos los vicios acumulados durante generaciones, podrán sobrevivir.

Pero no sólo el agua simbólica es la que se levantará para destruir este modelo de sociedad; también el agua de los mares, la que cae del cielo y la que corre por los ríos del mundo se alzarán en contra del ser humano golpeando

sin piedad en muchos puntos del planeta, sembrando el caos y la destrucción sin distinción de pueblos ocupándose en la tarea de recuperar los lechos tradicionales de los que han sido desplazadas por las supuestas necesidades de lo que entre todos hemos dado en llamar progreso.

No creáis que me fundo únicamente en las leyendas antiguas para afirmar sin dudas que el Gran Cambio está muy cerca, porque también existen muchos signos evidentes, tangibles, muchos indicios de que este Ciclo está llegando a su término fatal; pero de estos signos hablaremos más adelante porque requieren una explicación extensa para que sean perfectamente comprendidos por quienes debéis enseñarlos a vuestros pueblos.

Antes de entrar en esos detalles tan importantes, quisiera hablaros de las religiones porque me preocupa ver cómo muchos se decantan por prácticas religiosas que nos son ajenas y se aprovechan de la poca preparación cultural de nuestros pueblos para conseguir enormes beneficios económicos.

Vosotros, Patriarcas que moráis en las tierras de Occidente, no tenéis más remedio que convivir con las iglesias y sectas de orientación cristiana, con las que se autodenominan protestantes, con aquellas que dicen ser las depositarias de nuevas revelaciones y, sobre todo, con la todopoderosa maquinaria de la iglesia católica romana de la que descienden indudablemente todas ellas y por ello debéis conocer perfectamente a todo lo que os debéis a enfrentar si es que decidís hacer pública vuestra opinión personal, o la de vuestros pueblos, a despecho de las amenazas que os quieran hacer.

La iglesia católica romana, Patriarcas, precisa sus principios sin rodeos ni mentiras. Es decir, que se define

como católica, esto es universal; romana, con sede en Roma, y apostólica, esto es, estricta seguidora de la doctrina enseñada por los apóstoles.

Supongo que sabréis que se llamó apóstoles a los primeros incondicionales del Maestro Jesús de Nazareth, aquellos a quienes les transmitió sus enseñanzas, su forma de ver la vida y la filosofía de amar al prójimo. Por ello la doctrina que la iglesia católica sigue estrictamente es la de los apóstoles, no la del Maestro Jesús.

Sé, Patriarcas de Occidente, que puede parecer raro lo que os transmito, pero tiene su explicación.

Observad que ningún Maestro, y Jesús lo era, viene a este mundo para que lo divinicen, ni para que lo veneren, ni se distancia situándose por encima de sus seguidores, sino que les enseña a tratarse entre ellos como hermanos de sangre, y les muestra el camino de la evolución espiritual.

Es lógico pensar, Patriarcas, que nadie que hubiera escuchado de primera mano las enseñanzas de Jesús, pensaría en formar alguna estructura eclesiástica, a imagen y semejanza del aparato judío que el mismo Maestro se dedicó a combatir durante toda su vida pública con tanta fuerza.

Nadie que pusiera en práctica, de manera literal, la filosofía aprendida como discípulo, a los pies de un Maestro, se hubiera atrevido a romper la comunidad en la que, de manera natural, vivían los primeros seguidores de Jesús tras su muerte.

Lo que nos cuentan los evangelios oficiales en el libro de los Hechos de los Apóstoles, Patriarcas, es que al principio del cristianismo sus seguidores vivían en comuni-

dad, compartiéndolo todo de modo fraternal, que manifestaban públicamente la filosofía de Jesús y vivían en paz; pero algo sucedió para que aquellas personas, fieles al Maestro, decidieran formar algo mucho más organizado y jerarquizado que una simple comunidad fraternal.

El hecho es que la llegada de Saulo de Tarso que pasó a la historia con el nombre de Pablo, o san Pablo como prefieren llamarlo aquellos que divinizan el comportamiento humano, cambió por completo la idea básica de comunidad que habían seguido los cristianos hasta entonces, dando origen a una iglesia, a una religión, que divinizaba a Jesús de Nazareth.

Pablo, Patriarcas, era un judío, en posesión de la ciudadanía romana, que estudió la ley y las Escrituras con un rabino llamado Gamaliel. Fanático como pocos de la ley de los judíos fundamentalistas, el evangelio lo cita por primera vez identificándolo como aquel que sujetaba la ropa de Esteban mientras lapidaban a este seguidor de Jesús y, más tarde, se hace notar que su ocupación principal consistía en perseguir y detener a los mesianistas, que era como los judíos llamaban a los cristianos, para encarcelarlos y acabar con lo que los más radicales de entre ellos consideraban una secta blasfema.

Después se convirtió al cristianismo porque, según testimonio del mismo Pablo, en el camino a Damasco, tuvo una visión en la que Jesús le ordenaba que siguiera sus enseñanzas y que propagase la fe cristiana por todo el mundo conocido. Así pues, armado con este argumento, se presentó ante algunos de los seguidores del Maestro y, tras una comprensible desconfianza inicial, fue admitido en la comunidad cristiana primitiva. A partir de ahí, desde el punto de vista de los evangelios, casi desaparecen todos los apóstoles tras la sombra de Pablo.

Observad, Patriarcas, que lo que llaman evangelios están compuestos por veintisiete libros de los que sólo cuatro nos hablan de la vida del Maestro Jesús de Nazareth y dos que tienen un tema diferente. Uno es la Revelación de Juan, conocido como Apocalipsis, y otro es el que relata los hechos de los apóstoles. Como veis, son seis libros los citados porque el resto lo configuran dos cartas de Pedro, una de Judas y una de Santiago, ambos hermanos del Maestro y tres muy breves de Juan. Hasta el momento, trece libros de los evangelios. Los otros catorce restantes son las cartas de Pablo a sus congregaciones y a sus acérrimos seguidores.

Os puede parecer indignante, Patriarcas, que se dediquen sólo cuatro libros al Maestro Jesús, protagonista indiscutible de esta parte de los escritos bíblicos, y catorce a uno de sus seguidores que ni siquiera lo conoció personalmente; pero es comprensible si pensáis que a quienes eligieron los libros para que fueran añadidos a la Biblia, les convenían éstos y no otros ya que eran los que refrendaban sus doctrinas.

Simón Pedro, que anduvo en todo momento cerca de Jesús, tuvo serios enfrentamientos con Pablo, como se puede apreciar en la lectura del libro de los Hechos. Santiago, hermano del Maestro y jefe espiritual de los cristianos en Jerusalén, no lo aceptaba de buen grado y, si leéis con atención las cartas que escribió Pablo contenidas en los evangelios, veréis que no tenía el apoyo unánime de los primeros cristianos, que fue más de una vez puesto en tela de juicio y que incluso lo abandonaron.

La única razón para que tenga tanto peso en los evangelios es que éstos fueron recopilados muchos años después de la muerte de Jesús, por sacerdotes, por personajes principales de lo que, entonces, ya era una iglesia y eligieron aquellos que más convenía a sus intereses.

Por otra parte, la negación del papel de la mujer en la sociedad judía, hizo que desde la llegada de Pablo se negara el hecho de que María Magdalena fuese en realidad el apóstol más fiel que tuviera el Maestro, aunque en las escrituras bíblicas aparecen más mujeres que lo seguían.

La iglesia católica, tal y como la veis constituida hoy, es una invención política hecha a medida de los gobernantes de la antigüedad quienes, por medio de la aprensión a la condenación eterna que supieron imbuir los sacerdotes en los creyentes, mantenían sujetos a los súbditos bajo sus órdenes despóticas. Lo que no convenía a quienes, en aquellos tiempos, ejercían el poder, a los que tenían la responsabilidad del gobierno, era declarado pecado por las autoridades eclesiásticas para mantener al pueblo bajo sus órdenes.

Jesús de Nazareth, aquel que vino para aplicar bien la Ley, el que predicaba la caridad, la pobreza y el amor entre todos, pasó a ser un dios venerado, un Rey de Otro Mundo enviado por otro dios más poderoso y vengativo, tan sospechosamente humano como los dioses que dominaron en la Grecia antigua.

Para conseguir ésto, no dudaron en tergiversar y contravenir descaradamente todos los textos conocidos, en mentir impudicamente, y formaron, encajando piezas a la fuerza, los llamados evangelios, el que luego llamaron pomposamente Nuevo Testamento, de una manera selectiva, partidista y excluyente con quienes daban otra versión del asunto.

Sabed, Patriarcas, que de los más de cincuenta textos escritos sobre la vida del Maestro de Nazareth, sólo cuatro fueron elegidos, dejando fuera el escrito por Pedro, compañero de Jesús, el de Santiago y el de Judas, ambos

hermanos de Yeshuah y, como era muy natural, el de María de Magdala.

Sin embargo, de entre los cuatro evangelistas oficiales, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, los tres primeros, aquellos que cuentan prácticamente lo mismo, no conocieron nunca personalmente al protagonista de la historia y redactaron sus textos, probablemente dictados por Pedro y Pablo, algunos años después de la muerte de Jesús.

El evangelio de Juan, escrito sesenta años después de la desaparición del Maestro, es puramente doctrinal y, más que a cualquier otra cosa, está destinado a comentar e interpretar, adaptándolas a las necesidades de la nueva iglesia, las enseñanzas recibidas. Este evangelio, Patriarcas, tiene un último capítulo añadido con posterioridad, cuyo único objetivo parece ser afirmar a Pedro, ya fallecido cuando se redactó, o a un sucesor como obispo de Roma, jefe de la cristiandad, y a poner en boca de Jesús el hecho de que Juan era su discípulo más amado.

El libro de los Hechos, escrito por Lucas, cuenta las andanzas de los apóstoles hasta la aparición de Pablo quien, a partir de ese momento, se erige en total protagonista de la segunda mitad de este libro y, en general, del Nuevo Testamento.

Después se eligieron las catorce cartas atribuidas a Pablo que son, en resumen, la base fundamental de la doctrina católica actual.

Leed atentamente, Patriarcas, vosotros que sois, o seréis, conductores de seres humanos, y observad el carácter de Pablo, aquel hombre que desprecia a las mujeres, que justifica sus constantes peticiones de dinero a todas las congregaciones más ricas, que no se ruboriza en practicar

el chantaje emocional a causa de sus prisiones y quebrantos de salud, además de manejar con pulso de hierro a las comunidades que se oponen a la enseñanza de una doctrina que, a pesar de no haberla oído de labios del Maestro, él quiere imponer como justa.

Daos cuenta de cómo Pablo trata de justificar la esclavitud del hombre por el hombre como algo lógico dentro del orden natural, predica la sumisión de la mujer al varón y, sobre todo, se erige como apóstol elegido por Jesús, defensor total de la fe que le fue transmitida por terceros, por encima incluso de aquellos que aprendieron las enseñanzas de la boca misma del Maestro.

Es muy posible, Patriarcas, que Pablo hiciese todo ésto poniendo en ello toda su buena voluntad y su mejor empeño creyendo hacer lo justo; pero en esencia traicionó lo que había predicado Jesús porque, en lugar de aplicar la filosofía de vida del llamado Cristo, trató de adaptarla completamente a la ley judía, de la que era ferviente seguidor, encerrando la libertad de los conceptos cristianos en un laberinto de reglas y leyes a semejanza de las que seguía en las sinagogas en las que aprendió todas las regulaciones de los judíos.

La iglesia católica, Patriarcas de Occidente, ha servido, y sirve todavía, a las esferas de poder político alineándose siempre con las potencias más ricas para favorecerlas con su intercesión. No ha querido, ni quiere, utilizar sus abundantes recursos económicos para solventar problemas de hambre y desnutrición; hace ver que se alinea con los más necesitados para protegerlos de los abusos de los poderosos, pero pide a sus fieles la total sumisión a los poderes públicos, interviniendo en política, a favor de uno u otro partido y sugiriendo la intención de voto cuando así lo estima conveniente para sus intereses.

Por otra parte, la gran cantidad de sectas que se definen como cristianas, escindidas de la iglesia católica, siguen los mismos pasos que ésta, basando su poder en la cantidad de votos que pueden aupar a uno u otro político hasta puestos de gobierno fáctico.

Estas iglesias, como podéis observar a poco que pongáis atención, no saben qué hacer con esta vida terrenal, limitada, y aún así suspiran por una vida eterna, gastando más tiempo y recursos en hablar de los problemas que en solucionarlos. Dicen que sus miembros gozan de entera libertad, pero no pueden usarla a su antojo porque los miembros de sus Consejos son dignos sucesores de la Inquisición y generalmente mucho más estrictos, en lo que respecta a la supuesta moralidad predicada hasta la saciedad, que los tristemente famosos tribunales medievales.

Estas sectas ponen en duda dogmas de otras iglesias y se apartan de ellas por pequeños matices prácticamente sin importancia. Una de las discordias es sobre si la madre de Jesús era, o no, virgen. Volvamos a las leyendas antiguas para explicarlo.

Si en la llamada Era de Virgo el mito de la mujer virgen, como madre de un dios unigénito, estaba muy extendido entre todos los pueblos, en otras Eras los mitos han sido diferentes pero han existido desde el principio de los tiempos y, hoy en día, algunas iglesias que luchan aparentemente contra las supersticiones y los mitos, que nos llegan desde la noche de los tiempos, basan sus creencias en alguno de los más antiguos y arraigados de entre ellos.

El hecho de que en todas las leyendas antiguas tenía que ser forzosamente una mujer virgen, que no hubiese conocido varón, la que alumbraba a los dioses unigénitos, esto es a los hijos únicos de los dioses, obligó a los

más viles, de entre los más corruptos zurcidores de la Historia, a falsear una sencilla verdad, la de un hombre normal hijo de una familia humilde, en el cuento de una virgen que concibe a un dios para terminar convirtiéndose a un Maestro errante llamado Jesús de Nazareth, un hombre que había alcanzado, por medio de su fe y de su iluminación, altísimas cotas de Conocimiento espiritual y de Sabiduría, en un dios, en un personaje sobrenatural tras el que intentaron esconder la evidencia clara de que todos y cada uno de los seres humanos, somos hijos del Padre, y con esa sucia patraña se declararon, ellos mismos, mediadores únicos, innecesarios por otra parte, entre el ser humano y su Padre.

Ésto que he citado, al igual que otras cosas inexplicables, según ellos, como la Trinidad, la resurrección de Cristo y la transmutación del pan y el vino en carne y sangre divinas, es declarado como dogma, algo que debe ser creído sin más y, escudados en estas infames trampas, hacen de algo tan sencillo como la fe un cúmulo de reglas, fundamentos y leyes totalmente increíbles.

Sospechad pues, Patriarcas, de las organizaciones religiosas, de cualquier secta, confesión o doctrina; desconfiad de las iglesias que solicitan fondos para mantenerse, dudad de todos aquellos que dicen venir en nombre del Padre y no predicán con el ejemplo; recordad que no es necesaria la mediación entre el hombre y el Padre porque el crecimiento espiritual es un asunto, personal, de cada uno de los seres humanos.

Mirad, Patriarcas, cómo las personas de vuestras sociedades respetan todos los ritos externos de sus respectivas confesiones religiosas, muchos de ellos por puro convencionalismo social, despreciando con ello la esencia misma de la fe, repudiando al Padre, defendiendo la idea de que el

Universo es fruto de una chispa azarosa que entró en contacto con un medio al que llaman sopa orgánica, y que han intentado reproducir miles de veces, sin éxito evidente, en sus laboratorios.

Sostienen que el hombre carece de alma, que desciende del mono, según preconiza la teoría de la evolución de las especies que, como defienden muchos estudiosos actuales fue mal interpretada desde el principio, y, ésto, creo que merece una explicación para que os hagáis una idea al respecto y toméis partido ya que, si no tomáis decisiones, otros acabarán haciéndolo por vosotros.

Hay personas que defienden la idea de que el primer organismo vivo aparecido en este planeta, se desarrolló a partir de materia muerta, inerte, y que luego se transformó en miles de especies vivas para producir, por medio de la selección natural que eliminaba a los más débiles, o a los más inadaptados, todas las formas de vida que han existido y existen sobre la tierra, incluido el género humano. Quienes están convencidos de que todo fue así son los llamados evolucionistas.

En la parte opuesta hay personas que defienden que la vida apareció completa y compleja, por causa de una fuerza creadora que concibió y formó el Universo y todas las especies vivas en la tierra, siguiendo un plan organizado. A todas las personas que aceptan esta idea como principio de la vida, les llaman creacionistas.

Tanto una teoría como la otra, Patriarcas, es cuestión de fe porque ninguna de ellas se puede probar con los métodos científicos con los que se cuenta en la actualidad; pero sí que es posible observar nuestro entorno, que es incontestable, y debéis tomar vuestra decisión en uno u otro sentido, con sinceridad, porque de otro modo, como

ya os he dicho, alguien lo hará por vosotros incluyéndoos en el grupo que ellos deseen.

Los experimentos de laboratorio que se han hecho para tratar de reproducir el momento exacto en el que comenzó la vida, el instante de la Creación, lo que han dado en llamar “la gran explosión”, han fallado porque sólo han podido conseguir una mínima parte de las veinte sustancias necesarias para el origen de la existencia.

Atribuir la Creación al azar es como confiar que de un enorme montón de piedrecillas blancas y negras mezcladas, ocultas en un saco, se meta la mano sin mirar y se saquen, de un puñado, exactamente veinte y todas del mismo color.

Si se mira hacia el cielo, en la noche, se pueden advertir millones de estrellas. Pensad seriamente, Patriarcas, que el Universo está organizado con tal precisión que, el mínimo desvío en la trayectoria de una de ellas sería el origen de un cataclismo generalizado; pero el orden es tan perfecto que incluso el hombre se sirve desde hace siglos de la exactitud de estos cuerpos celestes para determinar las estaciones o para medir el tiempo.

Todos sabemos que nada de lo que está organizado de manera eficiente aparece por accidente o por azar porque obedece a leyes muy precisas; ésto permite suponer que, estas leyes, provienen de otra mucho más importante.

Fijaos, Patriarcas, si las ordenanzas naturales del universo son minuciosas y exactas que los hombres, a base de cálculos matemáticos relativamente sencillos, no tienen ninguna dificultad en alcanzar la luna con sus vehículos, o pueden viajar sin problemas durante meses alrededor de la tierra.

Preguntaos que si el principio de todo el universo hubiese sido una gran explosión de energía incontrolada, como defienden muchos, sin un regidor que la dominase, hubiese tenido el orden que hoy presenta. Las violentas guerras de este siglo nos demuestran bien a las claras que una bomba, por muy potente e inteligente que sea, es incapaz de crear calles, o edificios; es necesario utilizar una energía controlada para tener algún resultado positivo porque la energía, sin control, sólo es capaz de producir el caos.

Pensad, Patriarcas, que si la tierra, en lugar de estar a la distancia exacta del sol a la que se encuentra, estuviese colocada un poco más cerca, haría demasiado calor y la vida sería muy dura; por el contrario, si estuviese colocada un poco más lejos, el ambiente en nuestro planeta sería gélido y la vida no existiría tal y como la conocemos hoy. Alguien, o Algo, debió decidir cuál sería esta distancia para que fuese posible la vida que contemplamos a nuestro alrededor, previó para la tierra una cadencia de desplazamiento adecuada, para que no fuera atraída por el sol y terminara siendo totalmente inhabitable.

Por otra parte, Patriarcas, la masa de aire que nos rodea no sólo constituye el alimento que mantiene en marcha la vida en la tierra, sino que sirve también como escudo protector que filtra las radiaciones solares más dañinas para los organismos vivos. Al mismo tiempo impide que la tierra sea alcanzada por la gran multitud de pequeños fragmentos de cuerpos celestes que terminan por desintegrarse al contacto con la atmósfera y que, de otro modo, causarían graves daños a las vidas y a las haciendas. También impide que todo el calor se escape de la superficie terrestre, lo que facilita el normal desarrollo de las estaciones y, toda esta enorme masa que tanto nos ayuda se mantiene a nuestro alrededor gracias a la fuerza de la gravedad. Esto

no puede ser considerado una casualidad, ni tampoco causa del azar.

El agua, Patriarcas, es uno de los elementos vitales para la existencia de vida en este planeta y se presenta en nuestra tierra con forma de vapor, en líquido y en estado sólido. Todo esto tiene su razón de ser porque así se cumple un ciclo perfectamente programado. Trataré de explicarlo con palabras sencillas. Cuando el agua se enfría durante el invierno, pesa más de lo habitual y desciende al fondo manteniendo en la superficie de ríos y lagos una temperatura algo más elevada; pero cuando se hiela y se hace sólida pesa menos, sube a la superficie y evita que el agua se hiele por completo preservando la vida acuática que se refugia en el fondo.

Por el contrario, cuando el agua se calienta mucho, se convierte en vapor, asciende por el aire y se condensa formando nubes que, arrastradas por el viento, descargan el agua en forma de lluvia o nieve en los lugares aislados y en las montañas donde se forman los ríos, completando un ciclo perfecto que ha permitido hasta hoy la vida en nuestro planeta. Tampoco este comportamiento del agua, Patriarcas, parece ser fruto únicamente del azar.

En cuanto al suelo que pisamos, contiene, por sí mismo, todos los elementos químicos, los minerales y las sustancias necesarias para la perpetuación de la vida.

Incluso los volcanes, cuando se enfrían, más tarde o más temprano se pueblan de plantas que terminan colonizando sus laderas. Creo que ésto tampoco podemos decir que sea algo casual.

Mirad a vuestro alrededor, Patriarcas, y ved cómo las especies, animales y vegetales, colaboran entre sí; cómo las abejas facilitan la reproducción de muchas plantas,

cómo las gargetas limpian de parásitos a grandes mamíferos, cómo las semillas se pegan a los animales para ser transportadas, cómo de una pequeña semilla nace un árbol gigantesco o cómo, de un huevo, nace un animal.

Aunque os sorprenda hay plantas que tienen algo parecido a un anticongelante para sobrevivir en los duros inviernos, cuando el hielo y la nieve se adueñan del paisaje, hay árboles que le quitan la sal al agua del mar para alimentarse, hay plantas cuyas raíces sobreviven a los incendios forestales para poder resurgir de las cenizas, hay animales productores de electricidad, hay insectos agricultores, hay otros insectos que tienen pulgones como ganado, hay insectos luminosos, hay avispas que construyen sus nidos a base de un papel que ellas mismas fabrican, las termitas tienen un sistema de aireación para mantener a buena temperatura sus nidos, hay animales con detectores de calor y otros con visión nocturna.

Tampoco podemos decir que todo esto sea solo una casualidad.

A pesar de lo que os acabo de referir, Patriarcas, hay personas que aún defienden el evolucionismo. Creo que hay tantas posibilidades de que la vida haya aparecido casualmente en la tierra de la manera en que la conocemos como que, a resultas de una explosión brutal en una imprenta, aparezca por azar un diccionario bien ordenado y encuadernado.

Las personas que defienden la evolución basan sus apreciaciones en que algún día deberán encontrarse fósiles de las especies que hayan sido los eslabones entre un animal y otro diferente, porque no se ha encontrado ninguno hasta el momento; todos los restos que han aparecido hasta el día de hoy demuestran que la vida brotó comple-

ja, de una sola vez, ya que no aparecen fósiles anteriores a lo que los evolucionistas llaman la época Cámbrica.

Así pues, Patriarcas, lo cierto es que no han aparecido restos de animales que marquen la transición de una especie a otra por lo que, si nos fundamos únicamente en todos los descubrimientos que se han producido, el que la tierra fuese creada por Alguien superior a nosotros, concuerda más con los hechos evidentes que con las teorías evolucionistas.

Las pruebas, además, nos dicen que las especies suelen pasar normalmente más de un millón de generaciones sin modificarse demasiado y, aún así, no resulta evidente que los animales que llevan millones de años en la tierra sean más aptos que sus antepasados, porque no es apreciable un progreso biológico en las especies actuales y, de haberlo, sería difícilmente comprobable.

Los restos que han sido hallados, por lo menos hasta el día de hoy, Patriarcas, no apoyan de ninguna manera que sea cierta la teoría de la evolución, aunque también es cierto que tampoco prueban las teorías llamadas creacionistas por lo que nos encontramos ante una estricta cuestión de fe.

En otro asunto, sin dejar el tema, defienden que el hombre descende del mono porque han visto que algunos de estos animales tienen rudimentos de organización social y utilizan habitualmente elementos de su entorno como herramientas. Se basan también en nuestras similitudes físicas con dichos animales y dicen que procedemos de él porque poseemos características comunes; pero la verdad es que a la hora de efectuar transplantes de órganos parece que los más adecuados para nosotros son los del cerdo. El hecho mismo de la existencia de los monos, nega-

ría sobre el papel la teoría de la evolución puesto que, si esta raza estuviese todavía hoy evolucionando hacia la humana, los menos aptos hubieran desaparecido y ellos siguen ahí desde hace millones de años, y existirían al tiempo las especies intermedias entre ellos y el hombre.

Faltan restos que confirmen, o que al menos apunten con cierta credibilidad, la existencia de un eslabón entre el mono y el hombre porque todos los que se han hallado, al menos los que dicen que pertenecen a ese supuesto eslabón, caben sobre una mesa y son huesecillos a partir de los cuales, algunos científicos construyen formalmente la historia de la evolución del simio al hombre. Simplificando, Patriarcas, es como si ellos defendieran la idea de que, a partir de unos pocos párrafos sueltos, elegidos al azar, fuesen capaces de reconstruir de manera exacta, literal, una obra maestra de la literatura universal que hubiera sido destruida en un incendio.

Hay otros científicos que patrocinan la teoría de que, la evolución de las especies, no se ha podido producir de manera gradual sino a impulsos, por medio de alteraciones, que es como decir a causa de saltos al vacío.

La transformación que se aprecia en ciertos elementos de una especie no puede ser nunca considerada como una prueba definitiva; para que así fuera sería necesaria una lenta acumulación de cambios y transformaciones favorables, pero en los organismos vivos las mutaciones no suelen ser demasiado frecuentes ya que la reproducción de material genético en las células, como se sabe hoy, es admirablemente fiel. Por éso, la mayor parte de estas alteraciones son nocivas o destructivas y, por cada cambio fructífero, hay cientos de millares de innovaciones regresivas, infortunadas, por lo que, de producirse, al cabo de un cierto número mayor o menor de generaciones las

reformas se eliminan de la especie. Ésto, Patriarcas, teniendo en cuenta además que las transformaciones modifican algo ya existente, pero son incapaces de crear nada nuevo.

Os preguntaréis a estas alturas, Patriarcas, por qué razón esta teoría de la evolución, no habiendo siendo probada como no se ha hecho hasta hoy, es aceptada sin discusión por la mayoría de las personas. Tened en cuenta que en ningún momento se presenta la evolución de las especies como una teoría, sino como un hecho ya probado, pensad que el sistema educativo de los pueblos no libres, impone esta creencia a sus alumnos desde la infancia y lo aceptan como algo natural cuando son adultos.

También sucede muy a menudo que a quienes tratan de salvaguardar sus creencias personales ante estas teorías, los educadores los convierten en objeto de burla, los ridiculizan, les critican con sarcasmos, abiertamente, y son mucho peor calificados que el resto.

Nadie puede negar que exista una información tendenciosa en este sentido. Se pueden encontrar cientos de publicaciones científicas, y ver canales de televisión, dedicados a la divulgación de la ciencia, que martillan las mentes y las conciencias, a todas horas, dejando entrever en sus reportajes que, sólo los más ignorantes pueden creer en que hubo una Creación; para ello ponen todo el peso de su poder, de su dinero, en la balanza, silenciando a otros científicos, muchos por cierto, quienes piensan y defienden que la teoría de la evolución no está todavía probada.

Por otra parte para aquellos científicos que albergan muchas dudas con respecto a los postulados de la ciencia oficialista, es mucho mejor aceptarla sin protestar porque hay demasiadas cosas en juego para ellos como lo son las recompensas académicas, la celebridad y el dinero.

En realidad, si observáis bien a los científicos evolucionistas, no tardaréis en apreciar que se unen para defender una teoría que ellos mismos son incapaces de definir, mucho menos de probar con método científico, y se esfuerzan sólo para salvaguardar su crédito personal ante el público por medio de la eliminación total de la crítica, dejando aparte las incógnitas de esta teoría, lo que es totalmente anormal y muy poco deseable para la ciencia.

Todo este andamiaje que se ha tramado en aras de sostener esta teoría ante el público, sólo sirve para alejar a los hombres de la idea de un Padre Amoroso que vela por todos nosotros, haciendo que los hombres, en su actual desorden, confundan conceptos como la espiritualidad o la fe, con los que exaltan las religiones al uso.

Por si todo ésto fuera poco, algunas de las confesiones religiosas ya están comenzando a dar por buena la teoría de la evolución, o al menos por hacerla compatible con la Creación, negando de este modo los principios básicos en los que sustentan su fe.

Vosotros, Patriarcas, debéis reflexionar con calma antes de explicar estos conceptos de difícil comprensión a vuestros respectivos pueblos; pero antes que nada tenéis la obligación de saber cómo es la gente que os acompaña.

No caigáis en el error de pensar que vuestro pueblo es una reunión fuerte de personas que comparten vuestras mismas ideas, ni que os va a seguir sin ningún tipo de oposición hacia donde queráis llevarlos. El pueblo no es más que una suma de individualidades que marchan juntos sólo por puro instinto de supervivencia, por necesidad de conservación.

Dicho así pareciera que es una simbiosis perfecta; pero no os equivoquéis con respecto a ésto.

El pueblo, en realidad, es una mezcla de personalidades desiguales que, lejos de convivir como sería lo deseable, coexisten buscando cada una de ellas su beneficio personal antes que el colectivo. Si marchan juntos no es para que el pueblo sea más fuerte sino porque ellos, uno a uno, se sienten mucho más seguros, incluso más poderosos; si os siguen es, en realidad, porque vuestro liderazgo les ahorra fricciones personales entre ellos y porque de ese modo no se ven en la obligación de tomar decisiones importantes sobre los pasos que van a dar.

A vuestras espaldas criticarán las decisiones que toméis y, entre ellos, trazarán mil planes pensando que están mejor concebidos que los vuestros, porque sólo piensan en sus pequeños reinos personales que no van más allá de las cuatro esquinas de sus miserables moradas.

Quienes os critican porque tomáis decisiones que ellos califican de autócratas, suelen ser en sus casas pequeños dictadores que no toleran la menor censura y desprecian las críticas que les hacen los demás.

Aquellos que murmuran a vuestras espaldas porque os creen muy liberales en el uso del patrimonio del pueblo, suelen ser incapaces de ahorrar una sola moneda y no pueden, además, hacer que su salario llegue hasta el amanecer siguiente.

No debéis angustiaros por ello puesto que, por cada uno que os defina como tiranos autócratas, habrá otro que os tache de débiles en el mando, y por cada uno que proteste porque dilapidáis los bienes de la comunidad, habrá otro que considere desde su punto de vista que sois demasiado conservadores a la hora de gastar.

Del mismo modo, los Príncipes y Jefes de familia que os escuchan atentamente en los Consejos y reuniones, los que fingen estar plenamente de acuerdo con vosotros afirmando con solemnes gestos de cabeza cada una de vuestras palabras, se dedican a cabildear más tarde poniendo en duda vuestra capacidad de liderazgo y la idoneidad de vuestros razonamientos. Para contrarrestar estas opiniones, hablad poco para que sepan aún menos lo que verdaderamente pensáis; recordad que, cuando calla, hasta un estúpido puede ser considerado como sabio por quien no lo conozca y que un inculto, en silencio, se confunde con un doctor en la Ley.

Todos los Pueblos Libres, los Rom entre ellos, Patriarcas, son esencialmente rebeldes, son individualistas y, por principio, poco inclinados al orden; por esas razones no hemos podido vivir cómodos dentro de un sistema democrático como viven en los pueblos no libres.

Tened siempre presente que la democracia es el tipo de gobierno menos malo que las sociedades no libres pueden adoptar.

Para los Pueblos Libres la democracia no es otra cosa que una especie de dictadura en la que, el tirano, es elegido de tiempo en tiempo por la mayoría; pero recordad que no es un modelo a seguir porque la mayoría, como tal, es manipulable y, quienes se presentan como candidatos a dictadores legales, lo saben, y lo utilizarán después en su beneficio.

Decir que la mayoría tiene la razón es una invención funesta; la mayoría, sólo decide quién va a ser el dictador, pero éso no les garantiza que lo que decidan ellos, o el dictador que los representa, sea lo más acertado para su devenir como pueblo. La mayoría de los gobiernos que se

denominan a sí mismos demócratas conceden libertades aparentes con las que sus pueblos se desahogan; pero ni ceden ni transigen en lo que a ellos les interesa en el fondo. En resumen, hacen que el pueblo viva algo parecido a una fantasía plena de libertad personal, de respeto, de autodeterminación, sin darse cuenta de que son conducidos hacia donde quieren llevarlos.

Fijaos muy bien, Patriarcas, cómo critican los gobernantes que detentan el poder en las sociedades modernas los antiguos modelos de economía, y cómo llenan sus bellacas bocas a base de palabras grandilocuentes con las que aborrecen la esclavitud, se proclaman defensores a ultranza de las libertades del individuo en la sociedad, y del respeto a las decisiones personales que tome cada uno de los ciudadanos de sus Estados.

Si observáis detenidamente, hoy, sus pueblos son mucho más esclavos que hace unas décadas, sólo que no los azotan con el látigo y, es cierto, viven en mejores condiciones que cuando lo hacían hacinados en chozas. Han mejorado la esclavitud de la carne, de los cuerpos; pero cada vez sus súbditos disponen de menor porcentaje de libertad personal.

Ved que viven enclaustrados en una sociedad llena de líneas, de señales y de carteles con órdenes escritas que hacen omnipresentes a sus gobiernos. Observad bien que hay rayas pintadas para indicarles por dónde deben caminar, hay flechas que les dicen la dirección a seguir, colocan señales que por medio de símbolos les marcan cómo deben circular y órdenes escritas que les obligan a parar, a dar la vuelta en un sentido preciso o a empujar una puerta.

La concienciación que han impuesto a los pueblos gobernados de este modo es de tal magnitud que, cuando

un ciudadano de los pueblos no libres trata de hacer caso omiso de esas señales, por alguna necesidad, o por simple rebeldía, los demás se alían para obligarlo, por grado o fuerza, a cumplir esas órdenes.

Sabed que ellos se defenderán diciendo que, sin esas órdenes, la vida en sociedad sería un caos total, sobre todo en las grandes concentraciones de población. Desde luego, tienen mucha razón; lo que debéis preguntaros vosotros, en conciencia, es cuáles son las razones reales por las que los gobiernos de los pueblos no libres, prefieren tener a la mayor parte de sus ciudadanos hacinados en grandes metrópolis antes que favorecer una vida de mayor calidad en comunidades más reducidas y apartadas entre sí.

Si buscáis de manera seria una respuesta terminaréis comprendiendo que, si los amontonan en las ciudades, es para poder controlarlos mejor.

Durante años, los gobernantes de los pueblos no libres se han ocupado en crear patrones inquebrantables de opinión, cada vez más y más refinados, más opresivos, propagando mentiras repetidas mil veces hasta convertirlas en supuestas verdades, para masificar a las personas, para conseguir manejarlas con mucha más comodidad, con un índice mayor de contundencia y eficacia.

Los que se dedican de manera profesional a la política, sean de la inclinación teórica que sean, han creado una serie de partidos, de organizaciones, que curiosamente suelen acercarse por los extremos más alejados, tratando de incidir en la opinión del mayor número posible de personas por lo que definen como afinidad ideológica.

Trabajan, en el mejor de los casos, por consenso; hecho que aunque puede permitir continuidad de grandes

proyectos, también favorece mucho el continuismo del recorte de libertades.

La enorme cantidad de pactos globales y alianzas, tratados comerciales y empresas transnacionales que buscan únicamente beneficios económicos, hacen que sea casi indiferente la orientación política del gobierno que lleve las riendas, o las ideas del dictador, legal, de turno ya que, si observáis bien, sus campañas políticas están dirigidas hacia tres metas puntuales: Garantizar el trabajo, mejorar la calidad de vida social y agrandar la cuota de libertad individual.

Lo malo es que suelen cumplirlo casi todo.

Si pensáis un poco veréis que los gobiernos deben procurar que el mayor número posible de sus súbditos trabajen; de este modo, crece el consumo y suben los ingresos del Estado. También les interesa mejorar la calidad de vida de sus cuerpos para que sigan creyendo en la fantasía de ser razonablemente felices por decreto.

Como paradoja final se empeñan en defender la libertad individual de las personas que componen sus pueblos y, para llevar a cabo esta tarea, crean innumerables leyes, reglas y normas que uniforman sus libertades, las normalizan; pero en realidad este cúmulo de normas no favorecen sino el espejismo de la libertad porque, en realidad, a ésta, la recortan cada vez más.

Los ciudadanos de estos pueblos creen ser libres porque los dejan gritar su descontento en público, porque les permiten escribir sus peticiones en trozos de tela que llevan entre muchos, o en pedazos de papel que deben pagar por leer, porque les consienten insultar a sus líderes, eso sí de manera siempre ordenada, políticamente correc-

ta y, después de un tiempo prudencial de protesta, quienes gobiernan, ceden alguna pequeña prebenda que no rompa su esquema general de control para que el pueblo vuelva a sus casas, vacío, relajado, con la falsa impresión de que lograron efectuar tanta presión al gobierno que han conseguido lo que querían cuando, en el fondo, no han logrado sino lo que les querían otorgar quienes les dirigen. Con la supuesta libertad de los pueblos no libres, pasa lo mismo que en el caso de la censura y la autocensura. La censura, recordad, es el resorte que ponen en marcha los gobiernos públicamente déspotas para controlar lo que se escribe, se dice, se pinta o se canta.

La autocensura implica que se puede escribir, decir, pintar o cantar lo que se piensa pero que, si el gobierno de turno lo considera políticamente incorrecto, o no está de acuerdo a sus verdades doctrinales, quien lo ha hecho es reo de castigo.

Tanto una como la otra, son denostadas por todos los gobiernos de los pueblos extranjeros por ser consideradas claramente antidemocráticas, según su vara de medir.

Olvidan, Patriarcas de los Pueblos Libres y de los Rom, que si bien es verdad el hecho de que todos son libres de obedecer, o no, las leyes, reglamentos, y normas de conducta, si deciden no hacerlo, están todos expuestos a una reprensión, o a un castigo por parte del Estado. Reflexionad, Patriarcas; de hecho la única libertad plena que tienen los integrantes de los pueblos no libres es la de expresión, que no es sino una forma refinada del derecho a la rabieta.

Llegan incluso, en su funesta locura por el control completo de sus ciudadanos, a numerarlos con documentos de identidad para saber quién es quién y mejorar la vigilancia sobre ellos.

Recordad que, para aquellos que pertenecemos a los Pueblos Libres y a los Pueblos Rom, los que hemos debido sufrir la gran persecución de la que los pueblos no libres llamaron Segunda Guerra Mundial, segunda por su ignorancia al contar, no hay demasiada diferencia entre tener un documento de identidad con cifras que identifiquen a un ser humano, y tener ese mismo número tatuado con tinta azul en el antebrazo; es tan vergonzante como si fuese la marca que se hace al ganado propiedad de alguien. La única diferencia, si acaso existe alguna, es que el campo de concentración puede ser más grande y que las alambradas están pintadas en el suelo, guardadas por las autoridades aduaneras.

Los seres humanos, recordadlo, no somos animales para ser conducidos por medio de vallas, líneas, paredes móviles o cordones aunque estos sean de seda.

Los Estados de los pueblos no libres han dejado de ser un grupo de personas que trabajan y sirven a los ciudadanos, para convertirse en entes indefinibles que carecen, como institución, de alguna identidad propia fuera de la personalidad y las características que le imponen los gobernantes de turno. El Estado es hoy una especie de ser viviente, impersonal, que exige, necesita y se alimenta de papel timbrado, sellos e impuestos.

La razón de estado perdona crímenes, ordena asesinatos, permite, cuando no la fomenta de modo abierto, la desigualdad social y hace primar la razón de la fuerza sobre la fuerza de la razón.

Nuestros pueblos, Patriarcas, jamás tolerarían una forma de gobierno ni aún remotamente parecida a la que acabo de explicar porque, desde la noche de los tiempos, están acostumbrados a que el poder terrenal debe quedar

supeditado al liderazgo del poder moral de la Autoridad, que es otorgada por el conocimiento.

Casi nadie podría decir que este tipo de régimen es algo parecido a lo que se llama sinarquía; nuestros pueblos lo aceptan así porque están convencidos de que es la forma natural de gobierno.

Tampoco saben que no hemos sido los únicos en utilizar este tipo de organización social ya que, en la antigüedad, muchos de estos pueblos no libres que hoy viven en democracia, supeditaban su poder político y militar a grupos de personas que decían detentar la Autoridad Moral; pero ésta se concentró en manos de representantes de algunas organizaciones, de iglesias que no necesitaron corromperse porque fueron concebidas y nacieron corruptas, que se ocuparon en trocar el servicio a los demás por las comodidades de la vida terrenal.

Es por esta razón que estos pueblos no libres se rindieron a sistemas feudales, para caer poco después en manos de reyes omnipotentes que terminaron por borrar la voluntad del pueblo, por diluirla en sus afanes personales.

De ahí nacieron aquellas revueltas populares tan sangrientas que cambiaron la dictadura del Estado por la Dictadura del pueblo, sin darse cuenta de que la Dictadura es como la mentira: no importa el apellido que se le ponga detrás, nunca podrá dejar de ser lo que es en esencia.

Una mentira, aunque trate de calificarse como piadosa, por mucho que pueda dulcificar la expresión, nunca deja de ser lo que es: una mentira; una Dictadura, no importa quién o quienes ostenten el poder, por mucho que se adorne con apelativos políticamente aceptables, no deja de ser la sumisión obligada de unos muchos a unos pocos.

El pueblo, en las sociedades no libres, también se ha convertido en un ente amorfo que pide, exige y necesita; pero se diferencia del Estado en que, cuando éste reclama demasiado se convierte en dictador y, cuando es el pueblo el que reclama en demasía, se torna violento.

En esos momentos de turbulencia social se asesina en nombre de la razón de estado y en nombre del pueblo, en nombre de la ley y en nombre de dios. Por éso os pido que, si intentan deteneros en nombre de la ley de los pueblos no libres, negaos taxativamente a ser obstaculizados y defendeos en nombre de vuestra libertad personal, que es inalienable por venir del Padre.

La libertad nunca debe suplicarse ni demandarse; la libertad se exige porque es un derecho del ser humano desde el momento en que nace.

Por otra parte han hecho de la libertad, que es un derecho congénito del hombre, un bien que se da o se quita en nombre de sus leyes o sus opiniones, una especie de ídolo todopoderoso, una especie de dios, en cuyo nombre se pueden cometer las mayores atrocidades.

En sus desquiciadas soluciones, llegan incluso a declararse guerras santas, lo que no deja de ser una torpe contradicción que ofende la lógica más elemental, y ya se ha perdido la cuenta de todas las guerras civiles, hermano contra hermano, que se han iniciado en nombre de ese falso ídolo al que llaman libertad.

Mientras los pueblos no libres se inmolan, se suicidan y asesinan en nombre de esa libertad, los Pueblos Libres y los Rom se han hecho expertos en el arte de sobrevivir en Libertad.

Nuestros Pueblos Libres y los pueblos Rom son individualistas y tienen un sentido plenamente anárquico de la vida. Su percepción de la libertad está tan dentro de ellos que no se dejarán gobernar voluntariamente ni por vosotros, ni por nadie; sólo el respeto y la admiración hacia quien les gobierna, puede hacer que acaten las decisiones de los Consejos. Así pues no tratéis jamás de sujetar fuertemente al pueblo que dirigís por medio de la amenaza y el miedo. Tratad de retener a vuestros pueblos como la mano sujeta un pájaro, que si se aprieta con demasiada fuerza muere y si se agarra demasiado suave, vuela para recuperar su libertad.

Si bien es cierto que, a veces, algunos de nuestros pueblos se humillan de manera aparentemente servil para seguir vivos, no lo es menos que a la larga, sobreviven le tiempo suficiente para ver caer estrepitosamente, entre rencores y furia, a quienes un día los degradaron, los humillaron, de manera atroz.

Recordad en todo momento, Patriarcas, que sólo los hebreos, los Pueblos Libres y los Rom han sido capaces de estar presentes en la Historia Humana de los últimos seis mil años sin perder su identidad, ni sus Leyes, y sin modificar demasiado su idioma original.

Por esta misma razón los Pueblos Libres han sufrido grandes persecuciones a lo largo de todos los siglos; éso es porque la masificación, la uniformidad de pensamiento con que han alienado a los pueblos no libres, han conseguido que nos crean diferentes a ellos y, éso, no lo puede sufrir la gran mayoría de aquellos que, de manera comunal se declaran demócratas tolerantes.

Recordad que aquellos que en su discurso político citan con más frecuencia a Dios y la libertad, son los primeros que violan los sagrados conceptos que encierran

esas palabras. Esos mismos gobiernos, ayudados por las iglesias que mantienen, han desfigurado al Padre rebautizándolo con millones de nombres distintos, le han dotado con cientos de calidades diferentes, cada una de ellas adecuadas a las necesidades del momento, desvirtuando por completo la sencillez del concepto original de Padre Amoroso. La tarea de liderar una sociedad con las características especiales de la nuestra, es sumamente difícil, sí; pero no imposible.

Tened en cuenta que nuestros pueblos están compuestos por sobrevivientes natos, son maestros del equilibrio social, experimentados en el difícil reto de vivir y, para poder llevarlos por el camino correcto, hay que ser mucho más hábil que ellos; por éso quiero daros unas directrices que faciliten vuestro trabajo.

Debéis pensar que cada situación es diferente a todas las demás y que, antes de actuar, debéis pensar que todas las personas son diferentes entre sí y que mis consejos sólo pueden servir como apoyo porque, en definitiva, las decisiones debéis tomarlas vosotros.

Cuando os enfrentéis a la labor de constituir matrimonios y formalizar nuevas parejas, proceded como tenéis por costumbre dentro de vuestros respectivos pueblos; pero tened la precaución de hablar con quienes desean unir sus vidas antes de celebrar la ceremonia, por separado primero y juntos después, para que tratéis de intuir si son capaces de llevar a buen término una existencia en común por el resto de años que les queden por vivir.

Pensad que, muy a menudo, los jóvenes toman estas decisiones de manera apresurada por causa del deseo carnal que sienten, que es propio del instinto de reproducción; pero si veis que a pesar de vuestra opinión contraria deci-

den seguir adelante con su intención de convivir, dejadlos que hagan como crean conveniente porque, si os oponéis, sólo lograréis que os odien y ellos harán lo que mejor aco-mode a sus deseos.

Cuando habléis con aquellos que han decidido compartir para siempre su vida formando una pareja, antes de officiar la celebración del ritual, hacedles comprender que desde el mismo instante en que comienza su unión matrimonial, mueren definitivamente como seres individuales para nacer al futuro como pareja, y que de esta manera los deberá encontrar la muerte cuando ponga fin a sus días en esta tierra, para que puedan continuar unidos en la respetuosa y muda memoria del Universo.

Recordadles que, por mucho que se amen, por mucho que se deseen, deben dejar un espacio suficiente entre ambos para no estorbarse, que deben respetar siempre sus respectivas independencias. Que se amen profundamente, sí; pero que no intenten transformar ese hermoso sentimiento en una ligadura brutalmente opresiva, ni tampoco en una pesada cadena que limite los movimientos particulares que hagan cada uno de ellos.

Debéis hacer que entiendan perfectamente que, el hecho de que uno tenga permiso para llegar al cuerpo del otro, no implica una posesión total ni que el otro es de su pertenencia particular; nadie pertenece a nadie, ni una persona puede ser jamás dueña de otra.

Decidles que deben permanecer alegres siendo pareja, pero que cada uno sea capaz, por separado, de mantener su individualidad sin molestar las libertades del otro; deben ser algo parecido a las cuerdas de una guitarra que vibran unánimes en un acorde para formar una melodía, y sin embargo están separadas para evitar que se estorben.

Deben comprender que el hecho de entregar el corazón al otro no significa el poder manipular a voluntad los sentimientos ajenos; sólo en la mano infinita del Universo pueden caber corazones enteros.

Que permanezcan unidos siempre con las mismas metas, pero respetando sus personales formas de ver la vida por separado, al igual que las ruedas de una carreta giran al mismo tiempo hacia el horizonte sin tocarse entre sí.

Cuando habléis con ellos sobre los hijos, que por Ley Natural posiblemente llegarán un día para la continuación de la familia, inculcadles la idea de que deben ser responsables, tanto en los cuidados del cuerpo, como en los del espíritu; pero que no caigan en el funesto error de hacerles seguir el camino que ellos, como padres, desearían para sus hijos, ni les impongan sus propias opiniones, ni su forma de ver las cosas, porque sus hijos no les pertenecen a ellos sino al futuro.

Hacedles comprender el hecho de que los hijos, si bien llegan a este mundo a través de ellos, vienen a experimentar aquello que necesitan y que llegan con un cuaderno en blanco en el que podrán escribir lo que ellos quieran, o no escribir nada, o emborronar sus páginas, e incluso romperlas, porque el cuaderno es de su exclusiva propiedad, no de los padres que tienen cada uno el suyo desde que vieron la luz por primera vez.

A los hijos hay que educarlos desde su infancia favoreciendo su bravura y evitar asustarles, amenazarles o burlarse de ellos porque, si conocen el miedo llevarán una cicatriz en su alma que les durará toda su vida.

Es un error muy grave que los padres traten de asustar a sus hijos con lugares oscuros, con relámpagos o

que los amenacen con algún personaje ficticio si no hacen lo que ellos desean. Recordad que si los niños son reñidos por sistema se volverán tímidos y perderán su seguridad en sí mismos. No dejéis que adquieran malos hábitos porque, una vez que los tengan, serán para siempre.

No dejéis que conozcan la avaricia. Recordad que si, entre los padres no existen buenas relaciones, los niños no conocerán los sentimientos filiales. La madre, o el padre, deben mantener las opiniones de su cónyuge porque, si cuando es castigado por uno, se ve apoyado por el otro, el niño manipulará. Si la madre defiende de manera consuetudinaria al hijo, creará un mal ambiente entre éste y el padre.

Recordad que muchas madres, en su estrechez de mente, educan a sus hijos para que sean su apoyo en la vejez.

Decidles que, como padres, deben dar a los hijos su amor y su apoyo, pero no pueden imponerles sus pensamientos; los hijos son seres individuales, diferentes, que han llegado a este mundo para vivir sus propios sueños.

Pueden y deben proteger sus cuerpos mientras estén bajo su tutela, pero no podrán dirigir sus espíritus ya que las almas de los hijos habitan en un mañana que está aún por descubrir y que posiblemente nosotros no conoceremos.

Es bueno que los padres intenten ser como sus hijos, que traten de imitar la inocencia y que adopten sin reparos su alegría de vivir; pero que no pretendan en ningún momento que los hijos sean como ellos porque la Vida, ni puede retroceder, ni se deja seducir por el pasado. La Vida, Patriarcas, no es cruel, ni tampoco amable: sencillamente es totalmente indiferente, como lo es la Naturaleza misma.

Recordadles que, si por cualquier tipo de circunstancias ellos no se sienten capaces de mantenerlos o educarlos, no duden en declararlos como hijos del pueblo para que, como a los huérfanos, se les eduque con cargo a los bienes comunes; esto no será causa de vergüenza y sí una muestra de responsabilidad y respeto hacia su descendencia.

Hacedles entender bien que si un hijo tiene defectos, físicos o mentales, pasará a ser declarado hijo del pueblo para que, entre todos, se hagan cargo de su cuidado.

Observad que desde hace mucho tiempo se ven por las calles de las grandes ciudades, y también en los pueblos pequeños, mujeres y hombres ancianos, tristes, solos, desamparados.

Nunca debéis permitir que éso suceda en vuestro pueblo, porque las personas mayores son parte de nuestra memoria colectiva, y debemos cuidarlos entre todos; ésa es nuestra responsabilidad común.

En lo que respecta al cuidado de las viudas de vuestro pueblo, recordad en todo momento que aquellas que no estén capacitadas para trabajar, o que ya hayan superado la edad en la que puedan contraer matrimonio, serán responsabilidad de todos y cada uno de los hombres que vivan en el pueblo, si es que no tienen hijos que puedan ocuparse de ellas, tratándolas como si fueran sus propias madres.

En cualquier caso debéis disponer un techo para ellas, ya que no es demasiado aconsejable que una mujer de edad avanzada se sienta inútil en medio del pueblo, o lo que es peor, mantenida por caridad.

Recordad que se os ha entregado un pueblo para que lo conduzcáis por el Camino del bien y no para que oficiéis como déspotas, como autócratas, con quienes deciden aceptar vuestro mando. Si llegáis a conseguir el respeto de aquellos que os siguen de manera voluntaria, lograréis que os obedezcan; tened siempre presente que el miedo del pueblo a sus líderes es el que acaba por conducirlo a la rebelión y la traición.

Reflexionad conscientemente los pasos que dais antes de hacer nada, madurad las decisiones que tomáis porque, si torcéis tan sólo un poco los caminos de aquellos que están bajo vuestra responsabilidad, estáis encrespando al mismo tiempo el vuestro, de tal manera, que nunca más podréis volver a enderezarlo para regresar a lo correcto, a no ser por medio de un gran sacrificio o de una prueba enorme.

Aconsejad lo mejor que sepáis a los Príncipes y a los Jefes de las familias que siguen confiando en vosotros. Hacedlo siempre de manera suave, con tacto y diplomacia, utilizando en todo momento la paciencia, para que con vuestra ayuda, apoyados en vuestros consejos, lleven a su gente por caminos de paz y respeto; pero si os veis obligados a utilizar la disciplina, o si, frente a una situación grave no tenéis más remedio que aplicar un correctivo en Justicia, mirad que no os tiemble la mano porque, aquel que no doma a un animal cuando todavía es joven y no tiene malicia, ya no podrá hacerlo jamás si no es por medio del sufrimiento y el dolor, que no lleva nunca al respeto sino a la obediencia por temor que no está demasiado distante de la esclavitud y que suele terminar con la rebeldía.

Guardad celosamente todos los secretos que lleguéis a conocer por causa de vuestra investidura y, sobre todo, nunca amenacéis con hacerlos públicos para avergonzar a

una persona, o para hacerla callar porque, del rencor nace la indisciplina, crece la ira, y se crean los pensamientos violentos que sólo pueden encontrar cobijo en un corazón severamente humillado.

Siempre que debáis tomar alguna decisión difícil, o que sea especialmente importante para el destino de vuestro pueblo, aunque no lo creáis estrictamente necesario, pedid que se reúna el Consejo y consultad con sus componentes porque, de la diversidad de opiniones suelen salir las mejores decisiones.

Recordad que, aquel Patriarca que escucha muy atentamente las opiniones del Consejo y reflexiona detenidamente antes de tomar partido por una solución entre todas las opciones posibles, se encuentra en el camino apropiado para conseguir que su pueblo crezca, se haga muy numeroso y alcance un lugar entre los más fuertes y desarrollados. Si vuestro pueblo crece, vosotros lo haréis con él y, apoyados en la sabiduría y el conocimiento, también tendréis un lugar entre los más respetados.

Haced buen uso, sobre todo, de la humildad y del perdón. Ignorad las ofensas que os hagan porque el perdón es como una joya para vuestro entendimiento; pero si debéis entrar en querellas para que vuestro pueblo perviva, debéis medir antes las consecuencias del enfrentamiento violento; no sea que corra sangre inocente entre vuestras manos, o por vuestra causa, y por el apresuramiento excesivo en tomar una decisión, por el mucho orgullo, por la soberbia o por la intolerancia, tengáis que lavarla con dolor y con miserias que serán incontables para vosotros y para vuestro pueblo.

Antes de iniciar una contienda, utilizad con mucha precaución el escurridizo arte de la diplomacia intentando llegar a un acuerdo pacífico que sea satisfactorio tanto

para vuestro pueblo, como para el del Patriarca que busca la oposición violenta, y que no suponga la humillación para ninguno de los dos. No os importe demasiado ceder en algunos puntos que no sean excesivamente importantes para la supervivencia de vuestros pueblos, mientras podáis lograr mayores ventajas en los que sean vuestros objetivos primordiales; pero, si no os queda más remedio que responder a una agresión violenta para defender a vuestro pueblo, aún antes de llevar al Consejo la propuesta, recordad que la diferencia básica entre la paz y la violencia desatada es que, en tiempo de paz, los hijos entierran a sus padres mientras que, en épocas de violencia y sangre, los más ancianos son los encargados de enterrar a lo más granado de la juventud del pueblo, lo que de por sí es un hecho antinatural. Por éso, antes de iniciar un conflicto violento con otro pueblo, libre o no, utilizad la paciencia y la delicadeza.

Con paciencia, el agua moldea las piedras más duras hasta convertirlas en guijarros tan lisos como el cristal más pulido, y al final consigue que no sean sino fina arenilla inservible para otra cosa que no sea tapizar los lechos de los torrentes, y formar pequeñas playas en las orillas de los ríos.

Con paciencia, el viento moldea los bloques de granito que están en las montañas más inaccesibles, para convertirlos en polvo que flota en el aire hasta que, el mismo viento, lo deposita luego donde desea.

Con mucha paciencia, también podéis convencer al Patriarca, o al gobernante extranjero que se os oponga, o que quiera combatir, de lo mucho que todos perdemos con tiempos violentos, y de lo que dejamos de crecer como pueblos y de lo que no podemos evolucionar como personas mientras nos ocupamos en acabar unos con otros.

Recordad, además, que si nosotros no tenemos la capacidad de ver el alma con los ojos del cuerpo, si los espíritus desencarnados son invisibles, si el viento no es algo que podamos observar a simple vista y si el pensamiento no tiene ninguna forma conocida, con delicadeza se puede entrever el alma de las personas, se pueden adivinar los Ángeles que nos acompañan, se puede sentir en la piel la brisa más impalpable e incluso se puede cambiar el mundo con algunos pensamientos.

Si a pesar de vuestros esfuerzos la confrontación aparece como inevitable, antes de iniciar ninguna acción violenta, visitad a otros Patriarcas y pactad con ellos, estableced alianzas con Príncipes y Jefes de familia, intentad ganar voluntades para vuestras razones, y tratad de formar un ejército numeroso que impresione a vuestros contrarios. Con ello lograréis posiblemente que los oponentes recapaciten, y decidan pactar por miedo a ser aplastados por la enorme fuerza que habéis sido capaces de desplegar ante ellos.

Si no lográis hacer buenas alianzas es muy posible que vuestras razones sean débiles, y que no hayan convencido a los demás por lo que, sin duda, deberéis replantearos de forma seria si estáis defendiendo una causa realmente justa para todos.

Llegado ese momento debéis reflexionar bien lo que haréis y ceder si es necesario, a base de diplomacia, para que vuestra posición y la de los oponentes se acerquen lo suficiente como para facilitar un diálogo.

Si, aún a pesar de todos estos movimientos, no podéis evitar el enfrentamiento, recordad que necesitaréis la astucia de la zorra recién parida para evitar cualquier confrontación que sea desventajosa, la velocidad, el sigilo

de la serpiente en todos vuestros ataques, y la fuerza violenta del león cuando tengáis la presa entre los dientes.

De cualquier modo, si llegáis a ver que la reyerta, a pesar de vuestros esfuerzos, es totalmente adversa para vosotros o para vuestro pueblo, tened la honestidad de abreviarla en lo posible, y morid en el último enfrentamiento dejando firmada una capitulación a título personal, reconociendo en ella que han sido vuestros propios errores y no la voluntad del pueblo, los que os llevaron al combate para que nadie de vuestra casta sino vosotros, lleve la vergüenza de la rendición sobre su cabeza; de este modo salvaréis vidas y es posible que alguien, alguna vez, reconozca la grandeza de vuestro gesto.

Mientras dure la contienda entre vuestras tribus y las que se os oponen de manera violenta, debéis pensar como generales al tiempo que lo hacéis como Patriarcas y, para ello, tenéis que conocer algunos principios de estrategia que pondréis en práctica para tener alguna ventaja.

Muchos os dirán que debéis mantener en secreto todos vuestros movimientos para no dar a conocer vuestra estrategia; pero no siempre es preciso esconderse para preparar un ataque ya que, a veces, cuanto más evidente es una situación para todos, la gente, que siempre está buscando la mala intención en los demás, se ocupa de buscar secretos escondidos porque, para el común de los mortales, los secretos siempre deben estar ocultos. Por éso, cuando muchos vean que prepararéis un ataque a plena luz, creerán que es una estrategia planeada de antemano y buscarán las acciones que supuestamente tenéis escondidas, descuidando totalmente su defensa y haciéndose vulnerables.

Si sospecháis que dos tribus pueden convertirse en posibles adversarios y éstos deciden enfrentarse entre sí

por problemas que no os atañen, ofrecerlos como mediadores en el conflicto y, de este modo, ampliaréis vuestra influencia con ambos abortando el peligro de que se vuelvan en vuestra contra.

Los adversarios que ya tienen problemas internos en sus tribus, son mucho más fáciles de vencer que aquellos que no se ven en la obligación de estar distraídos en solucionar disensiones intestinas.

Durante la confrontación debéis utilizar todos y cada uno de los recursos posibles, incluso los del contrario, en provecho propio y tratar de encontrar las debilidades de los adversarios para explotarlas en su contra.

Si el Patriarca adversario es conocido como una persona de carácter colérico, tratad de conducirlo hacia la ira, si es muy arrogante, haced como si fuerais débiles y arrastradlo a una trampa de la que no pueda salir con honor.

Lo que en principio aparenta ser una postura débil, puede ser en su núcleo, fuerte y firme y lo mismo sucede al contrario. Recordad que nuestros ojos no siempre nos informan bien de lo que en realidad sucede puesto que partimos de ideas preconcebidas.

Es aconsejable que creéis falsas impresiones para hacer pensar al adversario que vuestro ataque va a dirigirse hacia un punto en concreto, a manera de entretenimiento y llevarlo hacia otro radicalmente diferente para que os aprovechéis de la indefensión creada; pero debéis tener en cuenta que si no ejecutáis estas acciones de manera correcta las maniobras de distracción pueden volverse contra vosotros ya que, en la misma acción de fingir un ataque, estáis distrayendo fuerzas que os podrían hacer mucha falta.

No dejéis nunca que se conozca la verdadera cantidad de vuestros recursos antes de entrar en un conflicto.

La manera más inteligente de encarar una acción violenta es demostrar que se tiene poco o nada, cuando en realidad se tiene más que suficiente para empezar. Esta afirmación es tan válida para el número de hombres como para los recursos económicos, porque hace que el adversario confíe en sus propias fuerzas y menosprecie las vuestras.

Si el adversario está convencido de que vais a dar un paso en una dirección concreta, fortaleced a fondo su creencia y moveos en otra dirección por caminos que no espere. Ganaos completamente su confianza, que piense que está en lo cierto y actuad en el momento en que haya bajado la guardia.

Antes de lanzar un ataque frontal contra un adversario que no conozcáis demasiado a fondo, efectuada una pequeña tentativa en algún lugar que no sea importante para vuestra estrategia general y, de ese modo, podréis conocer mejor sus reacciones ante una refriega.

No uséis por costumbre las estrategias que todo el mundo conoce; más bien debéis apelar a la memoria de los más ancianos para que os describan movimientos que tuvieron éxito, aunque hayan caído en el olvido, con los que lograréis sorprender al adversario.

Siempre que os sea posible haced salir al oponente de los territorios que conoce bien porque, es mejor enfrentarse a fuerzas superiores en número que adentrarse en territorio desconocido para mantener una pelea; pero aún mejor es que el adversario entre en vuestro terreno para disfrutar de mayores ventajas.

Nunca presionéis demasiado al enemigo de manera que no tenga escapatoria posible no sea que lo impulséis a luchar hasta la muerte. Dejad una salida aparente para que la vean y, cuando empiecen a huir, será el momento de derrotarles por completo.

Recordad también que cualquier fuerza siempre tiende a deshacerse cuando desaparece aquello que la mantiene unida. Cuando esté a vuestro alcance, mermaid los recursos del adversario, minad en todo cuanto podáis su moral.

Si lográis sólidas alianzas con Patriarcas que viven en territorios lejanos mientras permanecéis en conflicto con otros más cercanos, éso puede garantizaros un suministro constante; pero no olvidéis que una alianza no es una paz perpetua porque, si bien existen intereses permanentes, éstos nunca son eternos.

Tratad de manteneros informados de todo cuanto sucede en casa del adversario bien por medio de los descuidos del mismo adversario, o comprando información, comprando personas, o enviando gente de vuestro pueblo de la que podáis prescindir sin demasiados problemas, y tratad de introducir falsa información entre el enemigo para conducirlos al error.

Si por motivos que han escapado a vuestro control debéis replegaros, sabed que la retirada nunca debe hacerse sin reflexionar, de forma impulsiva.

No consideréis equivocadamente que retirarse es una manera de escapar a los desafíos que se os han presentado de manera imprevista, sino una manera de enfrentarse a ellos mejor, y con más garantías de éxito.

Antes de iniciar una confrontación en un lugar determinado, debéis saber quién es, entre vuestros hombres, el más capacitado para aquella acción en concreto eligiendo entre los de mayor talento para que él, a su vez, escoja las varas que por conocer mejor el terreno sean capaces de obtener ventajas y que, al mismo tiempo tengan un mínimo de disciplina para obedecer a quienes hayáis elegido. Para ello deberéis saber cuáles son las familias o las tribus más fuertes, quienes están más preparados y quién es el Príncipe que administra la Ley de manera más justa. No creo que haga falta recordaros que toda estrategia está basada en tratar de engañar al adversario por lo que, en todo momento habéis de aparentar lo contrario de aquello que pensáis hacer y desordenar las fuerzas enemigas siempre que podáis.

Tratad de aparentar que pensáis abrir diferentes frentes de lucha ya que, si el enemigo se prepara en la vanguardia, su retaguardia será débil y si defiende el ala derecha, su flanco izquierdo será abordable; pero si se intenta proteger en todos los lugares al mismo tiempo, en todos será débil y por tanto accesible.

Tened presente que vuestro objetivo debe ser siempre una victoria lo más rápida posible porque, de lo contrario, la moral de los vuestros decaerá sin remedio; siempre se ha dicho que, con el paso del tiempo, las navajas pierden totalmente el filo.

Cuanto más tardéis en lograr la victoria, más dinero será empleado en la confrontación; una guerra prolongada arruinará a la tribu y hará pasar necesidades a las familias. Además, en el momento en que comiencen las dificultades económicas, los adversarios aprovecharán esa circunstancia para actuar en vuestra contra desacreditándoos.

Tened en cuenta, antes de empezar, la proximidad o lejanía en la que se encuentra el adversario y las dificultades que tendréis para el transporte ya que, un error de apreciación, puede dejar a vuestras familias totalmente desamparadas; es por éso que antes de entrar en conflicto debéis calcular perfectamente el gasto que deberéis asumir y comprobar si tenéis suficientes recursos.

Si llegáis a vencer, no olvidéis celebrar. Alegrarse por una conquista en una confrontación, como en la vida diaria, es verdaderamente importante; es un rito de transición, de pasaje del estado actual a otro diferente. Las victorias, por pequeñas que sean, se consiguen siempre a costa de muchos momentos verdaderamente difíciles, de noches de insomnio llenas de dudas, de ansiedad, de incertidumbre y días de dolorosa espera.

Alegrarse de forma sincera, y éso lo debéis tener siempre presente, representa una parte fundamental entre los rituales más comunes de la vida corriente; esa conmemoración, marcará de modo positivo el final de un ciclo, de una fase ya totalmente agotada, que deja paso a una nueva etapa que estará , sin ninguna duda, llena de retos.

Una celebración es la representación más clara del renacimiento personal y colectivo. Celebrad siempre con magnanimidad, con nobleza, con medida, procurando siempre, durante la celebración, no humillar ni ofender al vencido.

Celebrar hoy la victoria conseguida ayer, puede parecer insignificante; pero es de suma importancia para el futuro porque, desde el mismo momento en que se vence, ya se está aproximando una nueva lucha que exigirá de vosotros, por pequeña que sea, toda vuestra atención, todo el esfuerzo que seáis capaces de desplegar; el recuerdo de

un gran éxito obtenido en la superación de la prueba, os hará mucho más fuertes para el próximo reto.

Cuando se hayan acabado los tiempos de conflicto violento, durante la celebración, no olvidéis nunca a quienes sufren profundamente a causa de los que han desaparecido de su familia o por aquellos de los suyos que están heridos. Nunca debéis borrar de la memoria que, mientras una parte de vuestro pueblo canta, ríe y celebra, otros lloran pérdidas insustituíbles y algunos se ocupan en curar a sus seres más queridos.

Si debéis iniciar los cánticos abandonadlos luego, dejad atrás las risas para estar con aquellos que sufren. Consolad a quienes perdieron a sus seres más amados, y aliviad el espíritu de los heridos con vuestra presencia.

Recordad que el corazón del sabio debe estar siempre en la casa del duelo, para acompañar a quienes sufren.

Durante la lucha, no abandonéis jamás a vuestros muertos y heridos. Antes bien, tratad de ponerlos a salvo para brindarles los cuidados necesarios, porque esto reforzará la moral de vuestro pueblo y de quienes combaten a vuestro lado; pero esconded a vuestros heridos y a vuestros muertos para que el pueblo no sufra antes de tiempo. Ya llegará la hora de entregar a los heridos a sus familias para que los sanen, y para que los demás puedan llorar en la tranquilidad de sus hogares a quienes desencarnaron.

Si por necesidades del combate debéis elegir un objetivo poblado para atacarlo, mirad bien para que no haya en él mujeres, niños o ancianos porque, ésa, es sangre inocente que no podréis lavar de vuestras manos en toda la eternidad. Sobre todo no os venguéis en ninguna oca-

sión del oponente atacando a los individuos más débiles e indefensos de su pueblo.

Respetad a sus familias y no os alcéis jamás con botín, de personas, bienes o animales, porque vuestro pueblo podría ser considerado ladrón por esa causa y, por encima de cualquier otra consideración, no permitáis que vuestros hombres se entreguen al pillaje, ni que abusen de las mujeres de los oponentes porque, éso, dará fuerzas a los contrarios. La furia del ser humano, nace de los celos, de la humillación, y no mostrarán compasión con vosotros, ni con los vuestros, en el día de su venganza.

Si debéis irrumpir con vuestras fuerzas en algún asentamiento de aquellos que se os oponen, proveedles de comida si andan escasos, y haced los regalos que estéis en capacidad de dar, si es que entre ellos no tienen hombres aptos para la lucha. Sed siempre benévolo, amistoso, con los más débiles.

Recordad que el Patriarca oponente, sin duda para alentar a su gente, propagará que sois crueles y vengativos, que no perdonáis a vuestros prisioneros y que, en vuestro corazón, no tienen cabida la bondad ni el perdón. Si a sus mujeres, a sus ancianos y a sus hijos, les demostráis todo lo contrario de cuanto les han hecho creer, cuando los hombres lleguen allí para reponer fuerzas, oirán de la boca de sus seres queridos vuestra grandeza de corazón, vuestra liberalidad y éso hará que pongan en duda las palabras de sus líderes y, como resultado, lograréis que disminuya su ardor combativo.

Muchos Patriarcas, antes de que vosotros fuerais seres carnales, se han visto obligados a vivir en épocas de confrontación violenta. Muchos de ellos vencieron, muchos fueron derrotados, muchos ganaron batallas y per-

dieron la definitiva; pero por encima de ellos, sus pueblos han seguido su caminar y, más temprano que tarde, la gente se olvidó de aquellos tiempos que tantas preocupaciones dieron a los Patriarcas en su día.

Con ésto se puede entender claramente que, por encima de la victoria o la derrota, más allá de los Patriarcas y sus tareas, está la supervivencia del pueblo.

Cuando terminen los tiempos violentos, marchaos, aislaros y dejad que vuestros espíritus sean totalmente libres para que puedan disfrutar del anonimato, y de los dones que poseen en sí mismos. Cuando liberéis vuestras almas, seguid al amanecer a través del tiempo y volved con él; intentad llegar hasta el fondo del espíritu de vuestro pueblo y probad a leer, sin que nadie os moleste, la espléndida página del Universo desde el principio de los tiempos.

Después de todo ésto, volved a vuestro pueblo y seguid con vuestra tarea, con el trabajo diario, que no es otro que el de llevar a quienes os han sido entregados, a los que os siguen, por las sendas de la Justicia, la Verdad, la Paz y el progreso.

Para lograr este respeto total, esta confianza que necesitáis de vuestro pueblo, para regir sabiamente sus destinos, debéis utilizar varias herramientas que, cuando sepáis usar convenientemente, os harán superiores desde el punto de vista del pueblo que, al final, es el único que cuenta para vosotros.

La herramienta fundamental para vuestra tarea de gobierno y dirección es la palabra. Es tan fuerte que el mismo Creador pensaba en hacer las cosas pero, hasta que no dijo “hágase”, no se hicieron. Pronunciar una palabra es crear una serie de vibraciones y sonidos que, en primer

lugar, hacen que los demás entiendan aquello que queréis comunicarles y, al mismo tiempo, son capaces de producir una modificación en el aire que, según el tono y la energía con la que ésta sea pronunciada, provoca una reacción en quien os oye dándole una información complementaria que completa su sentido. Cuando deis una orden que no pueda ser discutida, utilizad palabras breves y un tono de voz enérgico, seco, que deje bien claro a quien escucha la inmediatez de la obediencia, al tiempo que lleve implícita la inutilidad de la excusa o la tardanza.

Por el contrario, si aconsejáis, utilizad un tono suave, paciente y lleno de calma y condescendencia, que sea como un bálsamo para quien llegó hasta vosotros dolido, sumido en una maraña de dudas y seriamente preocupado por no saber qué decisión tomar.

Si debéis reprender, utilizad un tono benévolo que invite al diálogo, para inclinar al reprendido a la reflexión pero, en ningún caso, alcéis demasiado la voz.

Reprender en todo momento como padres amorosos, aconsejad siempre como lo haría un hermano mayor y dad órdenes como un líder incontestable. Apoyaos siempre en las inflexiones de la voz para que, quien escuche, sepa a qué atenerse sin que exista la menor sombra de duda.

La herramienta que acompaña a la palabra es el gesto y debe estar acorde con todo aquello que deseéis expresar. Nadie habla de amor a otra persona mostrando en su rostro un gesto huraño o amargado, ni da parabienes a otros con gritos y ademanes amenazantes.

Si lo que buscáis es la conciliación, no os sentéis frente al otro en un lugar más alto que él, y hacedlo así si

lo que buscáis es la sumisión del otro. Si queréis confianza, sentaos dando el perfil a quien os acompañe porque así, cuando hable o lo hagáis vosotros, vuestra boca enfrentará su oído y la suya al vuestro, lo que creará un ambiente de complicidad que facilitará las confianzas. Si lo que deseáis es dominar plenamente, sentaos de espaldas al sol para que no puedan veros bien el rostro y ellos lo tengan totalmente iluminado, lo que les hará sentirse indefensos ante vosotros ya que no podrán alcanzaros los ojos con su vista.

Cuando queráis explicar algo de difícil comprensión, no hagáis gestos muy violentos con las manos ni cambiéis de postura bruscamente, para no desviar la atención de quien os escucha, y de esta manera pueda entender con claridad lo que decís.

Mantened siempre una distancia prudencial con quien os habla, si lo que deseáis es expresar indiferencia, e inclinaos ligeramente hacia el frente si lo que queréis es indicar atención por lo que se os dice, y echaos hacia atrás, si estáis sentados, si queréis que la persona que está frente a vosotros se sienta insegura. Sólo debéis acercaros mucho a la otra persona si lo que buscáis es confianza plena; ésto lo conseguiréis acercando vuestro oído a su boca, sentados de perfil, con una sonrisa y un gesto dulce.

Si lo que pretendéis es crear un gran nerviosismo en la otra persona, pasead en círculos alrededor de ella y deteneos a su espalda, muy cerca de su círculo de protección personal.

Estas dos herramientas que os he citado hasta el momento, se convierten en armas verdaderamente terribles si las complementáis con la mirada.

Está escrito que el ojo es la lámpara del cuerpo y si éste muestra sencillez, todo vuestro cuerpo resplandecerá con una luz venida de vuestro interior.

La mirada es muy importante porque, los ojos no son sólo el lugar por donde nos asomamos al exterior, sino que también es el lugar por donde pueden asomarse los otros hacia nuestro interior para conocer nuestros sentimientos más escondidos.

Debéis recordar que una mirada inexpresiva aborta en el acto cualquier intento de acercamiento y, si miráis al fondo de los ojos de alguien con firmeza, con expresión severa, vuestra sonrisa sólo tendrá una expresión de malicia, de incredulidad o de recelo.

Si lo que deseáis es imponeros cuando escucháis a otra persona, miradle fijamente al fondo de los ojos y haced lo mismo cuando habléis con alguien si queréis demostrar sinceridad porque, sólo aquellos que pronuncian palabras falsas, son incapaces de mirar a los ojos de quien escucha.

Dulcificad en lo posible vuestra mirada cuando estéis aconsejando, hacedla dura, autoritaria, cuando debáis impartir órdenes inapelables; pero si deseáis reprender, la condescendencia de vuestra voz deberá estar acompañada por la firmeza de vuestra mirada.

Aprended a mover los ojos con mucha suavidad para mirar a los lados, si queréis dar a demostrar que no estáis interesados en lo que os están diciendo, o para hacer patente vuestra incredulidad respecto a lo que estáis oyendo.

Mantened fija vuestra mirada ligeramente por encima de la cabeza de vuestro interlocutor para demostrarle

vuestra total falta de interés, o fijad la vista en el suelo, entre vuestros pies, si es que estáis sentados, levantando los ojos de vez en cuando para posarlos en los de quien os habla, sin variar la posición de vuestra cabeza, para demostrar vuestro interés en lo que os están diciendo.

Si por el contrario deseáis que vuestro interlocutor piense que estáis prestando plena atención a sus palabras, bajad suavemente vuestra cabeza y mirad hacia el suelo escondiendo vuestra mirada de sus ojos y guardando un respetuoso silencio.

El silencio, Patriarcas; esta es la herramienta que puede complementar a las anteriores y la que os concederá en todo momento plena ventaja en cualquier conversación, bien sea con personas de vuestro pueblo, o con Príncipes, Jefes de Familia u otros Patriarcas.

El silencio es un arma capaz de dejar totalmente indefenso a cualquier interlocutor, porque da la impresión a los demás de que estáis profundamente concentrados en la conversación y que, al mismo tiempo, estáis reflexionando preocupados sobre aquello de lo que os están diciendo; pero en realidad estáis creando un vacío brutal que acaba por poner nervioso a quien os habla.

Recordad que la conversación es un intercambio de vibraciones en dos direcciones, que mantiene un equilibrio perfecto si el intercambio es constante y armónico.

Si calláis durante algún tiempo mientras estáis hablando con alguien, crearéis voluntariamente un desequilibrio en las vibraciones sonoras que, más tarde o más temprano tratará de llenar vuestro interlocutor con palabras, irreflexivas en la gran mayoría de las ocasiones, lo que os permitirá conocer mucho más a fondo a quien os habla.

Es un hecho que podéis probar en cualquier momento, Patriarcas, el que si la persona con la que se habla guarda silencio durante algún tiempo, la situación se hace insostenible y se entiende que puede darse por terminada la conversación; pero en vuestro caso, sois quienes tenéis la investidura y vuestros interlocutores no pueden abandonarla de manera unilateral sin caer en irrespeto o desacato por lo que, si vuestro silencio lo reforzáis con una mirada inquisitiva, a quien esté con vosotros no le quedará más remedio que seguir hablando.

Usad siempre que podáis el silencio en vuestro provecho y, cuando se presente la obligación de mantener diálogos tensos con personas iguales a vosotros en edad, dignidad o gobierno, que conocen estas herramientas tan bien como podáis hacerlo vosotros mismos, la conversación se convertirá en un sordo y brutal forcejeo del que saldrá triunfante aquel que sea poseedor del espíritu más preparado, más fuerte.

Utilizad el silencio para aislaros de palabras vanas si es necesario, para alejaros de conversaciones que no os interesen en absoluto porque, con el silencio, seréis capaces de crear una burbuja de protección tan fuerte que será impenetrable para quienes intenten halagaros, confundiros u ofenderos de manera voluntaria.

Ya conocéis cuatro valiosas herramientas que podréis, con la práctica, complementar entre sí y que, bien utilizadas, os darán sin ningún tipo de duda una ventaja sustancial en cualquier diálogo o conversación que os veáis en la obligación de mantener; pero también existen otras, no menos útiles, que podéis usar en vuestro favor si deseáis llegar al dominio pleno de la Autoridad.

Son tres: la paciencia, la actitud y el ejemplo.

Con paciencia los elementos más blandos y maleables de la Naturaleza consiguen desmoronar a los que son más duros que ellos, porque la paciencia lleva como compañera inseparable a la constancia. Sin una es imposible entender a la otra. La paciencia del agua, junto con la constancia del viento, logra oxidar el hierro hasta convertirlo en polvo.

Os pongo sólo este ejemplo porque no es necesario extenderse cuando quienes escuchan entienden perfectamente el espíritu de lo todo aquello que se dice. Vosotros, con paciencia, encontraréis muchos más. La paciencia para con vuestros súbditos y en el desempeño de vuestras tareas diarias, es el arma más demoledora que puede existir en ese mundo. Si lográis comprender que el tiempo es esencialmente eterno y no cedéis nunca al apresuramiento, iréis viendo, poco a poco, cómo lo que necesitáis se va dando de manera fácil, cómo lo que previsteis antes se va cumpliendo y vuestras metas serán alcanzadas sin más ayuda que la paciencia.

Las interminables discusiones vanas, todos aquellos diálogos amargos en los que se intenta convencer a otros de la exactitud de las propias conclusiones, son una pérdida de tiempo cuando los demás están tan anclados en sus ideas que no quieren ceder ni un paso; pero si sois capaces de utilizar bien la paciencia, dejaréis que el tiempo comience a daros la razón y que sean los hechos quienes derriben los muros que los otros habían levantado a su alrededor como barrera protectora; tan sólo por ejercitar la paciencia de manera inteligente, habréis dado un paso muy importante para imponer vuestras opiniones a quienes se opusieron a ellas. Por otra parte, debéis utilizar con frecuencia la paciencia para educar correctamente a vuestros pueblos.

No tratéis nunca de alisar, de rematar una escultura a golpes de maza, antes bien, procurad pulir con la lija

de vuestras palabras la obra que empezaron otros, sin importar el tiempo que utilicéis para ello porque, de este modo, lograréis mejores resultados; pero si os veis obligados, en casos extremos, a utilizar la maza, golpead una sola vez, para después seguir puliendo con paciencia.

Recordad, Patriarcas, que a las personas no les agrada ser desposeídos violentamente de todos sus errores, porque éso es considerado por los seres más densos, por los menos preparados, como una humillación insoportable, y se sienten ridículos por haber estado defendiendo durante tanto tiempo unas ideas, que al final se han demostrado equivocadas; sólo los que son sabios y las personas que tienen almas grandes son capaces de admitir sus errores con alegría porque entienden que, quienes les abren los ojos, les han ahorrado mucho trabajo; tanto como todo el esfuerzo y el dolor que hubieran necesitado para llegar por sí mismos a esas conclusiones.

Tened paciencia para con los demás, con vuestra propia evolución y la de vuestros pueblos.

No tratéis de enseñar, de regir a vuestro ritmo, sin tener en cuenta a los menos capaces, o a los que no están todavía preparados.

Adoptad, para vuestros pueblos, una cadencia de evolución, de progreso total, que pueda ser seguida por todos sin rezagarse y, si alguno se retrasa, tratadlo con paciencia hasta que sea capaz de llevar el mismo paso que los otros, sin que tenga necesidad de esforzarse demasiado.

Sobre todo, cuando ejerzáis la paciencia, recordad que debéis ser magnánimos en vuestra actitud.

La actitud que adoptéis frente a los demás será, en definitiva, la que confirme o contradiga lo que decís o aquello que hacéis.

Así como el gesto refuerza la palabra, la actitud dotará de peso específico a vuestros actos. Es muy difícil mantener una actitud distante y, al tiempo, dar impresión de accesibilidad; pero sólo de esta manera podréis alimentar la confianza de vuestros pueblos sin perder su respeto. Pensad que como líderes morales de quienes os siguen voluntariamente, vuestra actitud, será concluyente para que decidan continuar caminando en el seno de vuestros respectivos pueblos.

Un Patriarca que mantenga el gesto preocupado, continuamente severo, da como resultado un pueblo con las mismas características; pero un Patriarca confiado, seguro de sí mismo, logra que su pueblo alcance la seguridad. Mantened, pues, una actitud confiada que los tranquilice en los momentos más angustiosos; si al líder se le ve muy preocupado por un problema, el pueblo comienza a dudar y a pensar que es mucho mayor de lo que en realidad puede llegar a ser y pierde la confianza, para terminar creyendo que es irresoluble.

Pero tened cuidado porque, en el caso opuesto, si todo está marchando aparentemente bien, sin dificultades, y el Patriarca se muestra ante su gente en actitud relajada o despreocupada, el pueblo puede empezar a pensar que nada los amenaza; de ahí, a bajar la guardia y desatender las defensas, queda un trecho que no es demasiado largo.

En los momentos en que todo sigue un curso favorable no os alegréis en demasía; la vida acostumbra a dar pequeñas treguas durante las que se puede descansar un poco, y deben ser utilizadas para prepararse concienzudamente de cara a los problemas que, sin duda, van a presentarse a continuación.

Mantened, Patriarcas, una actitud muy serena en todo momento, independientemente de la situación en la que se encuentre vuestro pueblo, o de los muchos inconvenientes que requieran de una solución urgente.

Considerad que, en general, lo urgente nunca deja tiempo para lo importante, por lo que nunca debéis permitir que se os acumulen los problemas, ni que lleguen a convertirse en urgentes por descuido, y tratad en todo momento de dar un buen ejemplo; hay que solucionar las cosas difíciles cuando todavía son fáciles. El ejemplo es una de las formas de enseñar, de educar correctamente a un pueblo, entre las mejores que pueden existir.

Si dais a vuestros pueblos un ejemplo constante de servicio, de laboriosidad, por reflejo ellos seguirán el mismo camino; pero si os dedicáis a pasear, a conversar con todo el mundo a cualquier hora, los interrumpiréis en su tarea diaria, os inmiscuiréis en sus vidas retardando sus labores y terminarán pensando que todo funciona bien por lo que, en el momento en que aparezca un problema que sea de difícil solución y os presionen, no dejarán de comentar puntualmente que en lugar de andar paseando, perdiendo el tiempo, os podíais haber dedicado a prever lo que podía suceder.

Levantaos antes que ningún hombre del pueblo y que vuestro puchero de café sea el primero que hierva en la mañana; sed ordenados en vuestras vidas personales, y respetad los horarios de las comidas para enseñarles a quienes os siguen que hagan lo mismo que vosotros.

Si dais ejemplo de orden, tendréis un pueblo bien ordenado, si dais ejemplo de sobriedad lograréis en poco tiempo que vuestro pueblo no cometa excesos.

Siempre está alegre el pueblo que sigue a un Patriarca alegre y nunca dejan de preocuparse aquellos que marchan al lado de uno que parece triste.

Debéis pensar que vuestro pueblo es como un espejo en el que se refleja de manera fidedigna todo cuanto hacéis, decís o determináis, por lo que debéis ser un ejemplo permanente para vuestros seguidores, si queréis llegar a ser grandes entre los más grandes.

Si sois capaces de utilizar con habilidad estas herramientas, estaréis cerca del triunfo como regidores del destino de vuestros pueblos, y no tendréis que lamentar nunca pérdidas de familias o de Príncipes, ni habrá escasez en las arcas comunes, ni las alacenas estarán nunca vacías; pero jamás debéis olvidar que en la vida habéis de encontraros con problemas que requerirán de una solución inmediata, y que tenéis la obligación de aprender a ejecutarlas con rapidez, con el mejor resultado posible para vuestro pueblo y para vosotros mismos.

Aunque vuestra intención sea la de no buscar nunca problemas y conservar la tranquilidad en el pueblo, la vida se encargará de llevarlos a vuestra puerta cada mañana sin faltar ni un solo día a su cita; pensad que nadie puede alcanzar la santidad, aunque lo desee fervientemente, si su vecino no está dispuesto a permitirlo y, el hecho de ser Patriarcas, líderes de vuestras comunidades, de familias que viven muy próximas unas de las otras, lleva implícita la obligación ineludible de solucionar todos los problemas que se les presenten a vuestra gente, de manera individual, y de hacer además lo propio con todos los inconvenientes colectivos.

Muchas veces tendréis que solucionar dilemas muy grandes disponiendo de muy poco tiempo para hacerlo de manera correcta.

Lo primero que debéis tener en cuenta es que sólo podréis solucionar un problema cada vez y, para ello, debéis saber cuál de entre todos es el más importante, o el más urgente, pensando más en el interés del pueblo que en el vuestro.

Cuando sepáis exactamente cuál es el problema que debéis solucionar, dejad que vuestra mente se centre sólo en él, haciendo caso omiso del resto y, si lo creéis necesario, buscad el aislamiento para meditar.

Es cierto que siempre podréis pedir opinión al Consejo; pero recordad que si no sois capaces de mostrar suficiente diligencia en la solución de un problema, o si dais muestras de indecisión, perderéis la confianza de todos. Tratad de solucionar las dificultades en soledad, pidiendo opiniones si así consideráis que es lo más acertado, o si la solución que debéis adoptar perjudica gravemente a una familia o a un miembro de vuestro pueblo.

Cuando sepáis cuál es el problema que debéis solucionar, si es delicado, imaginad qué consecuencias serían las peores que podía acarrear vuestra decisión, o quiénes se verían más afectados por la solución que vais a tomar.

Al llegar a este punto, debéis asumir sin reservas que puede llegar a suceder lo peor de todo cuanto hayáis podido imaginar, y seguidamente prever las decisiones que tomaréis en el caso de que éso suceda; os daréis cuenta de que, por el solo hecho de tener dispuestas las soluciones para el peor de los casos, desaparece la presión que os agobiaba y aparecen soluciones que, en un principio no habíais contemplado.

En la mayoría de las ocasiones los problemas que os mantienen preocupados parecen imposibles de resolver,

debido al miedo que produce el tomar decisiones que puedan perjudicar a alguien, o quizás a la incógnita que se crea en vosotros por no saber con exactitud qué es lo que puede pasar a continuación; pero si sois capaces de despejar convenientemente todas esas dudas, desaparecerán los miedos, las soluciones posibles se multiplicarán y serán mucho más accesibles para vosotros.

Si debéis poner en conocimiento del pueblo una decisión, por ser de suma gravedad para todos, razonad en público siempre desde el punto de vista de los más tardos de entendimiento porque, el lenguaje sencillo, pule a menudo las dificultades que se presentan a la hora de explicar algo complejo; pero tratad antes con el Consejo y dejad que los demás se opongan verbalmente a todos vuestros razonamientos; de estas trabas, nacerán otros modos de solucionar los problemas, nuevas reflexiones para sustentar mejor vuestra decisión y los puntos débiles que presenta la solución que habéis tomado lo que, en conjunto, os ayudará en vuestro cometido.

Sobre todo no os preocupéis antes de tiempo, por un problema que podría llegar a presentarse, porque no sabéis qué es lo que el Padre ha decidido para vosotros o para vuestro pueblo; pero pensad que tampoco es malo prever lo que está por venir, por si acaso, prevenid por si fuera posible evitar algunos de los posibles inconvenientes.

Uno de los conflictos mayores que hallaréis será el de buscar la solución a pleitos pequeños que surgen en el convivir diario de vuestros pueblos.

Veréis que cuando tengáis que tomar una decisión que afecte a todo el pueblo y pueda tener consecuencias muy graves para todos, os seguirán con los ojos cerrados, sin dudas, y sin importar lo errado o acertado de vuestro

juicio; pero en los pequeños pleitos diarios, en los problemas nimios que suele dar la convivencia en una comunidad sumamente cerrada, todas vuestras decisiones serán pesadas, medidas y comentadas hasta la saciedad porque, sea cual fuere la posición que asumáis, siempre habrá alguien que se sentirá perjudicado aunque sólo sea por darle la razón al otro. A la hora de tomar una decisión pensad que es el pueblo quien las acepta ya que, un Patriarca, sólo puede ordenar y ser obedecido si el pueblo acepta voluntariamente su autoridad.

Un Patriarca manda gracias a su pueblo del mismo modo que un arroyo canta gracias a las piedras que arrastra en su recorrido.

En caso de que aparezcan problemas graves entre hombre y mujer que conformen una pareja, pensad que todos soñamos con un amor eterno, sin ningún tipo de dificultades y que, cuando éstas aparecen, nos sentimos gravemente decepcionados, cuando no fuertemente dolidos.

Queremos que el amor sea como una sábana que cubra todos nuestros sueños, nuestras expectativas en la vida, y que termine por ser nuestro sudario en la muerte terrenal; esperamos que sea como esa dulce llovizna de la alta montaña que cae fina y constante, hasta que consigue hacer que rebozen torrentes y ríos.

Pero también debéis saber que el amor de los mortales no es sino un egoísmo entre dos seres, un afán de posesión del otro. La pasión les hace apresurarse, la carne les empuja a tomar decisiones sin saber que, quien se adelanta al tiempo natural de las cosas del amor, acerca el odio a sí mismo; desconocen que el amor, como la luna, cuando no crece, disminuye de forma constante.

Recordad que quien sabe amar nunca debe hacer que el otro sufra, porque estará más dispuesto a dar que a recibir. Hay que amar todos y cada uno de los días de nuestra vida como si fueran los últimos, como si fuésemos a morir mañana; sólo quien se enamora de verdad, es capaz de nacer por segunda vez y debe pensar que, si la luna lo ama, poco importa que las estrellas se eclipsen para siempre.

Esto no es otra cosa que el deslumbramiento primero, la emoción de encontrar a quien se ama porque sólo cuando llega la calma en la pareja, cuando aparece el total entendimiento entre ambos, el amor decide envejecer con ellos y descansa tranquilo. Por éso, no debéis oponeros nunca a ninguna relación, dejad amar a quien cree hacerlo porque si lo impedís, seguirán amando y lo único que conseguiréis será que os odien.

En cuestiones de pleitos más graves, cuando os intereséis por los hechos, todos darán versiones distintas de lo sucedido estando convencidos de haber dicho la verdad, porque nadie es capaz de decir algo que pueda perjudicarle. Tened presente que, si le preguntáis a una mula quién es su padre, siempre os responderá que su tío es el caballo para no reconocer que es hija de un burro; pero tened también por seguro, que si una mentira ha conseguido quedarse en casa hasta la hora de la comida, jamás podrá sentarse a la mesa de la cena.

Cuando debáis decidir en un pleito no seáis demasiado inflexibles al adoptar vuestras opiniones porque, en general, demasiada justicia es casi el equivalente a la falta de equidad.

Pensad primero en vuestra casa, en vuestra vida, y tratad de que los demás se juzguen por vuestro propio ejemplo ya que, un Patriarca que no sabe gobernarse, no tiene

Autoridad Moral para regir a los demás, y si, a la hora de emitir un juicio, alguien trata de engañaros y consigue cambiar vuestra opinión, no olvidéis que quien os engaña una vez merece el castigo de la vergüenza; pero si logra engañaros por segunda vez, la vergüenza, caerá sobre vosotros.

Todos estos consejos que os he dado son válidos para el contacto diario con vuestro pueblo, con la gente que os sigue; pero muchas veces debéis hacer uso de la diplomacia en el Consejo General o, como os he apuntado anteriormente, para evitar una confrontación violenta. Si en el caso de vuestro pueblo tratáis con personas que confían en vosotros, cuando lleguéis al Consejo os enfrentaréis con Patriarcas y jefes de familia que, en principio, esperarán a ver cómo se desarrolla la reunión para tomar partido; es en estos momentos cuando debéis desplegar toda vuestra estrategia y toda vuestra inteligencia para lograr lo que estáis buscando.

Lo primero que debéis hacer es predisponer a vuestro favor al mayor número de miembros de Consejo que os sea posible y, para conseguirlo, no debéis comenzar vuestros parlamentos con una crítica hacia quienes son vuestros opositores.

La crítica siempre es negativa porque pone a la otra persona en actitud defensiva y le obliga a justificar sus propias acciones; es peligrosa porque lastima el orgullo de quien la recibe, hiere su autoestima y despierta su resentimiento contra quien la hace.

Debéis comprender a quienes queráis corregir y pensar que actúan como vosotros posiblemente lo haríais en sus circunstancias. Tratad de imaginaros, antes de hablar, por qué razón están actuando como lo hacen; demostrad vuestra grandeza en la forma de tratar a los demás. Una manera

inteligente para comenzar un parlamento que terminará con una acusación o un reproche es el de elogiar a quien está contra vosotros. A todo el mundo le agrada recibir un elogio porque una de las mayores aspiraciones del ser humano es el anhelo de ser apreciado por todos. Por medio del aprecio sincero, se puede desarrollar lo mejor que hay en el ser humano. Nada hay que mate tanto las ambiciones del hombre que las críticas de alguien a quien respeta; a la hora de iniciar vuestro parlamento tratad de ser calurosos en la aprobación y muy generosos con los elogios al oponente.

Todos los hombres son superiores a vosotros en algo y, en eso, debéis aprender de ellos.

Recordad que el único medio del que disponéis para influir ventajosamente sobre vuestros semejantes es hablar extensamente acerca de lo que ellos quieren y demostrarles cómo conseguirlo de manera fácil.

Para influir en los demás, despertad su deseo de hacer lo que vosotros queréis. Dejad que ellos piensen que son los precursores de vuestras ideas, que crean que ellos lo han ideado para que les guste y de esta manera hagan lo que vosotros deseáis sin ningún tipo de protestas.

El Patriarca que no se interesa por los suyos, por su pueblo, es el que al final suele enfrentar las mayores dificultades y quien acabo por causar las mayores heridas a los demás. Pensad que frecuentemente os interesan los demás cuando se interesan por vosotros; pero el interés que mostréis hacia los demás debe ser sincero. Las acciones valen más que las palabras.

Una sonrisa para aceptar a quien llega a vosotros para expresarle que va a ser bien recibido es esencial para conseguir su beneplácito.

Tened en cuenta que la felicidad que debéis mostrar no se produce por causas externas a vosotros: la felicidad debe emanar de vuestro interior.

No es lo que tenéis o lo que sois o dónde estáis o qué hacéis lo que os hace felices o desgraciados sino lo que pensáis acerca de todo ello.

Nada es bueno o malo porque es el pensamiento el que hace las cosas como son.

Es importante prestar atención exclusiva a quien os hable en el Consejo porque es una manera de adular a vuestro interlocutor. La persona que os hable, siempre, estará más interesada en sí misma y en sus necesidades que en vosotros y vuestro pueblo.

De entrada no critiquéis, no condenéis, no os quejes, y sonreíd; demostrad un aprecio honesto, sincero y llamado a las personas por su nombre porque, para una persona su nombre es el sonido más importante del mundo y el que le trae a la mente los momentos más felices de su vida; animad a los demás a que hablen de ellos para conocerlos mejor y para que bajen la guardia.

Si discutís, peleáis y contradecís, podréis lograr un triunfo transitorio, pero nunca la buena voluntad de vuestros interlocutores. El odio nunca se combate con odio sino con comprensión y un malentendido no se termina nunca con una discusión sino con tacto, diplomacia, conciliación y apreciando en su medida la opinión de los demás.

Antes de entrar en el Consejo debéis asumir como algo normal que existirá un desacuerdo.

Desconfiad siempre de vuestras primeras impresiones, controlad vuestro carácter, escuchad primero, buscad los puntos en los que estáis de acuerdo, sed honestos y reconoced vuestros errores ante vuestros oponentes, analizad con cuidado las ideas ajenas, agradeced sinceramente el interés de los oponentes y dad tiempo para repensar las estrategias con objeto de crear un clima de conciliación.

Recordad que, cuando dos personas gritan, no hay comunicación. La única forma de salir bien de una discusión es evitándola.

No cometáis el error de iniciar vuestra intervención asegurando que vais a demostrar que vuestro oponente no tiene razón; esta actitud supondrá para el otro un desafío que no hará sino logra que vuestro interlocutor se predisponga a la batalla dialéctica antes de hablar.

Si queréis demostrar algo, procurad que nadie lo sepa, hacedlo de manera sutil de tal modo que nadie se de cuenta de lo que os proponéis.

Recordad que se ha de enseñar como si no se enseñase y proponer las cosas nuevas como si ya fueran antiguas y se hubiesen olvidado para que nadie pueda pensar que queréis cambiar todo lo establecido.

No se puede enseñar nada a nadie; sólo puede ayudarse a que lo encuentre en su interior; sed más sabios que los demás pero no lo digáis, que sean ellos quienes lo piensen y lo reconozcan.

Empezad siempre diciendo en primer lugar que podéis equivocaros, y que por esa razón queréis buscar el consejo de todos examinando los hechos; ésto hará que vuestro interlocutor se disponga a inspeccionar objetivamente las cosas y a ser justo.

Tratad de expresar en voz alta todos los argumentos que está pensando el otro, antes de que él lo haga y, de esta manera, le quitaréis la razón de hablar enfrentándoos. Reconocer los propios errores predispone a todos para tratar de solucionar los problemas.

Cualquier necio puede defender y justificar sus errores, es algo sabido; pero se coloca por encima de todos los demás quien los reconoce sin que se le pida. Recordad que peleando no se consigue nunca suficiente pero cediendo se consigue más de lo que se espera.

A nadie le gusta cambiar de idea ni se le puede obligar por la fuerza a que lo haga pero es fácil convencerlo, conducirlo, con amabilidad y suavidad.

No empecéis nunca discutiendo las divergencias sino que debéis destacar, con mucha insistencia, las cosas en las que estéis completamente de acuerdo. Acentuad que ambos estáis buscando un mismo fin y que la única diferencia que hay entre vosotros es la del método a seguir para conseguirlo y no del propósito que perseguís.

Debéis lograr que vuestro interlocutor diga que sí, que se muestre de acuerdo, al menos en algo, para que de manera inconsciente esté abierto al acuerdo.

Si de entrada se pronunciaa un NO rotundo, es un obstáculo añadido ya que, quien lo pronuncia pondrá luego todo su orgullo en ser consecuente consigo mismo, con su negativa.

Cuando se intenta atraer a los demás a nuestro modo de pensar se tiende a charlar demasiado. Dejad que hable la otra persona cuanto desee. Ellos saben mucho más que vosotros sobre sus problemas y lo que en realidad

desean. Permitid que explique sus motivos, alentadle a que se abra ante el Consejo y se vacíe por completo.

A nadie le agrada que se le quiera obligar a realizar algo determinado; en el fondo todos estamos dispuestos a creer que siempre hacemos lo que creemos que debemos hacer y que aplicamos nuestras ideas a pesar de las dificultades que se presentan.

Pensad que la única manera de que un río sea caudaloso es permanecer debajo de los pequeños torrentes que bajan de la montaña.

Seguramente hay una razón oculta por la que una persona piensa y decide de la manera que lo hace; si somos capaces, escuchando, de encontrar ese motivo escondido tendremos la llave de sus acciones.

La conversación se hará mucho más fluida cuando mostréis que os interesan las ideas ajenas tanto como las propias; la manera de alentar a vuestro interlocutor para que tenga la mente bien abierta a vuestras ideas es iniciar la conversación dándole las indicaciones claras sobre vuestras intenciones, dirigiendo todo cuanto digáis en dirección a lo que desearíais escuchar si estuviérais en lugar del otro. Preguntaos por qué el otro va a querer hacer lo que vosotros queráis.

En general las personas tienen dos razones para hacer algo: una que aparece como buena y digna, la que se airea orgullosamente ante los demás, y la otra la verdadera razón que le impulsa.

Es mucho más fácil que alguien acepte una relación de sus propios defectos si, quien la hace, ha reconocido los suyos en primer lugar.

Hacer preguntas no sólo vuelve más aceptables las imposiciones sino que, con más frecuencia de la que podáis pensar, estimula la colaboración de la persona a quien se pregunta. Es verdaderamente sencillo que las personas acepten las exigencias ajenas si cree haber participado activamente en la toma de la decisión.

Aún cuando tengáis razón y el otro esté plenamente equivocado, sólo lograréis hacer daño si le hacéis perder prestigio ante los demás. Si queréis que alguien mejore en cierto sentido, debéis proceder como si ese rasgo en particular fuese una de sus mejores características reconocido por todos. Dotad a vuestro adversario de una reputación y lo veréis hacer esfuerzos sobrehumanos antes de desmentirla.

Para cambiar comportamientos y lograr que se puedan modificar decisiones para llegar a tener acuerdos sólidos debéis ser sinceros, no prometer nada que no podáis cumplir y concentrar todo vuestro razonamiento en los beneficios de quien os escucha.

Tenéis que saber exactamente qué es lo que se quiere de la otra persona. Considerad los beneficios de quien os escucha y hacedlos coincidir con vuestras necesidades. Minimizad en lo posible las dificultades, sin dejar de tenerlas presentes, y haced que el otro se sienta satisfecho de lo que cree haber logrado.

Recordad que los Patriarcas eficaces se distinguen por su costumbre de tomar responsabilidades, por tener siempre sus objetivos claramente definidos, por conocer a la perfección las prioridades de cada uno de los asuntos que manejan, por pensar en que pueden lograr cuanto se están proponiendo, por comprender perfectamente los pros y los contras de cada acción, porque se hacen aconse-

jar sobre el tema que tratan y porque, antes de empezar, preparan todo para que sea más fácil.

Cuando recibáis a un miembro del Consejo General, dadle confianza con el gesto, extended los brazos para invitarlo a un abrazo pero tened cuidado de que, al abrazar, vuestros brazos se mantengan por fuera de los del visitante en ademán de protección.

Pensad que todo el mundo sabe fingir una expresión; pero ellos no saben cómo manejarla ni durante cuanto tiempo para que aparezca como sincera.

Debéis saber que cuando dos personas se miran comparten una sensación de placer por estar juntos o de fastidio; de alguna manera el contacto visual os hará sentir expuestos ante los demás, pero recordad que todas las conversaciones tienen patrones basados en este contacto ya que, cuando vuestro interlocutor tema deciros algo, o no esté plenamente convencido de cuanto está diciendo, evitará vuestros ojos y, por el contrario, los buscará cuando espere que toméis la palabra para aconsejarle.

Mirar al otro y hacer un gesto de asentimiento sin pronunciar una palabra es invitar a que el otro siga con su exposición. Si cuando escucháis al otro le dirigís largas miradas, puede ser halagador ya que demostraréis vuestra atención; pero si hacéis lo mismo cuando habláis, puede ser muy incómodo para quien os esté escuchando.

Durante un silencio prolongado, una mirada larga, termina por perturbar; tened en cuenta que si quien os escucha mira frecuentemente hacia otro lado, está en desacuerdo con lo que decís, pero si lo hace cuando habla, no está completamente seguro de lo que dice o querría modificarlo pero no se atreve.

Si quien os escucha, os mira, estará de acuerdo con lo que expresáis en ese momento; pero si mientras habla, os mira, demuestra que quiere conocer vuestras reacciones y que, además, está muy seguro de todo cuanto dice.

Debéis saber que, mientras las personas hablan pueden tratar de controlar el comportamiento de quien escucha; pueden evitar ser interrumpidos mirando hacia otro lado o pueden animar a responder manteniendo frecuentes contactos visuales.

De cualquier modo hay personas que, por su carácter, miran mucho más que otras. Debéis saber que quienes son más afectuosos miran más, así como los más necesitados de afecto o de consejo; sin embargo las personas que se encuentran turbadas, o a disgusto, evitan mirar al interlocutor.

Tened en cuenta que muchas personas suelen desviar la mirada cuando están faltando a la verdad y sabed que las mujeres miran más que los hombres y que suelen mantener la mirada durante más tiempo, sobre todo cuando son ellas las que tienen el uso de la palabra, mientras que los hombres suelen mirar a quien hablan cuando están llegando al final de su parlamento.

Ésto sucede así porque las mujeres se muestran menos incómodas a la hora de mostrar ante los demás lo que sienten y son más propensas a recibir de buen grado las opiniones ajenas. Las mujeres dan más importancia que los hombres a lo que ven y tienen mayor necesidad de conocer las opiniones ajenas.

Para que tengáis una idea más clara de los lugares que debéis elegir para vuestras conversaciones, una mujer, en un ambiente oscuro, hablará menos que de costumbre;

sin embargo un hombre, a oscuras, hablará más que lo que suele hacer.

Fijaos también en las pupilas de quien os habla ya que, si están muy dilatadas, significa que tienen algo importante que decir y, en ese momento, debéis cederle la palabra; si veis que después de haber hablado la pupila no vuelve progresivamente a su tamaño normal, esconde algo o no os ha dicho todo cuanto deseaba.

Recordad que, si queréis dar confianza, debéis hablar sin que haya objetos entre vuestro interlocutor y vosotros. Hay un espacio personal que no debéis romper, a menos que deseéis ponerlo nervioso; sabed que cuando un extraño viola ese espacio surge la necesidad de huir o defenderse.

Durante los Consejos permaneced muy atentos a las señales mudas de quienes concurren a él. Tratad de llegar siempre los primeros, sentaos y tened por seguro que, quien vaya a cooperar con vosotros en esa reunión buscará un lugar a vuestro lado y ocupará una plaza frente a vosotros quien desee oponerse a vuestras proposiciones.

Fijaos también cuando se formen grupos antes de sentarse porque, según la colocación de las personas en ellos podréis haceros una idea de cómo van a reaccionar durante la celebración del Consejo.

Veréis que hay personas que se van moviendo de un grupo a otro; ésos son los indecisos que debéis tratar de ganar para vuestra causa. Cuando cese todo movimiento entre los grupos, ya estarán todas las posiciones claras y podréis obrar en consecuencia. Todos habrán tomado partido, aunque sea de manera temporal.

Fijaos también, en el momento en que tomen asiento, quiénes adoptan posturas parecidas porque, en el fondo, os están diciendo que están de acuerdo; variad vosotros vuestra postura y observad quién la varía de manera casi imperceptible para asemejarla a la vuestra y sabréis quién está a favor de vuestra opinión.

Permaneced atentos para ver quién varía de postura en cualquiera de los grupos enfrentados porque, quien lo haga, probablemente esté a punto de cambiar su opinión por la del otro grupo.

Si presidís el Consejo, tratad de adoptar una postura distante, neutral, cruzando las piernas y los brazos para manteneros cerrados ante la mirada de los demás.

Si estáis sentados frente a frente dos grupos defendiendo opiniones diferentes, mirad disimuladamente a vuestra izquierda y a vuestra derecha; veréis que, justo en cada uno de los lados, hay una persona que permanece rígida, como en posición defensiva. Entre esas personas se halla comprendido el grupo que os apoyará sin reservas ya que, los dos individuos de los extremos permanecen en esa postura para delimitar el territorio.

Observaréis que, cuando alguien cree haber logrado su objetivo, mueve la cabeza y los ojos cada pocas frases; sin embargo, cuando va a cambiar de opinión realiza movimientos más amplios, con todo el cuerpo. Tened en cuenta que quienes están de acuerdo en una opinión suelen mantener un ritmo de movimientos parecidos incluso en los momentos en los que guardan silencio.

Cuando habléis, fijaros bien en la actitud que adoptan los demás. El que os interrumpe a menudo está demostrando ansias de dominar el debate mientras que el que

expresa su opinión cada vez que hay una mínima oportunidad es alguien entusiasta e irreflexivo.

Poned toda vuestra atención en quienes están en el Consejo con vosotros; la posición de sus hombros os hablará de las penurias sufridas, de su furia contenida o de su personalidad tímida.

Sabed que cuando alguien está deprimido, suele realizar movimientos descontrolados y sus hombros permanecerán encorvados. La persona que llegue al Consejo taconeando con fuerza y manteniendo su cabeza erguida, os quiere demostrar que es enérgico y que nadie le hará cambiar de opinión.

Si el recién llegado camina con ligereza taconeando, aparecerá como una persona agresiva e irreflexiva; quien camina lento, suave, sin ademanes excesivos, aparece ante los demás como una persona paciente, persistente. Quien camina encogido, ni quiere tomar partido ni desea hacerse notar y quien lo hace despacio, estirado y mirando sonriente hacia todos los lados da la impresión de estar plenamente satisfecho de sus logros por lo que será asequible al halago.

La gente que mantiene su cuerpo tenso está miedosa y la que tiene el cuerpo laxo, ya está abatida o vencida. Tened en cuenta siempre que, sin necesidad de que nadie diga nada, todo el mundo sabe dónde debe colocarse y eso debe daros una indicación para que, antes que nadie, conozcáis, al menos de forma aproximada, a qué tipo de personas debéis enfrentar y quién os apoyará.

En cuanto a la manera de vestirse, recordad que todos nos vestimos como creemos que es apropiado; así, quien haga hincapié en los trajes negros, chalecos y som-

breros serán tradicionalistas inamovibles y, quienes opten por lo opuesto, serán aperturistas inveterados. Fijaos si alguien cambia de estilo de vestir durante las diferentes sesiones del Consejo.

Todos caminamos en la vida con una máscara y, en los grupos, esa máscara es compartida por quienes están de acuerdo. El papel elegido por cada miembro del grupo es aceptado por todos y, todos, cooperarán para que así sea admitido por el resto; si alguien comete un error involuntario, el equilibrio del grupo se romperá y deberá reestablecerse.

Entonces os daréis cuenta que muchos harán como que ignoran el error para contribuir de este modo a restablecer el equilibrio del grupo.

Debéis saber que toda conversación tiende a lograr su propio equilibrio por lo que las acciones se van encadenando de manera lógica hasta llegar a un entendimiento, si ambas partes son hábiles; pero la verdadera definición de las conversaciones y acuerdos se dan en los primeros compases del Consejo por lo que, quien sepa interpretar todas las señales, partirá con una ventaja ya que conocerá si hay relaciones anteriores a la reunión o si han existido algunas negociaciones previas.

Fijaos en los cambios de actitud. Si una persona gesticula mucho mientras habla y de pronto suaviza sus gestos pero sigue hablando, es que ya no tiene argumentos sólidos para continuar, del mismo modo sucede si tenía los puños apretados y abre las manos.

A la hora de presentar proposiciones en el Consejo, si deseáis que sean aprobadas debéis ser lo más precisos que os sea posible aportando el mayor número de detalles; no pongáis límites racionales a vuestras propuestas porque

las limitaréis y presentadlas sin temor, razonándolas bien; pero si vuestros postulados son débiles, seréis confundidos por los demás y no lograréis nada de lo que pensabais.

Debéis permanecer atentos durante la celebración de los Consejos, no sea que por no escuchar, asintáis con un gesto y piensen que estáis de acuerdo con lo que dice sin que sepáis de qué se habla. Si no estáis de acuerdo con lo que se dice, exponed vuestra opinión sin importar a quién pueda ofender. Recordad que de las cosas pequeñas suelen surgir los grandes malentendidos. Sed cautelosos y no os aunéis a personas con las que hayáis tenido dudas anteriormente. Los asuntos aparentemente menores deben estudiarse con mucho cuidado porque, los realmente importantes, sólo se presentan cinco o seis veces como mucho en toda la vida.

A la hora de poner en marcha algo que hayáis pensado con anterioridad, sed rápidos ya que, sin decisión, ocho de cada diez acciones no llegan a nada.

Cuando en un Consejo se estén tratando temas graves y alguien introduzca algo con ligereza, evitad el enfado; por el contrario, permaneced calmados y tratad a la persona con benevolencia. Maltratar de palabra a un semejante es propio de pobres de espíritu.

Estad conscientes de que nada, o muy poco, se puede cambiar en esta época en la que nos ha tocado vivir.

Cuando sintáis que las condiciones de vida se empiezan a degradar, es que estaréis entrando en la última fase de vuestra existencia.

La verdad es que ni el estanque más hermoso permanece siempre en calma y, no siempre que está en calma

lo podemos ver así que hay que disfrutar de lo que se tiene y no evocar con nostalgia los tiempos pasados.

Sé que es muy difícil hacer una elección juiciosa cuando la posibilidad de vivir o de morir está equilibrada; en principio todos elegiréis vivir y es natural que el ser humano encuentre motivos para seguir vivo; pero tened en cuenta que las cosas están cambiando de manera rápida: Hace algunos años una cicatriz era considerada como marca de virilidad. Se esperaba de los hombres que tuviesen la sangre ardiente y que no conocieran frenos en su carácter; hoy en día la impetuosidad es considerada como una ineptitud.

Pensad que si alcanzáis demasiado rápido la gloria o la fortuna, la gente se aliará con vuestros enemigos y ya no seréis útiles para vuestro pueblo; tratad de elevaros despacio para que no se despierten envidias: Al fin y al cabo la Historia no tendrá en cuenta cuánto habéis tardado en conseguir lo que necesitabais sino que lo habéis conseguido.

En cualquier caso reflexionad sobre las Leyes de nuestros antepasados y tratad de aplicarlas de manera justa, correcta, en todos los casos ya que, ni todos son tan diferentes, ni tan parecidos como para juzgarlos del mismo modo.

Sed ecuanímenes en vuestras decisiones y utilizad el perdón en cualquier ocasión que os sea posible, y procurad no causar más dolor que el estrictamente necesario, para que el pueblo que os sigue, confíe totalmente en vosotros y se sienta verdaderamente orgulloso de quien detenta la Autoridad Moral a la cabeza de su gente.

Pensad que nacéis desnudos y que del mismo modo os acogerá la tierra en su seno. No aboquéis todos vuestros

esfuerzos, toda vuestra capacidad, en acumular riquezas para hacer más cómoda vuestra vida y la de vuestro pueblo porque, lo único que podréis llevaros en el tránsito de la desencarnación, es la riqueza que hayáis podido atesorar en vuestras almas; la mejor herencia que podéis dejar al pueblo, es la memoria que guarden de vosotros todos aquellos que compartieron una parte de su historia a vuestro lado. Nunca debéis torcer los juicios a cambio de recibir favores, o de dinero que terminará por escapar por entre vuestros dedos, ni beneficiéis con vuestras sentencias a quienes son más poderosos que vosotros para congregaros con ellos.

Las aguas robadas son, para la gran mayoría de los seres humanos, las más dulces y el pan prohibido que se come en lo escondido, a espaldas de los demás, dicen algunos que es el más agradable; pero recordad que aquellos que beben de ese agua y comen de ese pan, lo hacen porque no han sido capaces de comprender que, ése, es el sustento de quienes se encontrarán al final impotentes, sin defensa, ante la implacable llegada de la segunda muerte.

Reflexionad, si es posible en silencio, y meditad, Patriarcas. Pensad que si llegáis a tener sabiduría y poseéis conocimiento, no es por otra cosa que por vuestro propio beneficio espiritual. Si no sois capaces de cumplir la Ley, ni de aplicarla cautamente encuadrados entre la Verdad y la Justicia, sólo vosotros seréis quienes lo tendrán que soportar; es muy cierto que los demás deberán sufrirlo, pero sólo vosotros seréis los responsables del dolor ajeno ante la Ley de Justicia Universal.

Aceptad la sabiduría como el bien máspreciado y dejad las riquezas y el bienestar a un lado; la sabiduría, mora siempre junto a la honestidad, es compañera fiel de la sagacidad, y puede hallar, sin equivocarse nunca, el conocimiento y las capacidades más ocultas que los seres

humanos esconden en el pensamiento. No olvidéis que el amor al Padre lleva implícito el odio hacia todo lo que es esencialmente malo.

Si os ensalzáis a vosotros mismos para poder sentiros superiores a los demás, transgredís por orgullo, y vuestra boca estará inclinada a la perversión; de esta manera, ni podréis amar al Padre, ni tendréis la capacidad de amar los demás, ni conoceréis jamás la sabiduría que es portadora de entendimiento y una buena consejera, que regala, a quien la posee, sabiduría práctica y poder en todos los aspectos de la existencia.

Recordad que, la sabiduría, es fuente inagotable de Justicia y logra que, aquellos que la conocen y la disfrutan, puedan ser poseedores del poder y de la Autoridad que llega del Padre.

Para ser sabios, nunca debéis rechazar la censura, como tampoco debéis desdeñar la disciplina; la aceptación consciente de ambas trae aparejado, como fruto jugoso el discernimiento, que facilita en todo momento y lugar la elección de los caminos adecuados para quienes os siguen, haciendo que bajo un sereno liderazgo, el pueblo a vuestro cargo siga veredas de paz y prosperidad.

Recordad que la soledad es el precio que se paga siempre por tener plena libertad.

Sois Patriarcas porque estáis dedicados a este servicio desde el vientre de vuestras madres y porque aceptasteis voluntariamente, el día de vuestros votos, la carga que se os ofrecía.

No dejéis morir a vuestros pueblos creyendo que les dais mejor calidad de vida; la verdadera muerte de un

pueblo puede consistir en ir perdiendo poco a poco la costumbre de vivir en libertad.

Sed sabios en todo momento porque cualquiera puede tener conocimientos, pero el arte de pensar es el más escaso en la naturaleza humana. Recordad que un Patriarca sabio siempre procurará para su pueblo más oportunidades de las que se le presenten, que no basta con alcanzar la sabiduría sino que, además, debéis aprender a utilizarla; la Sabiduría, Patriarcas de los Pueblos Libres, no os viene dada sino que debéis descubrirla por vosotros mismos después de un viaje que nadie puede ahorrarnos ni hacer por vosotros.

Tened fe en el Padre porque se comprometió con el primer Patriarca de los seres humanos y le dijo:

“Voy a enviar un Ángel delante de ti para mantenerte en el Camino y para llevarte a los lugares donde más te necesitan. Cuidate a causa de él y obedece siempre su voz. No te portes de manera rebelde contra él, porque no perdona la trasgresión de los Patriarcas, ya que el poder de mi Nombre reside siempre en su interior. Si obedeces estrictamente su voz y realmente haces todo cuanto te ordene, ciertamente seré enemigo de tus enemigos y bendeciré todo cuanto bendigas y apartaré la enfermedad y el dolor delante de tus manos. Si le obedeces bendeciré tu pan y tu agua, bajo tus manos no habrá mujer estéril ni aborto en tu tierra, las cosechas serán plenas y el agua llegará del cielo en el tiempo exacto. Mediante el uso de mi Nombre expulsarás espíritus inmundos y ningún animal dañino de la tierra acabará con tus días. Sanarás enfermos con tus manos y todo lo que pidas en oración, te lo daré. Guarda la Ley y cumple con tus votos para que se multiplique tu sabiduría, y no hagas promesas que no vayas a poder cumplir para que no tenga que deshacer Yo mismo

las obras de tus manos. Sigue mi Camino porque, el que busca, encuentra”.

Desde el momento en que se produjo esta promesa, todos los Patriarcas poseemos la Autoridad Moral y la capacidad de liderazgo que nos pone a la cabeza de los Pueblos Libres y de los Rom, y por ello es nuestra obligación ineludible seguir el camino que nos ha sido revelado, de generación en generación, para que podamos oficiar como guías como mediadores entre aquellos que nos siguen por voluntad propia y son iguales a nosotros en dignidad.

La soledad es siempre nuestra mejor aliada, la principal ayuda para conocernos a nosotros mismos porque, conociéndonos, seremos capaces de ayudar a los demás; pero cada uno de nosotros, antes de iniciar el camino de la que hemos aceptado, recibimos las indicaciones de nuestros ancestros por boca de quien se somete a la misión de enseñarnos, sin olvidar que, por encima de los consejos, está la voz de la parte divina que reside en nuestro interior, a la que hay que seguir sin dudas ni vacilaciones. Recibid con el alma abierta y sin prejuicios estos consejos del Patriarca de uno de los Pueblos Libres del Universo, y que ellos os sirvan como apoyo para la toma de las decisiones que afectarán, tanto a vuestra vida personal, como a la existencia de aquellos que acudirán a vosotros en busca de consuelo o de guía.

Reflexionad en soledad y silencio la responsabilidad que echáis sobre vuestros hombros al aceptar la tarea de ser guías espirituales y carnales de los Pueblos Libres y de los Rom, y recordad, en todo momento, que vuestro pueblo es, por definición, toda criatura humana que habite la tierra; desde el instante en que habéis sido consagrados ante el Consejo como Patriarcas, comenzando en el vientre

de vuestras madres, pertenecéis a los designios del Padre y ya no sois parte de este mundo denso en el que vivimos para aprender. Buscad al Padre y seguid las enseñanzas recibidas de quienes son mayores que vosotros en edad, dignidad y gobierno.

Poned en obra siempre las ideas de los Maestros para que, por medio de vuestro ejemplo, las naciones alaben al Padre y para que, con vuestra ayuda, les sea más llevadero el arduo camino que todos debemos recorrer en esta tierra.

Debéis reflexionar con mucha atención antes de haceros cargo de vuestra tarea porque, si se llegara a perder un alma por vuestra causa, el Universo sería demasiado pequeño para esconder vuestra culpa y la eternidad demasiado corta para que pudierais responder completamente por ello. Pensad serena, conscientemente, y medita sobre esta carga que abrazáis de forma voluntaria; es tan enorme que muchos que han sido, antes de que vosotros decidierais ser, sintieron cómo temblaban sus piernas bajo ella. La responsabilidad que asumís al haceros cargo de los Pueblos Libres y de los Rom del Universo puede significar para vosotros la gloria, o la condena y la vergüenza. Seguid en todo momento la senda que os marque vuestra tarea, tratad de conocer profundamente la sabiduría y abrazad la disciplina para discernir bien los hechos y tener así el entendimiento que os ayude a obtener el conocimiento que tiene por frutos la perspicacia, la Justicia, el juicio y la rectitud que debéis inculcar a quienes os siguen por propia voluntad.

Escuchad atentamente los dichos de los ancestros y nunca abandonéis las buenas costumbres de quienes os precedieron, ni la Ley del Equilibrio Universal porque serán como una corona de oro sobre vuestras cabezas y semejantes a un collar precioso en vuestras almas.

Cuando la sabiduría entre en vuestros corazones y el conocimiento se haga agradable a vuestra conciencia, el pensamiento mismo será el que os vigile el discernimiento, os salvará de los pasos errados y de todas las influencias extrañas a la tarea. Debéis andar el camino de aquellos que son recios de espíritu y tenéis la obligación de guardar celosamente la senda de los que son justos, para que os sean añadidas enseñanzas, se os sumen días de vida y disfrutéis con vuestro pueblo muchos años de paz.

Procurad que no os abandonen jamás, en ningún momento de vuestra existencia, ni la bondad ni el apego a la verdad. Atadlos con fuerza en vuestra garganta, grabadlos a fuego sobre el libro de vuestros corazones y hallaréis la perspicacia; porque la Ley del Equilibrio Universal es una luz y la sabiduría os adornará con una corona de respeto.

No tratéis de haceros sabios a vuestros ojos y aceptad sin rubor la disciplina que impone vuestra tarea; nunca aborreczáis la censura para que podáis andar el camino con la plena seguridad de que vuestros pies no tropezarán con ningún obstáculo, ni sentiréis temor en ningún lugar en el que os acostéis.

Jamás retengáis los bienes de aquellos a quienes se les debe, ni utilizéis la forma más cobarde de negar, que es aplazar el pago para otro día, cuando esté en vuestra mano el hacerlo, ni penséis en iniciar disputas con nadie si no os ha hecho daño alguno. No envidiéis jamás a los Patriarcas y Príncipes de la violencia, ni sigáis nunca ninguno de sus caminos por muy prósperos que os puedan parecer a primera vista. Trabajad constantemente, pacientes, en silencio, para convertirlos en sabios y poseeréis honra porque, aquellos Patriarcas que no quieren aprender, no hacen otra cosa que buscar el ensalzamiento de su propia deshonra.

Que vuestros corazones entiendan de manera clara las ineludibles obligaciones que debéis cumplir en esta existencia, de las que no podréis esconderos jamás por mucho temor que os hagan sentir.

No miréis lo que dejáis a vuestras espaldas cuando asumáis la tarea porque no queda absolutamente nada ya que vuestro Padre será el Dios vivo, vuestra Madre la tierra que os alumbró y os acogerá el día de la desencarnación; hermanos vuestros serán los seres vivos, fiel esposa la sabiduría e hijos serán todos aquellos a quienes enseñéis la verdad a lo largo del camino.

Aunque en teoría pertenezcáis más al mundo del espíritu que al de la densidad mortal, nunca debéis olvidar que, mientras estéis trabajando con toda vuestra dedicación el difícil tránsito por esta existencia, vuestra verdadera misión estará siempre con la carne, con la densidad de aquellos que viven encerrados en la jaula de carne que supone el cuerpo para el espíritu.

Tratad de llevar conciencias hacia el camino del conocimiento por todos los medios lícitos que estén a vuestro alcance porque, de vuestras tareas en esta existencia, son las más importantes: Primero buscar al Padre en vuestro interior con todas las fuerzas del corazón, poniendo el alma en el empeño y, después, enseñar todo cuanto habéis aprendido para que el conocimiento y la sabiduría puedan expandirse en el mundo entero.

Recordad que estáis dedicados a esta tarea porque así lo decidisteis desde mucho antes de nacer; desde el vientre de vuestras madres estabais apartados para servir a los demás, sin hacer distinción entre las personas y vuestra responsabilidad es enorme.

Es vuestra obligación construir los caminos entre el mundo denso de la carne y el mundo espiritual. No sois otra cosa que hacedores de puentes, entre un plano brutalmente denso, y otro que no se puede apreciar si se mira con los ojos del cuerpo, esto es: sois literalmente pontífices.

Hablad siempre con gran moderación, sin alzar la voz, después de mucha reflexión, puesto que se os han dado dos ojos, dos oídos y una sola boca, para que podáis escuchar y observar dos veces antes de hablar una palabra pues, de la boca del ser humano, sale todo aquello que envenena al prójimo.

No entréis jamás en contiendas verbales con aquellos que son burladores, por muy grande que sea vuestro amor a la enseñanza; de las muchas palabras nacen los errores y, si os veis en la obligación de razonar con alguien que no está dispuesto a recibir aprendizaje, tenéis que estar preparados ya que, cuando no encuentren salida a vuestros justos razonamientos, tratarán de ridiculizaros. Antes bien, tratad de repartir bendiciones con magnanimidad, ayudad en todo momento a los afligidos; pero tened mucho cuidado a la hora de invocar imprecaciones sobre cabeza de hombre o de animal, porque las palabras de maldición son armas de un poder tan terrible que nunca pueden volver vacías a las almas de quienes las pronunciaron.

Cuando estéis enseñando a vuestros pueblos, procurad que vuestros movimientos no sean muy exagerados, con intención de parecer grandes, como para llamar la atención de quien os observa; recordad que sólo sois instrumentos del Padre y que tendréis poder y autoridad hasta que Él lo decida. No os entreguéis nunca a prácticas deshonestas apoyados en lo que habéis aprendido, ni utilizéis el conocimiento en vuestro propio beneficio.

No ejerzáis la adivinación ni digáis a los demás lo que les depara su futuro puesto que, si a un hermano le espera una gran bendición y se lo hacéis saber, le estaréis robando al Padre la sorpresa que le tenía preparada y si, por el contrario, la persona tiene que superar una dura prueba y lo desveláis, sólo conseguiréis que comience su angustia mucho antes de que llegue el momento apropiado en que estará preparado para hacerlo.

Nunca os creéis enemistades a causa de lo que hable vuestra boca porque, los enemigos y los rencores, ensuciarán de manera negativa vuestro entorno.

Debéis recordar constantemente que una sola torpeza cometida por un sabio, en medio de una vida ejemplar, es igual a ese pequeño defecto dentro de un diamante bellísimo, que lo imposibilita para que pueda ser la joya más preciosa en la corona de un rey. Si os veis alguna vez en la obligación de presidir un Consejo, que vuestras palabras sean siempre serenamente meditadas y decisivas para la toma de las decisiones o para facilitar la solución de los problemas, porque sois los depositarios de la autoridad.

Utilizad en todo momento la paciencia como medio de aleccionamiento ya que, si vuestros pueblos adivinasen en vosotros un ápice de orgullo o de soberbia, jamás aceptarían de buen grado vuestras palabras.

Si alguna vez os veis en la obligación de ejercer la Autoridad fuera del lugar en que nacisteis, lejos de vuestro pueblo, recordad siempre que sois los únicos responsables, ante el Padre, de vuestra Tarea y del empeño que pongáis en vuestro trabajo cotidiano.

No pertenecéis a una iglesia, porque sabéis de sobra la corrupción que estas organizaciones traen al pue-

blo, ni existe sobre vosotros más jerarquía que la Autoridad Moral que os ha sido concedida por el Padre mismo.

Bebed siempre que necesitéis hacerlo, comed cuando debáis y, procurad en todo momento no cometer excesos ni en la comida ni tampoco en el ayuno.

Comed todo lo que os ofrezcan y, si acaso tenéis por costumbre, o habéis decidido por voto no comer carne, hacedlo saber antes de que coloquen los platos en la mesa para que no causéis ofensa a quienes os invitan y, si creéis que podéis afrentar a los demás no comiendo carne, comedla sin temor a faltar a vuestras promesas; agradar a un hermano es siempre mejor que injuriar la sagrada Ley de la Hospitalidad.

Si tenéis que comer plantas salvajes del campo, saludadlas antes de llevarlas a vuestra boca para que, en caso de que tuviesen alguna sustancia dañina para vuestra envoltura carnal, no os afecten la salud.

Rechazad siempre aquellas sustancias, bien sean naturales o artificiales, que puedan embotar a vuestros sentidos, aunque os quieran convencer de que su consumo mejorará vuestra percepción extra-sensorial; la premonición viene del Padre y, Él, no necesita de ayudas físicas. Meditad frecuentemente en el hecho de que el Poder comienza en el estado de contención, y que el estómago lleno en demasía lleva a la pereza y al sueño a deshora, lo que hará que descuidéis vuestras tareas. Alejaos de los poderosos, pero no los abandonéis nunca. Vivid siempre que os sea posible entre los más necesitados y poned vuestro mejor esfuerzo en que se encaminen por la senda de la verdad y la Justicia.

No cometáis el error de dejar a los ricos a un lado porque ellos también son hijos del Padre y es posible que estén aprendiendo de experiencias diferentes a las vuestras; pero a la hora de la comida, elegid siempre, sin excusa ninguna, la mesa del más pobre y, cuando llegue el momento de escoger un techo para descansar, o para pasar la noche, buscad el más humilde que podáis encontrar, si es que por causa del clima extremo, o de circunstancias especiales, no podéis permitir os pasar la noche a cielo abierto.

No deis demasiada tregua a vuestros ojos, ni durmáis más de lo que es estrictamente necesario para el descanso; vuestros días en esta existencia son muy breves para la tarea que debéis realizar, verdaderamente están contados desde el mismo día de la concepción, y no hay tiempo que se pueda malgastar en un reposo que no se necesita por lo que debéis aprovechar las jornadas, y dedicar a la meditación todo el tiempo que os sea posible. Tratad de manteneros en constante contacto con vuestra parte divina porque de ella se derivan el poder y la paz de espíritu.

Nunca, por mucho que os ofendan, neguéis a nadie vuestra bendición, aunque penséis que no son merecedores de ella, porque no sois quiénes para hacer distinción entre las personas. Si alguien pretende ofenderos alguna vez de manera desagradable, en lugar de invocar una maldición sobre él, o para su actitud errada, bendecidlo y ponerlo frente a la Ley del Equilibrio Universal para que lo reprenda si es que así debe ser hecho.

Siempre que entréis en una casa ajena a la que seáis invitados, dadle la salud para alejar el mal que pudiera contener y haced lo mismo cuando salgáis, para que queden en paz sus moradores y así la encuentren cuantos en ella busquen refugio y alimento.

Si os niegan asilo, pensad que siempre sucede lo mejor para vosotros y es posible que, si hubieseis entrado, tendríais que enfrentaros con alguna cosa poco deseable.

No entréis en fatuas discusiones de asuntos puramente carnales, ni os entreguéis a contiendas dialécticas por causa del poder temporal de los hombres, o de la forma de gobierno de los pueblos no libres. Reflexionad antes de dar una opinión que se pueda interpretar como política porque, los vuestros, no siempre son asuntos temporales sino que, en esencia, pertenecéis al mundo del espíritu.

No tratéis de responder jamás a las opiniones adversas con palabras mordaces que puedan acrecentar la contienda, ni os pongáis jamás a la altura de los otros con un lenguaje que amenace violencia. Que siempre sean las vuestras, palabras que aquieten, que pacifiquen y que sean como bálsamo para los espíritus atormentados.

Ayudad a los demás, sin importar quienes sean, siempre que tengáis la oportunidad, y si podéis conseguir que aquellos a quienes habéis hecho un bien no lo sepan, será muchísimo mejor tanto para ellos como para vuestro crecimiento, ya que quienes recibieron el favor, no se sentirán obligados con vosotros.

Si alguien os hace algún presente, considerad bien que no sea en pago de servicios que hayáis prestado y, si veis que no es así, aceptadlo, porque haréis feliz a quien os lo ofrece de buena fe. No importa de qué manos venga el regalo, siempre debéis recibirlo con muestras de agradecimiento; pero alegraos en vuestro corazón si lo que os es ofrecido como presente, proviene de manos verdaderamente humildes.

Si os veis obligados a morar durante algún tiempo en una casa ajena para alejaros después de camino hacia otros lugares, evitad en lo posible volver otra vez a la casa; los seres humanos que viven en la densidad de la carne tienden a confundir sus recuerdos para mal.

Si en alguna ocasión tenéis tentaciones, vuestra tarea será superarlas porque, si no se sucumbe ante ellas, no son transgresiones en sí mismas, sino que han llegado a vosotros como experiencias que deben ser superadas.

Cuando os enfrentéis con algunas pruebas especialmente duras, pensad que éstas son sólo para los elegidos que son examinados de este modo. Cada dificultad que enfrentéis, y sepáis superar, es un paso más que recorréis en el camino de la sabiduría. No tengáis ningún temor a enfrentar cualquier prueba porque éstas nunca llegan si no se está perfectamente preparado para hacerles frente y, si el Padre está con vosotros, el Universo entero se confabulará para que nada se os pueda oponer.

Trabajad siempre en la difusión de la verdad y del conocimiento, vivid en todo momento, en cada situación, apegados a la Justicia, respetad la Ley y meditad a menudo sobre el hecho de que únicamente vosotros sois los responsables de vuestra evolución espiritual ante el Universo.

No tratéis de encubrir vuestras trasgresiones a los ojos de los demás para evitar la censura. Antes bien, confesadlas, tratad de corregirlas y entonces seréis bendecidos con largueza.

Trabajad constantemente en acercaros todo cuanto podáis al estado de paz interna; vivir al servicio de la Ley de la Justicia Universal es, sin duda, la tarea más hermosa que un ser humano pueda realizar, si lo hace de forma

voluntaria. Aquel que sirve al Padre y hace un servicio a los demás, es como si hiciese un préstamo al Universo mismo y recibirá el pago con creces; pero ¡ay! de aquellos de entre vosotros que hagan descarriarse de su camino a rectos y humildes, porque caerán en sus propias trampas y más temprano que tarde serán apresados en sus propias redes.

Vuestra tarea, si la realizáis con fe y confianza en el Padre, volverá a vosotros convertida en Vida; sin embargo la de aquellos que, aún conociéndola, no siguen la Ley, se convertirá en la odiosa trasgresión que sólo trae aparejada ruina moral de quien la comete a sabiendas.

Dejaos guiar por la sabiduría que da el entendimiento, y por el conocimiento que tiene por frutos un corazón tranquilo y la completa paz de espíritu. Los que sigáis el camino de la paz viviréis frente al Padre todos los días de vuestra existencia y andaréis tan seguros como el león en la pacífica soledad del desierto.

Nunca olvidéis los compromisos que aceptasteis, de manera voluntaria, ni las palabras que pronunciasteis el día de vuestra iniciación, ni retraséis el cumplimiento de vuestros votos.

Pensad que las promesas, los votos y los compromisos aceptados, son vuestros pedestales en esta vida.

Recordad con frecuencia el camino tan largo que habéis tenido que recorrer para llegar al nivel en el que os encontráis en este momento, pensad en todas las duras pruebas que debisteis superar, y reflexionad si merece la pena destruirlo todo por un solo instante de ligereza o desfallecimiento.

Ni se os ocurra tomar en vano todo aquello que digan los demás puesto que, a menudo, el Padre escoge bocas ignorantes para hacer públicos sus secretos.

Sed siempre tardos y dulces para la respuesta porque la irreflexión es la madre de todos los errores y el que reflexiona con buenos fundamentos toma las mejores decisiones.

No olvidéis en ningún momento que los seres humanos suelen poner siempre su atención en las cosas propias de la carne; vosotros tenéis que tratar de ver mucho más allá de la densidad porque sabéis que, después de estas jornadas de vida, hay muchas otras que superar para poder asomarnos a contemplar una mínima parte de la Perfección, que es el fin de la carnalidad, la muerte a la densidad, y el renacimiento de la espiritualidad perdida en el tránsito a la carne. Sabed que la tarea es dura, que son muchos los árboles a cuidar y muy pocos los brazos para recolectar.

Haced vuestro trabajo como prometisteis y no os preocupéis si sembráis para que otros recojan los frutos, puesto que todos trabajamos para el mismo Dueño y, lo más importante no es quién coseche; sino que la cosecha sea recogida y guardada en los graneros.

Nunca ansiéis la belleza ajena en vuestros corazones, no sea que esos deseos se conviertan en realidad y seáis atrapados por la trasgresión. Ningún ser humano puede sujetar fuego en las manos sin quemarse; así suele suceder a quienes andan en tratos carnales con la pareja de un semejante, aún sabiendo que, nadie que la toque y se llegue a ella, quedará sin castigo en este plano ni en el que está por conocer, porque la furia más irracional del ser humano se apoya en los celos y, nadie que siente pro-

fundamente la cólera, muestra compasión en el día de la venganza.

Recordad bien y reflexionad a menudo en todo lo que acabo de poner en vuestro conocimiento, y poned atención a los consejos de los que son mayores que vosotros en edad y dignidad; no siempre tendréis a vuestro lado quien os ayude a comprender las cosas como son en realidad, desprovistas de las actitudes que son socialmente aceptadas.

Siete son las cosas que nunca debéis tener en este mundo: ojos orgullosos, una lengua falsa, las manos manchadas de sangre inocente, un corazón que prepare proyectos perjudiciales para otros, los pies apresurados para correr tras la maldad, un testigo falso entre vuestro pueblo y un consejero que avive las contiendas.

Que vuestros corazones tengan siempre grabadas firmemente estas palabras: guardad la Ley dejad vivir y continuad viviendo, adquirid sabiduría y entendimiento. Recordad que la sabiduría es lo más importante que tenéis para ejercer la autoridad de la que estáis investidos; estimadla en lo que vale, porque os glorificará.

No deis sueño a vuestros ojos pensando que así podéis escaparos del problema que tenga quien os pida ayuda; solucionadlo antes de libraros de él como el pájaro se escapa de la mano y la gacela del cazador. Si os invade la desidia, id donde las hormigas, observad sus caminos y haceros sabios siguiendo su ejemplo.

Todo dicho que viene directamente del Padre es exquisito para el espíritu y servirá como escudo para quienes se refugian tras él; no añadáis ni quitéis nada a sus palabras para que nadie pueda censuraros, ni haya después quien os descubra como grandes mentirosos.

Hay cuatro cosas, en este plano carnal, que es imposible que se satisfagan con nada: la matriz de una mujer que sea ardiente y busque el goce físico por encima de la compañía y el sosiego que da el amor tranquilo, la tierra durante la temporada de brutal sequía, el fuego descontrolado en un incendio y el sepulcro.

Hay cuatro cosas que sólo se ven con los ojos de la intuición: el camino que siguen las aves en el cielo, el camino que siguen las serpientes en la roca, el camino que siguen las naves en el mar y el camino abierto por un hombre en una mujer.

Hay cuatro cosas que ni las piedras son capaces de aguantar: un estúpido cuando manda, un insensato cuando tiene dinero por primera vez, una mujer contenciosa cuando se casa y la sierva cuando sustituye a su ama en el corazón del dueño de la casa.

Hay cuatro criaturas que son verdaderamente sabias sin ser inteligentes: las hormigas que trabajan en equipo, los damanes que ponen sus moradas entre las piedras, los saltamontes que sin tener rey se dividen en grupos para atacar y las lagartijas que caminan sobre sus manos pero habitan en los mejores palacios sin ser molestadas por nadie.

Hay cuatro cosas que pueden caminar siempre tranquilas y sin miedo a nada: el león en la soledad del desierto, el galgo durante la caza, el macho cabrío frente a las hembras de su rebaño y el Patriarca honesto a la cabeza de su pueblo.

Recordad en todo momento las maldiciones que pesan sobre los Patriarcas que son trasgresores de la Ley; porque se nos dijo que maldito es el hombre que adora imá-

genes hechas por hombres, maldito es mil veces aquel que no trate a sus semejantes con amor y respeto, maldito quien equivoque a los demás con enseñanzas falsas y quien conociendo la Verdad del Dios vivo, no la enseñe a sus semejantes.

Maldito es también quien pervierte un juicio, así como maldito es quien propague rumores que creen enemistades entre personas y, sobre todo, maldito sea mil veces el Patriarca que no lleve a su pueblo por la senda del entendimiento y la paz que sólo se encuentra caminando encuadrados entre la verdad y la Justicia.

Pero no sólo los Patriarcas de las sociedades desarrolladas de Occidente estáis en conflicto diario con el medio en el que habitáis; aquellos de entre vosotros que vivís en la zona menos favorecida por la economía mundial, también debéis estar vigilantes para obrar correctamente en estos tiempos que están a punto de llegar.

Vosotros, Patriarcas que moráis en los lugares más pobres de esta tierra, a pesar de las dificultades que supone para vosotros y vuestros pueblos el ser perseguidos, o diezmados, disfrutáis la enorme ventaja de tener a vuestra disposición grandes extensiones de terreno por las que podéis caminar, o en las que podéis hacer asentamientos sin tener que afrontar demasiados problemas para crear nuevas sociedades.

Sé que la mayoría rechazáis esta posibilidad, tal vez seducidos por la comodidad de la vida en las ciudades que creéis mejor para vuestros pueblos, ignorando la verdadera magnitud de todas las oportunidades que despreciáis.

A más de uno os he visto vivir sin propósito ninguno, vagando sin afán de trabajar, corrompidos y siendo

corruptores, al tiempo que cabildeáis con los que parecen poderosos para conseguir sus favores, o permitiendo que los miembros de vuestro pueblo se ganen el sustento sin dirección, ejerciendo la adivinación fraudulenta a cambio de dinero; éso cuando no dejáis que el hurto sea la base de vuestra fuente de ingresos.

Tened cuidado, corregid aquellos que sigáis la senda errónea; desconfiad siempre de vuestro juicio si en él reconocéis la sombra de un motivo personal.

Las tentaciones que sufren vuestros pueblos, Patriarcas, no son comparables a las que tienen los de Occidente porque, en vuestras tierras conviven, la pobreza más sórdida con la riqueza más abyecta.

Muchos de los componentes de vuestros pueblos oyen fascinados los cantos de sirena de gobernantes deshonestos, o incapaces, que buscan perpetuarse en el poder y enriquecerse desmesuradamente apelando al voto de los más pobres, bajo la promesa falsa de que éstos serán recompensados con creces.

Estos gobernantes viles, Patriarcas, os utilizarán, se servirán de vosotros, de vuestros pueblos, mientras os necesiten y terminaréis mucho peor que cuando empezasteis; recordad que la Grandeza es una necesidad en los tiempos difíciles y que, los fanatismos más temibles, son los que se confunden con la tolerancia.

No sigáis las consignas de la locura del poder y trabajad cerca de los vuestros sin permitir que falsos profetas de la escena política, persuadan a los vuestros y los contaminen con ideas contrarias a nuestra Ley.

Luchad con todas vuestras fuerzas para que aquellos pueblos que sean de vuestra responsabilidad, caminen siempre encuadrados entre la verdad y la Justicia; enfren-tad a los que quieren abusar de vosotros y poned en juego vuestra libertad, y vuestra vida si así lo exigiera la situa-ción, por preservar vuestros principios.

No caigáis nunca en las provocaciones de los más insensatos, porque hay verdades que pueden matar a un pueblo. Recordad que una nación que es incapaz de pedir algo más que el orden, la disciplina y el estancamiento de las cosas para dejarlas tal como están, ya es esclava en el fondo de su alma. Pensad que no se puede luchar contra lo que nos viene porque tiene el tiempo de su parte y que aquel que no puede recordar con claridad su pasado, está condenado a repetirlo sin remedio.

Sabéis que no hay nada nuevo bajo el sol, como ya lo dijo el Rey Salomón, el Pacífico; pero no olvidéis en nin-gún momento que hay demasiadas cosas viejas que desco-nocéis por completo.

Cuidad de que el dinero fácil no termine por corromper a vuestros jóvenes, Patriarcas.

Pensad que ellos son vuestro futuro como comuni-dades libres y que, si no sois capaces de educarlos en la rec-titud y la honestidad, estaréis todos abocados a no poder ser considerados como pueblo.

Alejadlos con buenos consejos de las luchas arma-das que sólo sirven a fines políticos, evitadles el negro trán-sito de las drogas y mantenedlos apartados de las armas que tanto abundan.

Vosotros más que nadie, sabéis de la amargura que supone vivir en una tierra que lo tiene todo a disposición

del hombre y nada llega hasta el que más lo necesita. Vosotros, Patriarcas, sabéis de lo difícil que es sobrevivir en territorios salvajes y soñáis con sociedades más desarrolladas; pues bien, dad el primer paso y estableced asentamientos que se rijan por nuestra Ley, para que aquellos que no la conocen, aprendan con vuestro ejemplo.

No deis descanso a vuestros ojos hasta lograr que los que os siguen puedan dormir tranquilos y sin hambre porque esa es vuestra responsabilidad; ahora bien, tened en cuenta que el tiempo está contado puesto que, como os he dicho, el fin del Ciclo de nuestra raza se aproxima porque los signos que se pueden contemplar en todos los lugares del planeta son evidentes.

Las señales que les comunicaron los Maestros de la Antigüedad a nuestros antecesores al principio de nuestra historia, para que pudieran reconocer con precisión cuándo llegaría el fin del Ciclo vital de nuestra raza, se están cumpliendo por completo en estos días en los que nos ha tocado vivir. Tened en cuenta que todos y cada uno de los signos anunciados por nuestros ancestros en la antigüedad están presentes en nuestras sociedades.

Desde siempre se nos había prevenido que, justo antes del Gran Cambio, habría algunos indicios que lo anunciarían con claridad y que, cuando se apreciaran, sería el momento de esforzarse para conseguir que todos los Pueblos, sin ningún tipo de distinción, pudiesen afrontarlo con garantías de supervivencia.

“Cuando oigáis de terremotos y catástrofes”, se advirtió a nuestros antepasados.

Desde la más remota antigüedad, Patriarcas, la tierra ha temblado continuamente, y se mueve por que es un ser vivo en continua transformación.

Las catástrofes se han producido a lo largo de la Historia con cierta regularidad y muchos millones de personas han muerto a causa de las fuerzas naturales desatadas; pero en estos últimos tiempos es cuando se están multiplicando hasta límites casi insoportables para el ser humano. Es como si la tierra quisiera deshacerse de nuestra raza en muy justa contrapartida por el daño que le causamos a diario.

Ya no son sólo los volcanes, y las inundaciones, los que afectan a la vida en la tierra; es el cambio radical del clima, artificialmente impulsado, que trae aparejado el frío extremo en una parte del planeta, mientras en otra llueve torrencialmente y algunos están sometidos a sequías brutales que agostan las tierras abortando los cultivos.

Y no son únicamente las sacudidas de una tierra devastada por el mal uso que hacemos de ella, que protesta al tiempo que muestra su perpetuo cambio; el aire que nos rodea, el que nos ata a la vida, el que nos permite respirar, envenenado inconscientemente por las comunidades más ricas y poderosas, permite que el sol lacere nuestra piel y modifique todo el conocimiento agrícola que hemos aprendido durante milenios, impidiendo que las cosechas lleguen a buen término.

Nuestro planeta se va calentando poco a poco, modificando así el medio en el que vivimos, lo que produce una alteración del clima que acaba con especies que han existido antes que nosotros y pone en peligro grandes extensiones de terreno que ahora son incapaces de producir frutos que permitan el sustento de sus habitantes.

En realidad, si observamos atentamente todo cuanto está sucediendo en estos últimos tiempos, Patriarcas, pasan muy pocos días sin que tengamos noticias de que en

uno u otro lugar de este planeta, que se está convirtiendo en un lugar terrible, los ríos se desbordan recuperando el terreno que les hemos robado, la tierra tiembla, el fuego consume grandes extensiones de arbolado o el mar da un zarpazo mortal a la costa para arrancar un trozo de tierra junto a un gravoso tributo cifrado en vidas humanas. Habrá quien pueda decir que en tiempos pasados sucedía lo mismo pero que no se sabía por falta de información; vosotros tenéis la certeza de que no ha existido, en la memoria de los Pueblos Libres, un tiempo que fuera tan abundante en catástrofes como el que estamos viviendo en la actualidad.

“Cuando oigáis de guerras y rumores de guerras”, nos avisaron nuestros mayores.

Reflexionad en que desde principios del siglo pasado, contando el tiempo a la manera de los pueblos entre los que vivís en la actualidad, no ha existido ni un solo día de paz total en esta tierra que algunos llaman su hogar. Nunca antes, Patriarcas, la crispación aberrante y el odio entre los hombres, habían sido tan evidentes, ni los enfrentamientos entre seres humanos, por defender una idea, unas ventajas, un territorio o una cuota de poder, habían llegado a ser tan violentos como los de hoy.

En el siglo veinte, según el calendario occidental, los hombres se han enfrentado ya varias veces, raza contra raza, cultura contra cultura, creencia contra creencia, dejando tras de sí una amarga estela hecha con millones de muertos, huérfanos y viudas, por el afán de poder que tenían unos y la ignorancia o la mala fe de aquellos que les seguían obedeciendo de manera ciega, fanática; y lo peor que tiene la ignorancia, como todos sabemos, es que adquiere mucha confianza en sí misma a medida que se prolonga en el tiempo y en la Historia.

En nuestros días, muchas de las naciones que conocemos se están fragmentando violentamente ante nuestros ojos y, mientras hay muchos pueblos que se unen para tratar de ser más fuertes, otros quieren separarse, ser independientes, bajo la débil excusa de guardar su identidad, su idioma o sus leyes, queriendo imponer sus opiniones por la fuerza de la violencia, o del terror, sin darse cuenta de que sirven a los intereses de una clase dirigente que, en el caso de que alcancen una verdadera soberanía, serán los que acaben detentando todo el poder político y económico para su propio beneficio.

En resumen, quienes preconizan el nacionalismo a ultranza de pequeñas porciones de terreno acusando de dictadores a quienes supuestamente los oprimen, son en sí mismos dictadores que quieren imponer, por medio del terror y del asesinato, sus propias ideas.

Estos manipuladores del falso idealismo, estos avaros sin alma, son en realidad quienes desean romper las amarras y arengan a sus pueblos para que les ayuden en estas guerras fratricidas; pero no penséis que se evitarán las acciones sangrientas porque la gente tenga miedo de las confrontaciones violentas que se puedan producir a causa de estas ideas, no: recordad que es más temible un ejército de conejos dirigido por un león loco, que un ejército de leones locos dirigido por un conejo.

A causa de estas ideas grotescas impuestas por unos pocos, el terror impera en las calles de muchas naciones porque, esos pocos agitadores, atentan de manera brutal, salvaje, indiscriminada, por medio de manos fanáticas o contratando asesinos sin conciencia que se venden al mejor postor.

Estos pocos acaban, sin importarles nada más que sus metas, con la vida y los bienes de los muchos, creyendo

que de este modo defienden mejor sus opiniones, que es la de los menos; no se dan cuenta de que hoy, como siempre ha sido, terminan recibiendo los beneficios quienes los manejan desde la sombra.

Se niegan a dialogar con nadie, insultando la inteligencia de quienes queremos la paz, porque consideran que sus razones no pueden ser discutidas ya que creen estar en posesión de la verdad incontestable; las injurias, al contrario del razonamiento, Patriarcas, son admitidas ciegamente por la multitud sin tener necesidad alguna de pruebas.

Los que moran entre los pueblos no libres, aunque no estén inmersos en guerras abiertamente declaradas, se han vuelto mucho más violentos. Inician enfrentamientos sordos entre sexos por conseguir una parcela de poder social, hay disputas sangrientas entre sectas religiosas cuyos dirigentes, roncoco de predicar la paz y el amor entre hermanos, lanzan a sus jóvenes a la guerra y emprenden pugnas suicidas, en las que nadie es capaz de ceder, por ideas políticas o religiosas.

Llevan toda esa violencia degenerada hasta la puerta de sus mismas moradas en las que las agresiones se multiplican, la ejercen sin tasa en Consejos y Parlamentos donde la supuesta mayoría se ocupa en derrotar a la razón, e incluso, la hacen llegar al terreno de lo que ellos llaman deporte, que no es sino la versión actualizada de aquellos crueles espectáculos circenses del afortunadamente desaparecido Imperio Romano.

Mirad cómo los Judíos y los seguidores del Islam, pueblos que presumen de ser descendientes del glorioso Patriarca Abraham, se atacan sañudamente sin haber conocido jamás un día de paz entre ellos.

Observad también la agresividad de los fanáticos musulmanes contra el mundo occidental, sin que apartéis la vista de la agresión indiscriminada de algunos fundamentalistas judíos, cristianos y católicos contra la filosofía religiosa del Islam.

Ved cómo las sectas que se llaman a sí mismas cristianas, se embisten entre ellas, mirad cómo los evangélicos tratan de herejes a los testigos de Jehová y cómo los protestantes menosprecian a la iglesia católica que, a su vez, pide perdón por sus errores pasados, por su intransigencia, y para demostrar su buena voluntad radicaliza sus preceptos, endurece sus posturas y aconseja a sus feligreses el voto político que deben efectuar.

No perdáis detalle de cómo, a pesar de basar sus creencias en los mismos textos que ellos dicen sagrados, éstos defienden el celibato a ultranza mientras aquellos permiten el matrimonio de sus sacerdotes, y los de más allá defienden que haya sacerdotisas y obispos hembras, mientras que los otros niegan a la mujer otro papel que no sea el de máquina de parir.

Observad cómo, en el colmo de su aberración, algunos entienden como cosa normal el que se entrenen niños para la guerra enviándolos a una muerte segura y, cuando terminan las confrontaciones abandonan minas y armas enterradas que, todos los años, lisan a miles de personas cuyo único delito es haber pasado por ahí.

“Se levantará nación contra nación”, se nos dijo en tiempos antiguos.

En esta época en la que vivimos, casi todas las naciones, los pueblos que no son libres, se levantan sin pudor unos contra otros, siguiendo ciegamente a quienes

detentan el poder, aún sin ninguna justificación moral, sin sufrir una agresión ni haber sido invadidas por una más poderosa que ellas, y a veces sin que medie ni siquiera una amenaza.

En nombre de lo que algunos definen como libertad y democracia, se crean alianzas entre los países más fuertes, que los vigorizan aún más, para cambiar gobiernos extraños a ellos y dicen hacer la guerra en nombre de la paz mundial; éso cuando no intentan justificarse, haciendo gala de un descaro soberbio y un desprecio a la inteligencia de los demás, diciendo sin ningún tipo de rubor que se ven en la obligación de iniciar la guerra preventiva para evitar que empiece una guerra.

Reflexionad, Patriarcas, si alguna vez en el pasado las agresiones a la libertad de los pueblos habían sido tan desmedidas y arbitrarias, y si debemos encogernos de hombros ante estas situaciones porque no nos atañen; buscad en la memoria de vuestros pueblos y hallaréis entre las enseñanzas recibidas, que el ser humano muere en todos y cada uno de aquellos que mantienen un silencio cómplice ante la opresión y la injusticia.

En los tiempos actuales, las naciones fuertes ultimán a las más pequeñas sin el menor atisbo de pudor, sin ningún tipo de vergüenza o arrepentimiento, exterminando de manera impune a quienes no están de acuerdo con las ideas que ellos dicen defender, acabando con los derechos de pueblos enteros en el nombre de la razón de estado, y lo llaman democracia. Mientras estos pueblos carecen de sus derechos elementales, en las naciones atacantes se discuten leyes para dotar de mayores libertades a sus ciudadanos, ajenos a las masacres realizadas por sus ejércitos en tierras extranjeras.

El asesinato de este tipo es sin duda el más vil de todos cuantos se pueden perpetrar, porque está aceptado virtualmente por gran parte de las sociedades, y esto es tanto como trasladar la pena de muerte a la calle, sin juicio previo; lo peor es que está secundado de manera tácita por la mayoría de las personas, y a veces apoyado por los ejércitos de pueblos que han abolido la pena de muerte por haber entendido que, un hombre, no tiene derecho a terminar con la vida de otro ser humano.

El hombre no ha podido encontrar ninguna fórmula más eficaz para hacer germinar una idea, en todos los años de su existencia sobre la tierra, que la de prohibirla tajantemente o bañarla en sangre.

“Cuando oigáis de hambrunas y grandes carencias”, se nos quiso poner sobre aviso.

Pueblos enteros, Patriarcas, ven cómo su único pasaporte a la preservación como raza, es decir sus niños, mueren de hambre en medio de tierras que ya nada pueden producir, mientras que aquellos que lo tienen todo y lo derrochan alegremente, se justifican, intentan tranquilizar sus miserables y podridas conciencias, enviando ayudas que no sirven para otra cosa más que para prolongar la agonía de razas enteras enterradas en la miseria para enriquecer a otros, sin dejarles ni el consuelo de la dignidad a la que todos tenemos derecho; hacen como que no se dan cuenta que la desdicha de estos pueblos es hija de la ambición, del ansia desmedida de caudales, por parte de aquellos que ya son inmensamente ricos. Esta situación terminará por producir migraciones multitudinarias de personas intentando escapar del hambre, desde los lugares más empobrecidos del planeta hacia las naciones que tengan mejores condiciones de vida.

Los países más ricos les negarán la entrada, dando la espalda a la caridad, basándose en leyes que han construido pensando en su propio bienestar, y se justificarán ante los ciudadanos diciendo que es preciso regular la afluencia de los que, a la larga, no tienen más intención que dejar sin trabajo a los ciudadanos de ese país; claro que no utilizarán estas palabras porque no son políticamente correctas, aunque los votantes lo entiendan sin dificultad.

Es muy posible que, en un rasgo de legalidad inmisericorde, los devuelvan a sus lugares de origen donde, además de la miseria que ya tenían, deberán sufrir el fracaso de no haber llegado a cumplir sus sueños y la vergüenza de ser ridiculizados por aquellos que no acumularon el suficiente valor como para intentar que su futuro fuese distinto.

También existen grupos de personas firmemente convencidas de que, trabajar en la salvación del medio ambiente y para proteger algunos animales que están por desaparecer, consumiendo en su tarea grandes cantidades de recursos económicos donados por personas que compran así su tranquilidad de conciencia y evitan el pago de impuestos, acabará por convertirlos más temprano que tarde, en paladines de la salvación de este planeta; estas personas están totalmente ciegas ante la evidencia de que, la especie que se encuentra actualmente en mayor peligro de extinción, es la parte más pobre, más castigada y más desasistida de la raza humana, por la que no hacen absolutamente nada.

Estas personas que, endiosadas, se enorgullecen de sus acciones en apariencia desinteresadas, se autodenominan defensores de la naturaleza, porque evitan el ocaso de una mínima parte de la fauna y de la flora, olvidando que mientras ellos intentan salvar una especie animal, cada día

mueren de hambre miles de niños que no han cumplido un año de vida.

Quienes así piensan desconocen la Ley del Equilibrio Universal. Esta Ley no escrita dictamina que el Universo se entristece cuando alguien sufre, llora cuando alguien es privado violentamente de su vida; pero acumula rencor para el día de la Venganza contra las sociedades que dejan morir a sus niños de hambre.

No digo que estas acciones que intentan preservar flora y fauna, sean malas, Patriarcas, o que no debemos preocuparnos en absoluto por el futuro de una tierra a la que llevamos castigando despiadadamente muchos siglos porque es necesario; pero afirmo serenamente, sin temor a que todos critiquéis este punto de vista personal, que debería tener prioridad la vida humana sobre cualquier otra cosa. Si al menos fueran capaces de invertir dinero a partes iguales para la preservación de los animales y de los humanos, quizás cambiarían muchas de las cosas que suceden.

Sé que tampoco es ninguna solución el donar dinero a los más pobres porque, lo ideal en este caso sería dotarlos de las herramientas suficientes para que pudiesen levantar sus maltrechas economías; claro que esto supone un peligro potencial para las naciones capitalistas que nunca tomarán las decisiones necesarias para ayudar a estas personas porque, en un futuro, pueden suponer una amenaza para sus mercados.

Pero ya ha empezado a intervenir la Ley del Equilibrio Universal, y los grandes capitalistas mudan sus industrias a países subdesarrollados, donde la mano de obra es mucho más barata, iniciando un problema de graves consecuencias económicas para los obreros del mal lla-

mado primer mundo; desgraciadamente lo único que no cambia nunca, porque maneja los hilos, es la persona que se enriquece con estas acciones insolidarias.

Ved cómo ha cambiado en estos últimos tiempos, para peor, el ser humano en general.

Observad cómo existen personas que prefieren vivir acompañados por animales de compañía, a los que miman con devoción, a los que cuidan con esmero, a los que dan de comer carísimos alimentos especiales, y en los que invierten frecuentemente una cantidad de dinero con la que podría sobrevivir una familia entera en otro lugar del planeta.

Todas estas personas, sin excepción, que se sienten orgullosas de su actitud para con los animales, son a menudo incapaces de auxiliar a un ser humano que se acerque a ellas en la calle para solicitar algo de ayuda, poniendo así a los animales por encima de sus hermanos.

Mirad, Patriarcas, cómo los ricos se están volviendo cada día mucho más adinerados a costa del hambre de los más necesitados, ved en los países más desfavorecidos familias enteras trabajando todo un mes por la misma cantidad de dinero que, quien los contrata, se gasta en la comida de un restaurante.

Estos que dilapidan sus caudales en lujos babilónicos, en bienestar superfluo para satisfacer sus deseos e instintos, olvidan a menudo que sólo se convierte en un ser ciertamente peligroso aquel que ya no tiene absolutamente nada que perder.

“Cuando oigáis de enfermedades y pestes”, nos advirtieron los Maestros de la antigüedad.

En la actualidad, Patriarcas, algunas enfermedades, residuos innegables de nuestra actual forma de vida, son el azote de una sociedad saturada de todo aquello que se puede comprar con dinero. Las empresas farmacéuticas destinan enormes cantidades de capital para buscar medicamentos que las remedien y, si los consiguen, otras industrias se encargan de ponerlas a la venta en el mercado a precios que sólo pueden costear aquellos que viven en países ricos, robando de este modo a los más pobres su derecho a la salud.

Mientras las que son consideradas como sociedades desarrolladas combaten este tipo de enfermedades, algunas que ya han desaparecido en las naciones ricas hacen destrozos en pueblos que no tienen acceso ni a los medicamentos más elementales, provocando mortandades catastróficas entre los que viven en los países menos favorecidos careciendo de todo.

Además de éstas, hay otras enfermedades que atacan al ser humano; son las impuestas por el ritmo loco, desenfrenado a veces, en que vive la sociedad actual.

El consumo de sustancias tóxicas en busca de un escape a la presión social, el cambio de los valores personales y colectivos, la excesiva permisividad que tienen los padres en la educación de sus hijos, el consumismo sin medida y la falta de principios, son dolencias del espíritu que golpean a las sociedades de Occidente con más violencia que las enfermedades carnales, minando sus bases más necesarias, atacando a una juventud que, en pocos años, deberá regir los destinos de este mundo.

Nunca, Patriarcas, se había vivido de un modo tan individualista, tan lleno de egoísmo y tan falto de comprensión hacia quien nada tiene ni nada puede hacer para

conseguir lo más elemental que le permita sobrevivir. Las sociedades más desarrolladas calman sus conciencias enviando a los más necesitados, de vez en cuando, medicamentos que les sobran, éso cuando no los toman para ejercer de conejillos de Indias, y así demuestran estar cumpliendo con sus obligaciones, sin querer darse cuenta de que únicamente ellos son las causantes de este brutal desequilibrio social.

“Cuando oigáis de crímenes y de desprecio a la Justicia”, se nos está diciendo desde el principio de los tiempos.

En las sociedades actuales de Occidente, observaréis que se abusa de la libertad individual, malinterpretando de manera flagrante este término, porque cada quien mira sólo por sí mismo al tiempo que desprecia los derechos ajenos. Ya no es sólo el número de asesinatos, de delitos que se cometen todos los días, sino del estado de inseguridad que se vive en las grandes aglomeraciones de población.

Mirad, Patriarcas, cómo por la calle, o en sus vehículos, se observan de reojo los desconocidos, casi con odio, porque se sienten inseguros y se creen en la necesidad de animalizar su postura, con gestos hostiles, como medio de disuasión y autodefensa.

Ved, Patriarcas, la indefensión que sufren los que viven en los pueblos no libres ante el aparato de justicia que ellos mismos han creado y que mantienen con parte de su propio dinero; una justicia que hace caso omiso de los grandes delitos mientras castiga severamente los menos graves, fabricando con las leyes una tela de araña que atrapa a las moscas y deja pasar a los pájaros.

Ved cómo hay amnistías generales y pactos políticos que evitan la cárcel a los terroristas, que son asesinos masivos a traición, mientras se carga a los más indefensos con todo el peso de la ley. Observad, Patriarcas, cómo se reparten las ayudas estatales, los beneficios y las subvenciones entre las empresas que mayor apoyo político tienen, dejando sin fondos a quienes los necesitarían para iniciar proyectos capaces de mantener a varias familias que precisan un trabajo para subsistir.

Mirad cómo el conjunto de lo que ellos llaman pomposamente derechos humanos, sólo sirve para quienes viven en la senda de la violencia y la corrupción mientras que, el resto de la humanidad, se debate bajo la amenaza del castigo y la represión; ésto cuando el pueblo no está sometido por el terror que también es frecuente.

No hace falta decir que algunos de vosotros, Patriarcas que dirigís Pueblos Rom en Occidente, también estáis metidos en la misma espesura y que, a veces, quizás demasiado a menudo, justificáis vuestros actos diciendo que no os queda más remedio que corromper, al tiempo que permitís ser corrompidos, invocando como excusa ineludible la supervivencia de aquellos que están bajo vuestra responsabilidad. No olvidéis en ningún momento que los hechos no dejan de existir por mucho que el pueblo los ignore; en este plano terrenal no hay ni premios ni castigos: solamente existen las consecuencias de los actos llevados a cabo por cada uno de nosotros.

Es muy posible que penséis: “Siempre han existido todas estas señales en mayor o menor medida”; pero os voy a desvelar cuatro razones obvias por las que sabemos que las que aparecen en nuestras sociedades actuales son las señales previas al Gran Cambio.

Debéis tener en cuenta que es la primera vez en la Historia de la Humanidad que todos los signos son observados al mismo tiempo por una sola generación.

En segundo lugar, las señales se están produciendo en todo el mundo al mismo tiempo.

En tercer lugar, estos signos tan evidentes se van agravando de manera progresiva y no parece que haya una solución válida para todo lo que se ve en las sociedades en las que vivís.

Por último, Patriarcas, todas las señales vienen acompañadas de una profunda transformación, para mal, de los seres humanos que viven en el seno de las sociedades desarrolladas de Occidente.

“Los hombres de los últimos tiempos serán egoístas, amantes del dinero, fanfarrones y soberbios, hablarán contra el Padre y serán rebeldes con sus padres carnales, ingratos y no tendrán respeto por la espiritualidad; serán duros, no tendrán piedad, serán calumniadores, violentos, crueles y enemigos del bien; traidores, hinchados de orgullo, amarán los placeres antes que a su alma y guardarán hipócritamente las formas exteriores de la fe rechazando su verdadera esencia”, se nos advirtió.

Mirad a vuestro alrededor, contemplad a quienes os rodean, Patriarcas, y decid en conciencia si el Profeta que escribió esto, hace tantos siglos, no previó un perfecto retrato del medio en el que moráis.

Para nadie es oculto el placer que a la gente de hoy le produce el amasar fortunas, la posesión del dinero, ni tampoco lo es cómo se jactan de su capacidad para hacerlo o de sus virtudes personales cuando lo consiguen; pero tampoco

se paran a tomar en cuenta cuánto daño están haciendo, o cuánto perjuicio han causado a los demás, para conseguirlo.

Es evidente en nuestros días la inclinación hacia el egoísmo, tanto en forma personal como en grupo, hacia el materialismo que hace a los hombres alejarse de la idea de, llámese como se quiera llamar, un Padre Amoroso.

También es obvio cómo ridiculizan a quien defiende de sus creencias espirituales tachándole de ignorante cuando no de analfabeto total.

Observad atentamente cómo la mayoría de los padres que viven en las sociedades más desarrolladas, acaban cediendo ante los caprichos desmedidos de sus hijos y se muestran incapaces de educarlos con una mínima disciplina, que no tiene que estar reñida con el amor; ved cómo los más niños consiguen todo cuanto desean, manipulando indecentemente a sus mayores, y cómo los adolescentes hacen lo que quieren sin que nadie se atreva a decirles nada por miedo a sus reacciones; ellos, los adolescentes, en la inmadurez mental de su corta edad creen que son los dueños de sus vidas y coartan sin respeto las vidas ajenas; una persona, Patriarcas, llega a ser dueña de su propia vida y puede decidir sobre ella, sólo cuando es capaz de alimentarse y conseguir cobijo por sí misma. Mientras tanto, debe estar supeditada a quien le cobija, alimenta y cubre sus necesidades.

Ved cómo muchos maestros y profesores son agredidos por sus alumnos, o presionados por éstos hasta conseguir lo que desean, y cómo los padres defienden a ultranza a sus hijos, quitándoles autoridad a los educadores.

Estas personas que ejercen una paternidad en gran manera irresponsable, justificando su falta de tiempo con

que deben atender pagos y que el trabajo los absorbe, no sólo les están haciendo un daño a sus hijos, sino que están causando un mal irreparable al conjunto de la sociedad en la que viven porque el día de mañana, si nada lo remedia, esos engendros, mimados, déspotas e indisciplinados, tendrán que trabajar y tratarán a sus compañeros, a sus parejas, del mismo modo que a sus educadores y a sus padres.

De esta manera también se contribuye grandemente a la gran crispación social que vivimos en la actualidad, sin importar el país en el que vivamos.

Mirad también cómo los jóvenes de vuestras sociedades se burlan descaradamente de aquellos que no tienen sus gustos o inclinaciones negándose a reconocer los desvelos de sus mayores, porque les han convencido que es su derecho recibir lo que desean, y la obligación de los demás, darles todo cuanto pidan; nadie les ha enseñado que la persona justa es la que mide sus derechos por sus obligaciones.

Los miembros de estas sociedades, que se llaman a sí mismas avanzadas, o progresistas, han terminado por venerar e idolatrar a individuos que, en épocas no muy lejanas, hubieran sido denigrados por todos, cuando no encarcelados para hacer desaparecer su nefasta influencia.

En general, casi todos desprecian la vida espiritual porque la desconocen; la abandonan ya que han sido criados en el seno de parejas, triunfadoras según la actual escala de valores, más preocupadas por el bienestar físico de su núcleo familiar que por la paz de conciencia.

La imagen ideal, el modelo que perciben los niños y adolescentes, ya desde el medio escolar, los hace duros de corazón, vacíos para el perdón, calumniadores y viven en

un continuo estado de agresión que termina por hacerlos crueles y enemigos del bien, la verdad y la Justicia.

Observad los medios de comunicación de los países avanzados, leed sus periódicos, oíd sus emisoras de radio, ved sus programas de televisión y avergonzaos de ver hasta dónde han llegado.

En todo el mundo, cientos de personas viven en grupos reducidos, internados en casas, a la vista de todo el mundo las veinticuatro horas del día, sin miedo a mostrar la parte más mezquina de su personalidad para luego iniciar peregrinaciones remuneradas por las emisoras de televisión contando sus miserias y haciendo gala de su desvergüenza y sus malas acciones, mientras los espectadores babeaban ante el morbo de estas situaciones.

Alrededor de todo el mundo, periodistas sin escrúpulos persiguen a famosos efímeros y trepadores para robarles imágenes con las que puedan descuartizarlos dolosamente ante la audiencia; pero tampoco podéis compadeceros de aquellos que gritan a los cuatro vientos que los periodistas violan su vida privada porque, muchos de ellos, no tienen ningún escrúpulo en mentir, en hacer montajes, fraudes y faltar a la ética más elemental a cambio de un puñado de dinero.

Y todo esto para satisfacer el morbo malsano que está creciendo como un cáncer en las sociedades actuales.

Oíd la mayoría de las emisoras de radio en las que sólo se escucha la música que dicta tal o cuál empresa discográfica y ved cómo triunfa la imagen externa del cantante o del músico por encima de sus habilidades artísticas, explotando la credulidad de la gente por medio de la atracción sexual magnificada por campañas salvajes de promoción.

Escuchad los programas de opinión política en los que, dependiendo de quién haya invertido el capital para crear la emisora, se ataca sin necesidad de pruebas al oponente político, se le difama, se le insulta y se le denigra, sin que la justicia haga nada por evitarlo mientras los oyentes se ven intoxicados por informaciones tendenciosas de periodistas que pontifican e imponen sus ideas sin informar, sin aportar datos para que quienes escuchan puedan decidir por sí mismos.

Leed la mayoría de los periódicos en los que todos dicen defender la verdad, en los que se afirma la total independencia informativa y sin embargo tienen opiniones totalmente opuestas, que no sería malo porque en la diversidad de opinión se encuentran datos para la correcta deducción de la verdad, a no ser porque sólo dicen alguna media verdad cuando se equivocan.

A pesar de este panorama funesto, siempre aparecen profesionales honestos que rompan una lanza a favor de la imparcialidad, sin importarles lo que los paniaguados, los equilibristas de la difamación, hablen de ellos.

Así pues, Patriarcas, las señales son claras, irrefutables; pero vosotros tenéis en vuestras manos pueblos a los que podéis prevenir, a quienes educar y de vosotros depende nuestra supervivencia como raza.

Recordad que todas nuestras Leyes están escritas para ser interpretadas, poniendo siempre más atención al espíritu de la ley que al texto de la misma.

Tratad de ser esencialmente buenos y justos en vuestras decisiones; si no podéis conseguirlo, desconfiad de vosotros mismos, de vuestros juicios, porque quien sólo es capaz de ser justo, termina por ser cruel.

Recordad que las espadas existen por causa de la justicia mal administrada. Debéis saber además que, cuando las espadas hablan, calla la justicia; así que si sois demasiado literales en la aplicación de la justicia por querer salvaguardar su texto, y anteponerlo a su esencia, acabaréis por anular la justicia misma.

No aceptéis regalos de nadie antes de tomar una decisión grave porque, si lo hacéis, estaréis vendiendo vuestra libertad de juicio, que es lo peor que puede pasarle a quien se ve en la obligación de emitir una sentencia.

Recordad que existen personas que tratan de cambiar las opiniones de quienes están encargados de administrar justicia y que, los hombres ruines, son como el carbón que, si no te quema, te mancha sin remedio; pero si alguna vez os critican por una decisión que hayáis tomado, no os preocupéis; haced como los árboles que nunca niegan su sombra a nadie, ni aún a los leñadores que los talan, y tomad como ejemplo al pino que perfuma el hacha que lo hiere al tiempo que embota su filo.

No persigáis en ningún momento vuestra riqueza personal ni la acumulación excesiva de bienes para vuestro pueblo porque cuando la fortuna rueda, se adhieren a ella la envidia y el odio más visceral. Estad preparados porque la prosperidad pondrá a prueba vuestras virtudes mucho más que las calamidades y la pobreza.

Si observáis con atención lo que sucede a vuestro alrededor, veréis que nunca falta de nada en los funerales de un rico; nada salvo gente que sienta verdadero dolor por su muerte. Las personas poderosas están muy habitadas a conseguir todo cuanto desean porque, las guerras, se ganan fácilmente si se hacen con armas de oro.

Practicad la caridad con todo cuanto tengáis a vuestro alcance, porque éso es superior en poder a cualquier ayuno, y por supuesto mucho mejor que las privaciones y los sacrificios por penitencia o promesa.

Tenéis que daros cuenta de que no todo el mundo necesita las mismas cosas, y que el reparto indiscriminado de monedas no es una verdadera caridad.

Si le dais una nuez a vuestro prójimo, tratad de darle también algo con lo que pueda romper la cáscara. No importa cuánto puedan agradecer la caridad con la que beneficiáis a los demás; intentad ser humildes porque, por muy alta que sea la colina a la que subáis, en la cima siempre podréis encontrar una senda hecha por otras gentes que subieron mucho antes de que vosotros pensarais hacerlo.

En los abundantes momentos de prueba que pone la vida a nuestra disposición, para que podamos crecer, sentiréis a veces que estáis solos, que nadie en esta tierra os ama lo suficiente, os veréis encerrados en un mundo oscuro, gris, y que todos los paisajes parecen haber perdido su color, su luz natural.

Mirad de no preocuparos por ello en demasía, no desesperéis en lo más sombrío de vuestras aflicciones porque las nubes más negras son las que al final traen siempre el agua más fértil a los campos y que, sólo lo que es verdaderamente alto, tiene la potestad para hacer buena sombra; pero no dejéis de ser humildes pensando en que sois los únicos que sufrís en el mundo. Sed mansos porque, el que lo es, está más cerca de lo Grande; la humildad es el hilo que os une a la gloria.

Cuando estéis sufriendo de manera brutal, os encontraréis con personas que padecen lo indecible por

problemas que, a vosotros, os pueden parecer pequeños. En esos momentos debéis pensar que sufre tanto un caballo con la mano quebrada, como un gorrión con la pata rota. No tratéis de convencer a esas personas de que sus problemas no son importantes, ni entréis en contienda con ellos intentando convencerlos porque, quien ensancha su corazón, debe encoger su boca.

No olvidéis que el hombre que está encolerizado suele abrir la boca al mismo tiempo que cierra los ojos. En un caso así, dejadlos que se desahoguen como la olla de agua hirviendo que cuando rebosa se calma por sí misma; soportar un momento de cólera, reprimir lo que se quisiera decir, evita muchas horas de dolor.

Tened mucha paciencia porque ésta es como un árbol que aún teniendo las raíces muy amargas sus frutos son de una extrema dulzura. Recordad que, responder tajantemente a una frase violenta con otra igual que acrecienta la crispación, es asunto de la densidad del hombre y que el silencio proviene del alma misma. Pensad que sólo puede ver las cosas claras quien no oculta secretos en el interior de su corazón, y que la radiante luz de la verdad suele cegar a quien no es sincero: Cuando el agua está excesivamente clara en un torrente, nunca se ven peces.

Por mucho que la gente se queje de su situación personal, no tienen por qué estar acertados en su apreciación, aunque tampoco debéis intervenir hasta que os lo pidan; recordad que el buen pastor nunca interviene en la vida de sus corderos, pero jamás se aleja de ellos.

Cuando los demás se quejen de su suerte, pensad que las personas inteligentes nunca protestan por un cuchillo mal afilado, sino que buscan una piedra para devolverle su corte; pero no tratéis de corregirlos en ese

momento, ni delante de los demás, porque quien se pone a cortar la cola de su caballo a la vista de todos, para unos quedará corta, y para otros larga.

Cuando tengáis que solucionar un problema grave, debéis procurar que no os produzca miedo ni aprensión la cerrada maraña de matices que os pueden esperar cercados en su espesura: El animal que teme a la oscuridad del bosque, cuando sale huyendo de sus miedos, generalmente se deja atrapar.

Apoyaos siempre en vuestra experiencia personal y en el Poder que otorga la Autoridad, alzaos sobre la meditación y pedid en todo momento ayuda al Padre porque, solos, no sois nada; recordad que la fuerza más grande del cocodrilo no reside en su cola sino en el agua que lo sustenta.

Poned manos a la obra cuanto antes; suele suceder que el buey que espera tumbado a que la hierba crezca, acaba por morir de hambre. Si os piden consejos con sinceridad, dadlos con humildad, con ponderada sencillez.

Desconfiad de los poderosos que llegan a vosotros sonriendo para solicitaros opinión; un lobo viejo, aunque ya haya perdido sus dientes, nunca olvida las inclinaciones de su instinto y es aconsejable, cuando se precisa discutir con un lobo, tener al perro muy cerca.

Recordad que cuando el zorro tiene hambre, simula que está profundamente dormido para confiar a los conejos que acabarán siendo su alimento.

En todo momento escuchad lo que os dicen los demás y jamás tratéis responder de inmediato a cualquier cosa que os pregunten porque, cuanto menos hablan los Patriarcas y las mujeres, muchas más cosas están diciendo.

Si quien vaya a pedir os consejo no pertenece a los Pueblos Libres, ni tampoco a los Rom y llega excesivamente cohibido, hacedle saber que los Patriarcas no tienen otra patria que la misma Humanidad y, si alguna vez os preguntan quienes sois y de dónde venís, recordadles con amabilidad que los pueblos felices no tienen historia.

Tened presente siempre que el héroe más valeroso es el hombre que es capaz de dominar sus sentidos; que es sabio aquel que está preocupado por instruirse con todos; que es fuerte quien quiebra sus deseos con la ayuda de su voluntad; que es rico quien se contenta únicamente con aquello que tiene y que es honrado sólo quien es capaz de honrar a los demás.

Hallaréis en vuestro camino gente que sentirá vergüenza de solicitaros algo y deberéis hacer lo que precisa sin que os lo pida, porque dice la tradición: “Cuando comas del mismo plato con un tímido, deja siempre un pedazo para él”.

Haced todo cuanto podáis para ayudar a los simples sin que ellos lleguen a saberlo porque, aunque el viento no se pueda ver, se nota su efecto refrescante. No os disgustéis con ellos si no terminan de entender las cosas porque, quien se encoleriza con los mosquitos, pierde a menudo la paciencia y acaba golpeándose él mismo.

No tratéis de discutir con ellos temas de gran profundidad, ni zanjéis las conversaciones con ellos de un solo golpe, desairándoles porque si el pastor tiene un cuchillo de fácil acción, el rebaño nunca crecerá.

No juzguéis nunca el grano de pimienta por su tamaño hasta que no lo hayáis probado para ver cuánto pica.

Por el contrario, si debéis hablar ante personas muy preparadas en la Ley y en los asuntos del Padre, o debéis hacerlo ante el Consejo General y advertís que una persona se muestra demasiado humilde y servil ante vosotros o vuestras opiniones, debéis pensar que si una oveja vive y duerme en la guarida de los leones, habrá que tener mucho cuidado con ella.

No tratéis nunca de hablar claramente sobre los asuntos espirituales con personas particularmente densas, o con las que viven demasiado apegadas a los placeres mundanos ya que, generalmente, quienes no suelen pensar más allá de lo que entra por su boca, nunca podrán valer mucho más que aquello que sale de su cuerpo.

¡Desgraciada la generación en la que son sus jueces quienes merecen ser juzgados!

Tratad de vivir siempre solos, aislados, tanto en medio de vuestra familia como en el mundo. Vivid separados de lo que es humano sin preocuparos demasiado por lo que los demás creen estar disfrutando, o imaginan que poseen; cuanta más conciencia se tiene, menos bienes terrenales se alcanzan.

Aprended siempre que podáis, aunque la mejor escuela es escuchar con atención a los demás; desde siempre se ha sabido que, bajo el sombrero de un mendigo, suele hallarse el consejo de un Maestro.

Meditad en todo momento porque, si dejáis pasar tres días sin hacerlo y sin aprender nada, vuestras palabras perderán todo su sentido. Si reflexionando en vuestra labor observáis que no se aprecian los frutos que esperabais cuando comenzasteis la Tarea, recordad que una generación abre las sendas por donde sin duda caminarán los que vengan después.

Aprended todo cuanto podáis aunque consideréis que hay cosas que nunca os serán útiles; leed siempre que tengáis ocasión, e interesaos por todo cuanto suceda a vuestro alrededor aunque parezca poco importante ya que, los reyes más grandes, alimentan a todo un ejército durante miles de días para utilizar a un soldado sólo durante un momento. Aprended todo cuanto esté al alcance de vuestra mano y no comencéis a leer con predisposición contra lo que está escrito; por muy desagradable que os parezca un tema, siempre os enseñará algo, porque aunque el barro pueda ocultar un diamante, nunca será capaz de mancharlo.

Ejecutad las tareas arduas cuando todavía son factibles y no tendáis a complicar la vida de vuestro pueblo.

Si veis que algún Patriarca es demasiado aficionado a la violencia, recordadle que cuantas más armas tenga, más en peligro vivirá su gente.

Si observáis que un Patriarca desea sentar fama de justo, hacedle la observación de que, cuantas más leyes tengan que seguir los pueblos, serán mucho más pobres; pero hacedlo con extremada prudencia porque, ésta, no dice lo que hace ni hace nada que no pueda ser dicho a los demás.

Haced saber a los Príncipes, a los Jefes de Familia y, en general, a quienes lleguen a pedir os consejo antes de iniciar una tarea cualquiera, que está muy bien sentado aquel que puede levantarse sin ayuda de nadie.

Si alguien se equivoca sin hacerlo de mala fe, no lo censuréis ni le digáis en ese momento cómo deberían haberse hecho las cosas para que todo saliera bien; la censura acrecentará su malestar y el consejo que llega tarde es como la medicina que se intenta administrar tras la muerte.

Haced que los notables del Consejo comprendan que, cuando se hace rabiarse a un pueblo, por sistema, sin tener en cuenta sus sentimientos e inclinaciones, o para hacerle notar el peso del poder, éste acaba por morder y que, cuando se muerde a los demás, lo único que se consigue es recordarles que ellos también tienen dientes y que son capaces de usarlos.

En el caso de que algunos Príncipes decidan entrar en guerra, hacédles comprender que los pueblos que viven en paz, son los únicos que logran sobrevivir mientras que, los belicosos, siguen un camino tortuoso y circular.

Un Pueblo Libre, sin un Patriarca prudente, vive en paz, prospera, llega a poseer bienes abundantes, después se vuelve orgulloso a causa del oro y entra por ambición en conflicto, hasta que declara la guerra que trae aparejada pobreza y humildad, para poder vivir en una paz que ya tenían al principio. Decidles que deben pensar en sus pueblos mucho antes que en sus aspiraciones personales y en las riquezas que puedan llegar a poseer; hacédles ver que los Príncipes más inteligentes siempre, a lo largo de nuestra historia, han preferido una paz indigna a una guerra que se considere justa.

Durante el Consejo General, si hay alguien que parece olvidar el hecho de que tenéis el poder dado por la posesión de la Autoridad Moral, y desea que primen sus necesidades materiales, apoyándose en el poder que tiene en esos momentos, ponédle por ejemplo que, cuando el agua del río sube, los peces comen muchas hormigas pero que, cuando baja, las hormigas se alimentan de los peces más grandes sin tener que hacer ningún esfuerzo.

Defended en todo momento ideas de paz sinceras ante los que sean más poderosos que vosotros en este

mundo y, si necesitáis golpear puntualmente con argumentos contundentes que por su contenido puedan molestar a un notable del Consejo, hacedlo sin ningún tipo de duda; pero no humilléis jamás al otro porque, donde un cuchillo es suficiente, un hacha se vuelve completamente innecesaria.

Cuando observéis, en la celebración de los Consejos Generales, que alguien intenta imponer decisiones que vayan en contra de la paz y la supervivencia de los Pueblos Libres o de los Rom, no debéis evitar jamás el enfrentamiento verbal aunque suponga enemistades posteriores que se deban arreglar con diplomacia y buen sentido y, en el caso de que el otro sea más fuerte que vosotros, no os importe; el buen luchador sabe que, si su espada es más corta que la del oponente, es suficiente con adelantarse un paso para recuperar la igualdad de condiciones.

Si veis que quienes buscan la violencia desprecian las fuerzas que se les pueden oponer, haced valer la opinión de que, quien no tiene intención de morder, no tiene por qué enseñar los dientes. Evitad en todo momento la violencia y, eternamente, la guerra, teniendo en cuenta que la mujer del mejor luchador es siempre una viuda en potencia.

Escuchad y reflexionad en silencio, no planteéis preguntas sin solución y, cuando pidan vuestra opinión, responderéis de manera suave, ordenada, razonando siempre. Debéis pensar que los notables del Consejo suelen estar más cerca de la carne que del espíritu y que, algunos de entre ellos, tienden a opinar sobre temas que desconocen por completo.

Recordad que siempre dice saber educar muy bien, aquel que no tiene hijos y que, aquellos que no pueden hacer algo, están siempre llenos de voluntad para hacerlo.

Haced vuestro trabajo en silencio, sin que lleguéis a ser el centro de atención de todos; los gusanos silenciosos son los que logran hacer los agujeros más grandes en las vigas de la casa.

Si alguna vez debéis plegaros ante quien tiene razón, y lo demuestra razonando, hacedlo sin ningún tipo de vergüenza porque no pierde su nobleza aquel noble que reconoce la razón de otro ilustre.

Si perdiendo de vuestro derecho podéis cesar un enfrentamiento, para el bien de todos, no dudéis en hacerlo ya que es vuestra obligación; la espiga de trigo, cuanto más llena de frutos está, mucho más fácilmente se inclina.

Tened en cuenta que durante la celebración de los Consejos Generales, muchos querrán imponer su punto de vista apoyados en su fuerza o en lo numeroso de su pueblo, aunque no deban hacerlo. Escuchad a todos pero intentad separar lo útil de lo que no lo es ya que, si al construir una casa, se siguen todos los consejos que dan los que observan cómo se trabaja, sin ayudar siquiera, nunca se llegaría a poner el tejado.

No cejéis en vuestro trabajo durante los Consejos porque, para construir muy alto y que la casa se tenga en pies, hay que cavar muy profundo y si, algunos notables, os detestan por defender opiniones contrarias a las suyas, pensad que ni siquiera el sol puede calentar a todo el mundo al mismo tiempo.

Haced vuestra tarea con plena dedicación, con mucha constancia, poniendo en cada problema, por pequeño que parezca, toda vuestra atención para que en todo momento vuestra ayuda, vuestro consejo, sea aprovechable por todos y beneficioso para los Pueblos Libres y para los Rom.

Cuando empecéis alguna tarea, hacedlo con ilusión y finalizadla del mismo modo, porque nunca se debe terminar con lana aquello que se ha empezado con seda y muchos bordados; pero no os hagáis imprescindibles como individuos porque, quienes se acostumbren a comer de vuestro pan, cada vez que os vean pasar a su lado, sentirán un hambre sobrenatural.

No lleguéis jamás con retraso a los Consejos porque, cuando se espera demasiado a alguien, se cuentan sus defectos. Iniciad vuestro trabajo nada más llegar, sin pérdidas de tiempo, porque no es hablando sin cesar de la miel como el dulzor llega a la boca.

Recordad que el Padre os tiende la mano, pero no construye los puentes; tampoco cambian las condiciones de un pueblo si no cambian los individuos mismos. Antes de que ponga punto final a este escrito, poned atención a lo que os dice quien está a punto de dejar este plano para seguir su andadura en otro diferente.

No intentéis dejar en la memoria de los hombres nada más que vuestra bondad y los frutos de vuestro trabajo, sin poner todo vuestro empeño en que la historia os recuerde como personajes impresionantes. Sabéis que casi todo lo que hagáis en este mundo pasará al olvido, Patriarcas; esforzaos pues en dejar buenas cosas en la memoria de los que vivirán más que vosotros para no morir en la memoria de vuestro pueblo.

Es mejor vivir en el recuerdo de nuestros pueblos como parte de la Historia y no como un personaje que inspire canciones y versos; recordad que la historia cuenta lo que sucedió y la poesía, las canciones, sólo dicen lo que nos gustaría que hubiese sucedido.

Pensad que la vida lo que hace es enseñarnos poco a poco y que la sabiduría humana no es otra cosa que la suma de las experiencias que se acumulan a lo largo de una vida, por lo que el saber no es otra cosa que la capacidad de recordar. Esto hace que el presente no sea más que la suma de todos nuestros pasados.

El tiempo no es simplemente una parte de la vida porque, si lo pensáis detenidamente, sólo es el espacio que se quedó vacío entre nuestros recuerdos.

La historia es la experiencia de muchas vidas que se despliega ante nosotros para que podamos decidir con acierto y, por ello, el conocimiento del pasado nos capacita para conocer lo que sucederá; el mejor adivino del futuro es el pasado.

No olvidéis que los niños no saben decidir porque no conocen lo que ha ocurrido antes de que ellos nacieran y por eso son incapaces de reflexionar.

Aunque la vida sea para muchos una extraña mezcla de azar, destino y voluntad, creed en vuestra propia experiencia, como deben hacer los sensatos y no en el azar como los Príncipes volubles.

Una experiencia, aunque sea muy dolorosa, nunca es un fracaso porque siempre termina enseñando algo al que le toca vivirla.

El pasado es un prólogo de lo que estamos viviendo porque el hombre, en general, es la suma de sus fantasías, y los sabios reconocen que la tragedia de la edad no es la vejez en sí, sino el haber sido joven e inconsciente.

A lo largo de vuestra existencia recordaréis muchas cosas que desearíais haber olvidado; no se puede olvidar siempre, aunque el tiempo es un gran maestro que se ocupa de arreglar muchos de los errores que cometemos.

Es una suerte para nosotros que el pasado esté siempre en el presente porque la historia no es sino una filosofía hecha con miles de ejemplos; en resumidas cuentas la experiencia no consiste en todo lo que se ha vivido, sino en todas las enseñanzas que hemos extraído de los fracasos habidos y de la reflexión.

Jugar con fuego tiene la ventaja de que enseña a no quemarse.

Reflexionad, Patriarcas, porque el saber no es otra cosa que recordar y el único error verdadero es aquel que no nos ha enseñado nada.

Esforzaos en el hacer y no sólo en el pensar porque el tiempo en el que se podría suele llegar después del tiempo en el que se pudo; recordad que la gota no agujerea la piedra con su fuerza sino con su constancia.

No tengáis nunca miedo de las dudas cuando reflexionéis porque, éstas, son engendradas por el mismo conocimiento, son como las madres de la sabiduría y representan alguno de los nombres de la inteligencia.

El saber mucho da pie a dudar más que los otros, porque la verdadera sabiduría está en reconocer la propia ignorancia; recordad, Patriarcas, que los cántaros hacen mucho más ruido cuanto más vacíos están.

No seáis inamovibles en vuestras opiniones porque lo que es cierto en un tiempo es error en otro; la mente y

el espíritu se abren con la duda, con la curiosidad, y se cierran con la convicción.

Tened cuidado porque hay tres formas de ignorancia: no saber lo que debierais saber, saber lo que no debierais y la peor que es saber mal lo que creéis saber.

Luchad para alcanzar la Sabiduría por medio del Conocimiento porque sólo aquel que conoce lo invisible es capaz de hacer lo imposible; pero no por conocer bien lo invisible dejéis de daros cuenta que estáis en medio de un mundo físico.

Pensad siempre en vuestros pueblos y enseñadles que, cuanto más dividáis los obstáculos que se os presenten como comunidad, más fáciles serán de superar si todos colaboran en hacerlo juntos.

Tomad siempre el mal menor como alternativa y procurad que aprendan que lo que no es útil al rebaño no es apropiado para la oveja, pero dejando espacio a la libertad individual que es lo más difícil de todo.

El principio fundamental de la vida es no dejarse abatir por los hombres ni por las situaciones, aunque la estupidez insiste siempre; recordad que los pueblos pueden llegar a su fin de dos maneras: retrasando lo inevitable o pidiendo lo imposible.

La sabiduría, Patriarcas, no puede sino ser humilde porque no sabe más. Tampoco sabe más aquel que sabe más cosas, sino el que sabe las que más importan a su pueblo y a sí mismo. Pensad que hay muchas cuerdas en el corazón humano que es mucho mejor no tocar porque desconocemos la reacción de los hombres.

Es muy inteligente no hacer siempre lo mismo si lo que se desea es cambiar las cosas, porque la sabiduría es un tesoro que nunca en la Historia ha causado problemas a nadie, y las ideas duran tan poco que es necesario hacer algo con ellas; por esto os he dicho que todo es muy fácil antes de que se complique. Recordad que la inteligencia y el sentido común se abren paso en la vida con muy pocos artificios.

No olvidéis que pertenecemos a una minoría y que nuestro valor se pondrá mil veces a prueba por pertenecer a ella, así como la tolerancia se prueba correspondiendo a una mayoría; pero nadie en este mundo puede ganar sin que otro pierda.

La libertad es uno de nuestros bienes más preciados y nuestra tierra, nuestra nación se deberá fundar allá donde la Libertad eche raíces para quedarse; pero no olvidéis que la Libertad también es el tener el derecho de decir a los demás aquello que nunca hubiesen querido oír.

No existe un camino a la libertad, Patriarcas, porque la misma libertad es el camino a seguir y nadie, que se sepa, se ha perdido jamás en un camino que sea completamente recto, aunque no es menos cierto que sólo el que se pierde es el que puede encontrar nuevas sendas que nadie conoce.

El camino siempre es el mismo y cada paso que se da es una pequeña vida en la que se aprende. Nosotros hemos nacido libres y, sin embargo, nos mantienen encadenados las tareas que aceptamos. Recordad que sólo aquel que sea dueño de sí mismo, alcanzará la libertad.

En la prosperidad tratad de ser moderados, resignados en la adversidad y prudentes en todo momento. Yo, Patriarcas, no conozco cuál es la clave para tener éxito en el liderazgo; pero sí os puedo decir que el fracaso estriba en tratar de complacer a todos los que os siguen.

Muchos afirman que cuanto mayor es el caos, mucho más cerca se encuentra la solución, sin darse cuenta que lo ideal no es llegar al caos. Os he hablado de la guerra y, ante una situación de combate, daos cuenta que es mucho peor la indiferencia de aquellos que dicen ser buenos, que la maldad de los que reconocen ser malos.

El estado natural del hombre, y de nuestros pueblos, no es la guerra sino la paz; pero el ser humano se cansa mucho antes de amar, de cantar, de reír o de bailar que de hacer la guerra.

Antes de iniciar una confrontación pensad que se combate en desventaja contra aquellos que nada tienen que perder y que ningún grupo en armas puede detener la fuerza de un concepto justo si éste llega a tiempo.

Es cierto que el temor a la guerra es mucho peor que la guerra misma; pero recordad, Patriarcas, que cuando los poderosos deciden ir a la guerra, son los débiles los que aportarán el mayor número de cadáveres.

Las guerras, por desgracia para todo el género humano, seguirán en este mundo mientras el color de la piel sea para el hombre mucho más importante que el color de los ojos.

La verdad no siempre es agradable, Patriarcas; pero anda sobre las mentiras de los pueblos no libres, como el aceite sobre el agua; la verdad, para que brille, se debe apoyar sobre el pedestal de la mentira. No deis nada por cierto, ni por mentira, porque cuando creáis tener todas las respuestas, os daréis cuenta de que ya han cambiado todas las preguntas que os hacíais hasta ese momento.

El Padre, Patriarcas, ha puesto en nuestras mentes desde el principio de los tiempos un insaciable deseo de saber, de conocer la verdad y nos esforzamos en ello.

Saber que sabemos la verdad que sabemos, y saber que no sabemos la verdad que no sabemos es saber la verdad.

Mientras que el conocimiento humano se muestra siempre cambiante, la verdad es eterna y, confundir ambas cosas, puede ser desastroso para vuestro liderazgo.

Recordad que el mejor disfraz para una idea es la verdad, porque nadie la cree; la astucia, la mentira, puede vestirse de mil maneras pero a la Verdad le gusta aparecer cruelmente desnuda.

En este mundo nada parece tan verdadero que no pueda tener una apariencia de total falsedad ya que cualquier mentira de alguna importancia necesitará un detalle, aunque sea circunstancial, para que pueda ser creída. No temáis nunca a la verdad porque, de este modo, no temeréis a la mentira que os aceche.

Creed a quienes digan que están buscando la verdad y dudad de aquellos que juren haberla encontrado. Recordad que se cree aquello que se ve, pero sólo podéis estar seguros de aquello que sintáis en el fondo de vuestros corazones.

La verdad es hija de tiempo que va pasando y pone las cosas en su sitio, es más importante que los hechos en sí mismos y, si no es completa, se convierte en la mejor alia-da de lo que es falso.

Lo que la mayoría de los seres humanos quieren oír no es la verdad, sino que alguien corrobore en voz alta lo

que ellos piensan en el fondo de su corazón; buscad siempre la verdad y preferid molestar a los demás con la verdad, por muy dolorosa que sea, antes que complacerlos con lo que desean escuchar. No olvidéis nunca, Patriarcas, que la verdad levanta tempestades contra sí misma para que sus semillas se distribuyan por todos los lugares. No desesperéis si la verdad tarda en llegar porque una mentira recorre medio mundo mientras la verdad se dispone a salir de su morada.

Buscad amigos verdaderos entre los vuestros, que son todos los seres humanos y no sólo aquellos que viven a vuestro lado, recordando que quien comparte sus secretos con otro se hace su esclavo y ayuda a vuestros semejantes a levantar la carga, pero nunca a llevarla por ellos.

Los amigos sinceros suelen llegar cuando todos los demás ya se han ido dejándoos solos; son aquellos seres que preguntan cómo estamos y en realidad quieren escuchar nuestra respuesta.

Pensad, Patriarcas, que si el orgullo es el que divide a la humanidad, la humildad trabaja siempre para unirla; no es fácil tener amigos si no se tienen enemigos porque si en la prosperidad vuestros amigos os conocerán, sólo conoceréis a vuestros amigos en la adversidad. Un amigo debe ser una persona ante la que se puede pensar en voz alta sin miedo al reproche ni a la vergüenza, es aquel que os quiere cuando menos lo merecéis porque es cuando más lo necesitáis. El victorioso tiene muchos amigos; el vencido, buenos amigos.

No confundáis la amistad con el amor, Patriarcas, porque ésto puede dar al traste con vuestra cordura. El amor es un sentimiento extraño en el que es más difícil dar el último beso que el primero, aunque el primero no se

suele dar con la boca sino con la mirada. La mujer es como la sombra que no se puede atrapar, pero tampoco escapar de ella; ser esclavo de quien se ama es como tener por prisión el Paraíso. Se debe amar no por lo que es el otro, sino por lo que nosotros somos cuando estamos en su compañía porque, si en los Pueblos Libres los hombres sueñan con ser los primeros en la vida de su mujer, la mujeres sueñan con ser las últimas en la vida de sus compañeros; no es en vano que las mujeres viven de los recuerdos y los hombres del olvido.

Recordad que no ser amado no es cuestión de mala suerte porque la verdadera desgracia es no poder amar.

A causa de todos los enfrentamientos que se llevan a cabo entre las parejas, se ha llegado a la errónea conclusión en nuestros días que lo malo en el amor no son los insultos amargos sino los bostezos. Amar, Patriarcas, no es mirarse arrobadamente el uno al otro; es mirar los dos en la misma dirección.

Recordad, Patriarcas, que el amor es necesario para sobrevivir en este mundo; pero vivir en pareja no lo es, aunque vosotros tenéis la compañía de vuestros pueblos.

Siempre que deseéis influir en los vuestros, para que acepten una decisión difícil, hacedles creer que están obrando por su propia iniciativa; pensad que vuestras decisiones deben ser tajantes ya que nuestra gente sabe que cuando se sugieren muchos remedios para un solo mal, es que este es incurable.

Tratad de ser inteligentes y aprended de todos, dejad a los envidiosos la tarea de proferir insultos y lanzar ofensas para que sean los necios quienes entren en contienda con ellos. Vosotros sed sabios y aprended de quienes quieren ser

vuestros enemigos, no contendáis ni discutáis en foros de necios en donde, si tenéis razón, nadie se acuerda y si os equivocáis, nadie olvida. Pensad que, cuando propongáis una solución que nunca antes se haya adoptado, la idea pasará por tres fases distintas: primero será considerada ridícula por los inmovilistas, después se convertirá en peligrosa y, cuando se demuestre que funciona bien, todos la sabían.

No olvidéis que perderéis miserablemente el tiempo siempre que queráis explicar la grandeza de los Océanos a los renacuajos que no quieren dejar su reducido charco; desde la más remota antigüedad hay personas que pasean por los bosques y, cuando se les pregunta qué han visto, responden sinceramente que mucha leña para el fuego. No hay mayor daño para uno mismo que el tiempo perdido.

Sed sinceros siempre ya que, de las muchas formas que hay de engañar a los demás, la peor de ellas es la que se reviste de seriedad.

Tratad de convencer a los inteligentes y de persuadir a los necios ya que, estos últimos, tienden a poner palabras donde faltan todas las ideas.

Sed osados en vuestros proyectos ya que no os atreveréis a realizar muchas cosas por creerlas difíciles, sin daros cuenta de que son difíciles porque no os atrevéis a poner manos a la obra. En teoría, Patriarcas, no existe diferencia entre la teoría y la práctica; pero en la práctica sí la hay. No confiéis en quienes dicen saberlo todo porque, aquellos que están de vuelta de todo, son los que nunca han llegado a ninguna parte.

Sed firmes en vuestras decisiones y no dudéis ante lo que debáis hacer porque nunca sopla un viento favora-

ble para el marino que no sabe en qué puerto quiere fondear su nave.

No dejéis las cosas a medio hacer y recordad que nuestros ancestros decían que por un clavo se pierde una herradura, por una herradura se echa a perder un caballo, por un caballo muere un jinete y, por un jinete, se puede perder a todo un pueblo.

No os llenéis de truenos la boca y armaos con rayos en las manos par hacer más que proyectar y, si deseáis que algo se haga de inmediato encargádselo al más ocupado de vuestros vecinos.

No seáis nunca soberbios porque si el orgullo camina delante, le siguen la vergüenza y el daño. Confiad en aquel cuya sonrisa le ilumine el rostro y poneos en guardia ante aquel que su sonrisa le deforme las facciones; la crueldad suele ser la fuerza de los que son cobardes.

Antes de juzgar a nadie, tratad de vivir en su casa para conocerlo mejor porque del escuchar mucho nace la sabiduría y el que camina con una mentira suele ir muy lejos; pero sin esperanzas de llegar a ninguna parte ni de volver. Es muy cierto que también un sabio puede sentarse sobre un hormiguero, pero sólo el necio se queda allí quejándose.

No temáis nunca que os critiquen vuestras decisiones, Patriarcas, porque no ha existido un árbol al que el viento no haya sacudido. Pensad que sólo se tiran piedras al árbol que tiene frutos y que sólo los clavos que sobresalen reciben los martillazos más recios.

Recordad que el trabajo que se funda en el pensamiento se parece a la perforación de un pozo porque el

agua, que es turbia al principio de la excavación, luego se va clarificando y, si debéis sentaros a descansar mientras el agua se aclara, hacedlo de frente al camino que os queda por andar sin olvidar por ello lo que ya habéis recorrido.

Recordad que los hombres estamos hechos de la misma humilde materia, pero que no hay un mismo molde que sirva para todos; vosotros, tratad de ser como el hielo que, aún siendo transparente a la vista, es capaz de atrapar en su interior toda clase de cosas. Pensad como líderes de vuestros pueblos que podéis llevar a los caballos hasta la orilla del río para que abreen, pero no podéis obligarlos a que beban si no lo quieren.

Por mantener la unión en la manada, muchas veces, el león dominante se acuesta con el hambre mordiéndole las entrañas; pero no olvidéis que los perros que se pelean a menudo entre ellos se unen para luchar contra un león, que dos perros bien avenidos pueden matar a una fiera y que, si la fuerza hace vencedores, la concordia hace invencibles.

Sed valientes porque no existe médico que cure el miedo; pero no permitáis que vuestros pies vayan por delante de vuestro calzado.

Tratad de no olvidar que las estrellas no necesitan de teas para alumbrarse.

Tened cuidado de quienes os rodeáis ya que quien monta a un tigre salvaje corre el riesgo de no poder bajarse de su lomo sin ser devorado.

Sacrificaos y enfrentaos a las dificultades porque el Patriarca que no puede sobrellevar lo malo, raramente consigue vivir para ver lo bueno.

Recordad que las escaleras se empiezan a barrer por el escalón que está situado más alto y pensad que la mentira produce flores pero nunca frutos.

Enseñad lo que sabéis, pero no olvidéis que quien quiere enseñar a cantar a un cerdo, pierde el tiempo y molesta al animal.

No pateéis la colmena antes de sacar la miel que necesitáis para vuestro alimento, orad siempre sin dejar de remar hacia la orilla que suponga vuestra salvación y no habléis mal del puente por lo menos hasta que no hayáis logrado pasar el río y estéis a salvo al otro lado.

Caer os está permitido en esta vida, porque es necesario para que podáis aprender y adquirir experiencia, para recordar lo que ya sabíais, pero levantarse es algo obligatorio para vosotros.

Es muy cierto, Patriarcas, que no puede impedirse que el viento sople con mucha violencia entre nosotros, en nuestros pueblos; pero vosotros debéis conocer la ciencia que enseña a edificar molinos para aprovechar su fuerza.

Sed siempre previsores y reparad siempre vuestros abrigos durante el verano, y las sandalias durante los crudos inviernos en los que no se puede caminar. Excavad los pozos antes de que vuestro pueblo sienta sed y haceos amigos del barquero durante la estación seca.

Recordad siempre que, mientras los indecisos dudan, los valientes van hasta donde tienen que ir, triunfan, y vuelven a sus casas; la sabiduría inútil embarulla mucho el pensamiento y sólo se diferencia de la imbecilidad en que da mucho más trabajo a nuestras mentes.

Nunca olvidéis, Patriarcas, que quien lleva a su pueblo toda la vida sobre las espaldas, cuando lo deja decidir por sí mismo, el pueblo se quejará de que no puede hacerlo porque está cansado del largo camino que ha recorrido.

Sólo hay dos cosas ciertas para quienes son líderes de los Pueblos Libres: que una vez terminado este juego de ajedrez que es la vida, tanto el rey como el peón descansan juntos en la misma caja, y que hasta que los leones no sepan escribir, las historias de cacería seguirán ensalzando al cazador. El camino que tenéis ante vosotros es tan grande como el mundo y no puede hacer ninguna sombra; siempre os llevará hacia el frente, sin importar de dónde salgáis, pero nunca se moverá de su sitio y deberá ser recorrido por otros que vendrán después, como lo habréis recorrido vosotros detrás de vuestros ancestros.

Cuando os llegue la hora de la muerte debéis estar preparados desde la víspera, así que hacedlo desde ahora porque no sabéis si la muerte os llegará un poco más tarde. Todos estamos destinados a morir desde el mismo momento de nuestro nacimiento; la sepultura atrae tanto que todos los viejos andan encorvados.

Recordad que, si morir es terminar la vida, acabar de existir es totalmente diferente a dejar de vivir.

Nacisteis desnudos y todos los hombres son más ricos cuando mueren que cuando nacen. Las mortajas no tienen bolsillos y es por éso que no merece la pena que acumuléis riquezas que de nada sirven en el lugar al que vais; al fin y al cabo todos lloramos en el momento de nacer y no conoceremos la causa de este llanto hasta que no muramos.

No calificuéis jamás a la muerte como desgracia porque, en realidad pone fin a la desdicha.

La vida es como una llama frente al huracán, como un huevo en equilibrio sobre el aguijón de un escorpión y quien teme la muerte, pierde su vida.

Recordad, Patriarcas; ha aprendido mucho quien aprende a morir.

Salubha Soniché

este libro se terminó de imprimir
en los Talleres de Gráficas Vela
el día 24 de junio de 2007,
festividad de San Juan.



